

CÓMO ESTUDIAR LA BIBLIA

Watchman Nee

CONTENIDO

Sección uno: la preparación de la persona

1. Tres requisitos
2. Tres aspectos del Espíritu Santo

Sección dos: métodos para estudiar la Biblia

3. Introducción
4. Llaves para estudiar la Biblia
5. La práctica de estudiar la Biblia
6. Métodos para estudiar la Biblia

PREFACIO

Cómo estudiar la Biblia se compone de los mensajes que dio Watchman Nee en Kuling durante el entrenamiento que ofreció para los colaboradores, entre los años 1948 y 1949.

PREFACIO DE LA EDICION EN CHINO

La Biblia es la palabra inspirada de Dios, y todos los hijos de Dios deben dedicar tiempo a estudiarla.

La Biblia nos muestra lo que Dios hizo por nosotros en el pasado y lo que dijo. También nos muestra las diversas maneras en que Dios ha guiado a los hombres. Para familiarizarnos con las riquezas y la inmensidad de la provisión de Dios, tenemos que estudiar la Biblia.

Lo que Dios comunica hoy se basa en lo que dijo en el pasado. Cuando El habla por medio de nosotros, lo hace por medio de la Palabra que ya estableció. Debemos permitir que la Palabra de Dios more ricamente en nuestros corazones para poder oír lo que El dice y para que pueda hacernos ministros de Su Palabra.

El propósito de la publicación de estos mensajes es suministrar a los lectores lo que se requiere para estudiar la Biblia, y darles algunas herramientas importantes para el estudio de la misma. Esperamos brindar alguna ayuda a

todos los que desean conocer las Escrituras. Dios bendiga este libro y a sus lectores.

Librería evangélica de Taiwan

SECCION UNO

LA PREPARACION DE LA PERSONA

INTRODUCCION

Para estudiar la Biblia como se debe, tenemos que reunir dos requisitos básicos. El primero es que la persona debe ser recta y pasar por un entrenamiento adecuado. El segundo es que debe tener los métodos correctos. Durante los últimos siglos, en particular desde el surgimiento del Protestantismo, se han publicado muchos libros sobre el estudio de la Biblia, muchos de los cuales son muy buenos, pero a casi todos les falta algo: solamente prestan atención a los métodos de estudio, pero no a la persona que estudia la Biblia. Dan la impresión que cualquiera que use esos métodos obtendrá buenos resultados. Muchos han ensayado esos métodos, pero no han obtenido ningún beneficio de su estudio. Aquellos que escribieron los libros sobre el estudio de las Escrituras las han estudiado bien, pero los que tratan de imitarlos acercándose a la Biblia con los mismos métodos no obtienen necesariamente la misma ayuda. Esto se debe a que los imitadores pasan por alto lo que son. El estudio de la Biblia no consiste en seguir algún método, sino en ser la persona correcta. Algunos estudian bien la Biblia porque ellos mismos han aprendido de Dios las lecciones apropiadas. Cuando encuentran métodos útiles para estudiar, cosechan ricos resultados. No sirve de nada escoger un método sin tener en cuenta la clase de persona que uno tiene que ser. Aunque uno tenga el método correcto, si uno mismo no está bien, no puede estudiar la Biblia bien.

Esto es muy importante. El estudio de la Biblia no es un asunto simplemente de métodos correctos, sino de las personas correctas. Para el estudio de la Biblia una persona debe ser la persona correcta antes de poder adoptar el método correcto. Los métodos son importantes porque sin buenos métodos no se puede estudiar bien la Biblia. Pero también la persona debe ser calibrada antes estudiar bien la Biblia. Algunas personas tienen el concepto equivocado de que muy pocos pueden estudiar la Biblia; otras piensan que cualquiera puede hacerlo. Ambos extremos están equivocados. No es correcto pensar que pocas personas pueden estudiar la Biblia, y tampoco lo es pensar que todos pueden estudiarla. Hay solamente una clase de persona que puede estudiar la Biblia, y nosotros debemos ser esta clase de persona para poder estudiar la Biblia como se debe. Tenemos que ver que la persona ocupa el primer lugar; los métodos, el segundo. Si la persona está equivocada, nada va a trabajar aun teniendo los

mejores métodos. Si la persona es la personas correcta, el método correcto puede ser de mucha utilidad. Hay gente que presta mucha atención a los buenos métodos; sin embargo, aunque también prestemos atención a los buenos métodos, no debemos hacer de los métodos nuestra prioridad. *Los métodos no vienen primero*, sino la persona. Primero debemos ser las personas correctas, y entonces podemos hablar acerca del mejor método para estudiar la Biblia.

Para responder a la pregunta de cómo estudiar la Biblia, hemos dividido nuestra discusión en dos partes. La primera parte se relaciona con la preparación de la persona, y la segunda parte, con los métodos de estudio. Examinemos primero la preparación de la persona.

CAPITULO UNO

TRES REQUISITOS

I. NECESITAMOS SER ESPIRITUALES

A. “Las palabras que Yo os he hablado son espíritu”

En Juan 6:63 el Señor Jesús dijo: “Las palabras que Yo os he hablado son espíritu”. Las palabras de la Biblia no son simples letras; son espíritu. También debemos recordar lo dicho por el Señor en Juan 4:24: “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y con veracidad es necesario que adoren”. Aquí el Señor nos presenta un principio fundamental: Dios es Espíritu, y el hombre solamente puede tocarlo con su espíritu. Dios es Espíritu, y nosotros sólo podemos adorarlo con nuestro espíritu; no podemos adorarlo con otro órgano que no sea nuestro espíritu. No podemos adorarlo con nuestra mente ni con nuestra parte afectiva ni con nuestra voluntad. Colosenses 2:23 habla de “culto voluntario”. Esto significa adorar con la voluntad, lo cual es incorrecto porque Dios es Espíritu y, por ende, quienes le adoran deben adorarlo en espíritu. Juan 6 dice que las palabras del Señor son espíritu, por lo cual tenemos que leerlas en el espíritu. Es decir, solamente podemos tocar las cosas espirituales con el espíritu.

La Biblia no es solamente un libro compuesto de palabras o letras impresas. La Biblia misma es espíritu. Por esta causa, todo el que la lee debe acercarse a ella y leerla *con el espíritu*. El espíritu al que nos referimos es el espíritu de la persona regenerada, al cual llamamos “el espíritu regenerado”. No todas las personas tienen esto. Por lo tanto, no todos pueden leer la Biblia acertadamente. Solamente quienes tienen este espíritu la pueden leer; quienes no tienen tal espíritu no pueden leerla como es debido. Tal espíritu es necesario para adorar a Dios. Este es el mismo espíritu que se necesita para poder leer la Biblia

debidamente. Sin él, el hombre no puede conocer ni a Dios ni la Biblia. Es posible que hayamos nacido en una familia cristiana, y probablemente antes de ser regenerados ya habíamos leído la Biblia, pero no la entendíamos. Entendíamos los relatos y los hechos que contiene, pero no la Biblia misma. Esto no debe sorprendernos, porque la palabra de Dios es espíritu. Si no usamos nuestro espíritu, no podemos leer la Biblia. ¿Cuándo puede uno empezar a entenderla? El día que recibe al Señor. De ahí en adelante, la Biblia llega a ser un libro nuevo para uno, y uno empieza a entenderla y a valorarla. Aunque no entienda todo lo que ella contiene, la empezará a amar. La leerá todos los días del año. Si deja de leerla, tendrá hambre y sentirá que algo falta en su vida. Cuando uno lee la Palabra de Dios de esta manera, comienza a entenderla. La entiende porque ahora es una persona regenerada: “Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Jn. 3:6). Debemos relacionar Juan 4:24, 6:63 y 3:6: “Dios es Espíritu”; “las palabras que Yo os he hablado son espíritu”; y “lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”. Las palabras de la Biblia son espíritu. La vida que el hombre recibe cuando es regenerado es espíritu, pues se requiere que el hombre tenga espíritu para que pueda leer las palabras que son espíritu. Sólo así resplandecerá la Biblia en él, y sólo entonces le será de utilidad.

No importa cuán inteligente y culta sea una persona; si no es regenerada, la Biblia será un misterio para ella. Es posible que una persona regenerada no sea instruida, pero es más apta para leer la Biblia que un profesor universitario que no es regenerado. Aquella tiene un espíritu regenerado, mientras que éste no. La Biblia no se puede entender con el talento ni la investigación ni con la inteligencia. Puesto que la palabra de Dios es espíritu, sólo quien tiene un espíritu regenerado puede entenderla. *La raíz, la naturaleza misma de la Biblia, es espiritual.* Si una persona no tiene un espíritu regenerado, no puede entender dicho libro, ya que le estará cerrado.

El Señor dijo en Juan 6:55: “Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida”. Los judíos que no creían fueron sacudidos por estas palabras. ¿Cómo podía la carne del Señor ser comida, y Su sangre bebida? Pero aquellos que son regenerados saben que esto se refiere al Hijo de Dios; por lo tanto, inclinan la cabeza y confiesan: “Mi vida proviene de Tu carne y de Tu sangre. Sin éstos, yo no podría vivir. Tú eres mi comida”. La persona que tiene un espíritu regenerado no se escandaliza por las palabras del Señor, sino que lo alaba y le agradece.

El Señor dijo: “El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida” (v. 63). Aquí vemos dos esferas: la del espíritu y la de la carne. En la esfera del espíritu, todo tiene vida y trae provecho; mientras que en la esfera de la carne nada es provechoso. Debemos leer la Biblia con el espíritu y en la esfera del espíritu. No importa

cuán instruido, lógico o analítico sea un hombre, si no tiene este espíritu, no entenderá la Biblia.

Dios es Espíritu. A Dios lo conocemos porque tenemos un espíritu. Cuando los incrédulos discuten con nosotros, es posible que sean más elocuentes e instruidos que nosotros, y quizá no tengamos la capacidad de hablarles de las enseñanzas profundas, pero tenemos la certeza de conocer a Dios porque somos regenerados, tenemos un espíritu regenerado y podemos tocar a Dios con nuestro espíritu. No importa si podemos explicar la teoría. El hecho es que hemos tocado a Dios. Los incrédulos quieren conocer a Dios por medio del análisis y los razonamientos. Pero aunque éstos estén bien fundados, no conducen a creer en Dios, porque Dios no puede ser analizado ni explicado. Job dijo: “¿Descubrirás tú los secretos de Dios?” (Job 11:7). Nadie puede hallar a Dios por medio de la investigación; sólo hay un medio para hallar a Dios: el espíritu regenerado. Quienes tocan a Dios con dicho espíritu lo conocen inmediatamente. No hay otra manera. Para estudiar la Biblia, la persona debe tener un espíritu regenerado; así como es necesario tener un espíritu regenerado para tocar a Dios. Supongamos que alguien ha instalado una lámpara eléctrica en su casa y desea conectarla a la central eléctrica, pero los únicos materiales que tiene son madera, bambú y tela mas no tiene alambre de cobre. Aunque haya energía eléctrica en la estación generatriz, no puede hacer que la lámpara se encienda. No importa cuánta tela, bambú o madera tenga, no puede conectarse a la electricidad. Tal vez otra persona no tenga tela ni bambú ni madera, pero tiene un pedacito de alambre, y con éste puede encender la lámpara porque el alambre conduce la electricidad. Del mismo modo, uno necesita un espíritu regenerado para poder tocar la palabra de Dios.

Solamente un órgano de nuestro ser puede estudiar la Biblia: nuestro espíritu regenerado. Si usamos cualquier otro órgano al leerla, lo estamos haciendo aparte de Dios, y tal actividad no va a tocar nada que esté relacionado con El. La Biblia puede ser estudiada por el hombre en la carne o en el espíritu. Si una persona tiene un espíritu regenerado, y éste está activo, tocará lo espiritual cuando toque la palabra de Dios. Eso no significa que la Biblia puede carecer de espíritu, pues ella siempre es espíritu. El Señor Jesús dijo: “El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida”. Las palabras del Señor son espíritu, pero lo son solamente para los que creen en El; los judíos incrédulos recibieron estas palabras como algo de la carne. La manera en que algunos estudian la Biblia es terrible debido a que carecen del espíritu. No podemos estudiar la Palabra de Dios valiéndonos de nuestro intelecto, ya que necesitamos este espíritu para hacerlo.

B. “Interpretando lo espiritual con palabras espirituales”

Es posible que algunos se pregunten: “Yo soy regenerado y tengo un espíritu regenerado. ¿Por qué no puedo estudiar mejor la Biblia? ¿Por qué es un libro inaccesible para mí?” Para contestar esta pregunta debemos ir a 1 Corintios 2. Leamos primero los versículos del 1 al 4: “Y yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui anunciándoos el misterio de Dios con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y temor y mucho temblor; y ni mi palabra ni mi proclamación fue con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder”. Este capítulo nos dice que la predicación de Pablo no fue con palabras persuasivas de humana sabiduría. Leamos también los versículos del 5 al 7: “Para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Pero hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo ... Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría que estaba oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria”. Examinemos los versículos del 9 al 13: “Antes bien, como está escrito: „Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman’. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Pero nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado por Su gracia, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, interpretando lo espiritual con palabras espirituales”. Una mejor traducción de la última frase del versículo 13 sería: “Interpretando lo espiritual para los espirituales”. El capítulo tres habla de diferentes clases de personas; así que, el final del capítulo dos no debe de referirse a cosas. Traducir una palabra de dos maneras diferentes dentro del mismo pasaje no concuerda con las normas de interpretación. Pablo decía que las cosas espirituales solamente pueden ser comunicadas a los hombres espirituales. (La palabra griega *interpretando* puede significar uniendo, combinando o coordinando. Por consiguiente, se puede traducir *comunicando*: “comunicando lo espiritual a los espirituales”.)

Cuando leemos este pasaje, vemos la relación entre el espíritu y la Biblia. Pablo hablaba aquí de palabras reveladas por el Espíritu, enseñadas por el Espíritu, y palabras de sabiduría provenientes del Espíritu, no de los hombres. ¿Cuáles son las palabras de sabiduría que provienen de los hombres? Lo que ven los ojos, lo que oyen los oídos y lo que ha subido en el corazón del hombre. Tales son las palabras del hombre. ¿De dónde venía la revelación de Pablo? Su revelación venía del Espíritu Santo, porque solamente el Espíritu conoce las cosas de Dios. ¿Cómo pueden recibir los hombres la revelación que proviene del Espíritu

Santo? Pablo nos dice que para obtenerla, necesitamos al Espíritu de Dios. Esto es lo mismo que vemos en el Evangelio de Juan. En este pasaje dice que nadie ha conocido las cosas de Dios excepto el Espíritu de Dios, lo cual indica que quien no tiene el Espíritu de Dios no conoce las cosas de Dios. Pablo añadió que él no proclamaba estas cosas con palabras persuasivas ni de sabiduría, ni con palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino con palabras enseñadas por el Espíritu, comunicando lo espiritual a los hombres espirituales.

Pablo añade que las cosas espirituales sólo pueden ser comunicadas a los hombres espirituales. Es imposible comunicar algunas cosas a ciertas personas, porque tales cosas no son compatibles con ellas. El versículo 14 dice: “Pero el hombre anímico no acepta las cosas que son del Espíritu de Dios”. El hombre anímico no solamente no acepta las cosas espirituales, sino que “para él son necedad”. Él piensa que los creyentes son necios. El hombre natural “no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”. Esta frase toca el meollo de este pasaje y nos muestra que las cosas espirituales sólo las pueden discernir los hombres espirituales. El hombre anímico no puede discernir estas cosas y no sabe nada al respecto. Esto nada tiene que ver con dedicarles tiempo. Aun si un hombre natural dedica su tiempo a discernirlas, no las entenderá, pues carece de la facultad vital que puede hacerlo. Una descripción algo más científica del hombre del alma es el hombre psíquico, el hombre guiado por su propia psique, su alma. En términos espirituales, es el hombre que no ha sido regenerado. Es un alma viviente, igual que Adán, carente del Espíritu de Dios y desconocedor de las cosas de Dios.

Por regla general, cuando un hombre llega a ser creyente, tiene que conocer las cosas del Espíritu. Pero ¿por qué tantos hermanos y hermanas no las conocen? Porque no son espirituales, pese a que su espíritu ya fue regenerado. El énfasis que Pablo hace en 1 Corintios 2 y 3 no es simplemente en el espíritu, sino en ser espiritual. Juan hace énfasis en el espíritu, pero Pablo hace hincapié en ser espiritual. El hombre no solamente debe tener el espíritu sino que, según éste, debe ser espiritual. Sin el espíritu no se puede hacer nada. Pero no tiene objeto simplemente tener el espíritu sin vivir gobernado por él, es decir, sin vivir en el espíritu ni andar según él para así ser un hombre espiritual.

Supongamos que llevamos un ciego a un huerto y le decimos que está parado frente a un árbol de mango. Podemos describirle cómo son los frutos, pero ¿podrá entender lo que le estamos diciendo? Aun si es muy inteligente, sabe discernir y tiene un oído muy agudo, con todo y eso, no podrá comprender a cabalidad cómo es el árbol de mango. Podemos hablarle del verdor, pero no entenderá a qué nos referimos. El mundo de sonidos es muy diferente al mundo visible, y el mundo visible es diferente al mundo intelectual. Del mismo modo, uno tiene que usar el espíritu para entender el mundo espiritual. Hay quienes

no ven aunque tengan ojos, pues es necesario usar la facultad que tienen los ojos para poder ver. El ciego no puede ver el árbol de mango; pero un hombre que tenga una vista normal solamente podrá ver el árbol si abre los ojos. No se puede ver el árbol de mango con los oídos, por muy normal que uno sea. El problema del ciego es que carece de la vista y por ende no ve el árbol de mango, mientras que el del hombre que no tiene ningún impedimento visual es que valiéndose de sus oídos trata de oír el árbol. El hombre anímico no puede conocer a Dios; nadie lo puede conocer usando las facultades psicológicas. Pero el hombre que posee un espíritu regenerado tampoco puede conocer a Dios si sólo usa su alma. No todos aquellos cuyo espíritu fue regenerado pueden conocer a Dios. Aun después de que el Espíritu de Dios entra en el hombre, es posible que éste no le conozca. Ni la sabiduría ni la inteligencia ni el conocimiento ayudan al incrédulo a conocer a Dios, y tampoco ayudan al creyente. Solamente se puede conocer la Biblia por medio del espíritu. No es simplemente cuestión de tener el espíritu, sino de ser espiritual. Si su espíritu fue regenerado, no puede decir que no tiene que andar según el espíritu, y que puede vivir como lo hacía antes. La vieja manera de vivir era inaceptable cuando el espíritu no había sido regenerado, y sigue siendo inaceptable ahora que su espíritu es regenerado. Se puede entender la Biblia exclusivamente por medio del espíritu. Es por eso que Pablo no habla en 1 Corintios 2 de tener o no tener espíritu, sino de ser espiritual. Lo espiritual sólo puede ser discernido por hombres espirituales.

En 1 Corintios 3:1 dice: “Y yo, hermanos, no pude hablaros como a hombres espirituales, sino como a carne, como a niños en Cristo”. Esta es otra expresión: carne. Los creyentes corintios eran niños en Cristo; eran carnales. Esta es la razón por la que el versículo 2 dice: “Os di a beber leche, y no alimento sólido”. Con seguridad ellos no ignoraban totalmente las cosas espirituales; tenían noción de las revelaciones más obvias, pero no pasaban de ahí. Por ser carnales, sólo pueden tomar leche, no la comida sólida. La leche se da a los que están en la primera etapa de su vida y denota las revelaciones cristianas más elementales. En cambio el alimento sólido se da toda la vida a los que han madurado y representa revelaciones profundas. El hombre no bebe leche permanentemente; sólo en cierto período de su vida. Sin embargo, hay hombres que, igual que los creyentes corintios, siempre beben leche. “Porque aún no erais capaces de recibirlo. Pero ni siquiera sois capaces ahora”.

Los capítulos dos y tres de 1 Corintios nos presentan tres clases de personas:

En primer lugar está el hombre anímico, el cual posee únicamente las facultades del alma. Podemos llamarlo el hombre psíquico. Un hombre anímico es un hombre que no es regenerado ni tiene un espíritu regenerado y, por

consiguiente, carece del órgano apropiado para entender la Palabra de Dios. Tal persona no puede entender la Biblia.

En segundo lugar vemos al hombre de la carne, el cual tiene la vida y el Espíritu de Dios y sin embargo, no anda según su espíritu sino según su carne. Su espíritu fue regenerado, pero no lo usa ni se sujeta a su gobierno. Aunque su espíritu fue regenerado, no se somete al gobierno de éste ni le permite tomar el control. La Biblia llama carnal a esta clase de persona. Una persona así tiene un entendimiento muy limitado de la Biblia y solamente puede tomar leche, mas no alimento sólido. La leche es digerida por la madre primero, lo cual hace referencia a revelaciones que se reciben indirectamente. Un hombre que sólo bebe leche no puede recibir revelación directa de Dios, sino por medio de los hombres.

En tercer lugar vemos al hombre espiritual, el que tiene el Espíritu de Dios, que actúa bajo el poder del Espíritu viviente y anda según el principio del Espíritu. La medida de revelación que recibe no tiene límite. La Palabra de Dios dice que las cosas espirituales sólo pueden ser discernidas por hombres espirituales.

Para estudiar la Biblia debemos tener presentes estos requisitos básicos: tenemos que ser espirituales y tenemos que andar según el espíritu.

II. LA CONSAGRACION

A. La apertura del corazón

La Biblia es la Palabra de Dios y está llena de Su luz. Pero ésta no puede alumbrar a los que no se abren a El. En 2 Corintios 3:18 dice: “Mas, nosotros todos, a cara descubierta mirando y reflejando como un espejo la gloria del Señor”. El requisito básico para ser iluminados por la gloria del Señor es mirarlo a cara descubierta. Si uno se acerca al Señor con un velo en el rostro, la gloria no lo iluminará. La luz de Dios solamente iluminará a los que están abiertos a El. Si uno no se abre a Dios, no recibirá Su luz. El problema de algunos es que están cerrados al Señor. Su espíritu, su corazón, su voluntad y su mente están cerrados para Dios. Como resultado, la luz de las Escrituras no llega a ellos. Es como el sol que es todo luz y alumbra en el mundo entero, pero su luz no llega a una persona encerrada en un cuarto cuyas puertas y ventanas están cerradas. No hay problema con la luz, sino con la ubicación de la persona. La luz solamente brilla para los que están de cara a ella. Esto es válido en cuanto a la luz física, y lo mismo sucede con la luz espiritual. Cuando nos encerramos, la luz no puede alumbrarnos. Algunas personas están cerradas al Señor y, por tanto, no pueden ver Su luz. No debemos simplemente prestar atención a la lectura y al estudio; debemos preguntarnos si estamos abiertos al Señor. Si no tenemos el

rostro descubierto, la gloria del Señor no brillará en nosotros. Si nuestro corazón no se abre a Dios, El no puede darnos luz.

La luz opera de acuerdo con una ley; ella alumbra a los que están abiertos a ella, y su intensidad depende de la apertura de la persona. En caso de que todas las puertas y ventanas de un cuarto estén cerradas, si hay sólo una pequeña rendija, la luz entrará. No es difícil obtener la luz. Un hombre que se ha cerrado para con Dios puede estudiar y orar mucho, pero seguirá sin entender la Biblia. Es muy difícil que un hombre reciba luz cuando no está abierto a Dios. La luz de Dios no llega incondicionalmente. Para recibir la luz de Dios, uno debe primero satisfacer las condiciones necesarias para recibirla.

Todos los hijos de Dios tienen la Biblia, pero la luz que cada uno de ellos recibe de ella varía. Algunos ignoran por completo lo que la Biblia dice; otros reciben algo de luz al leerla, y hay otros que son llenos de luz cuando la leen. Esta diferencia se debe a que las personas que la leen son diferentes. La luz de Dios es la misma, pero las personas varían. Quienes se abren a Dios pueden entender la Biblia, pero aquellos que están cerrados no. Algunos están completamente cerrados y, como resultado, están en completa oscuridad. Otros están cerrados parcialmente y, por ende, reciben una luz parcial. Cualquier carencia de visión que experimentemos, ya sea grande o pequeña, completa o parcial, indica que estamos en tinieblas. Nunca debemos pensar que es insignificante encontrar dificultades para entender la Biblia. Si tal es el caso, eso sólo significa una cosa: ¡vivimos en tinieblas! Es un problema serio leer la Palabra de Dios sin entenderla y sin recibir luz de ella.

Podemos preguntar, entonces, ¿qué significa abrirnos a Dios? La apertura viene de una consagración incondicional y sin reservas. Abrirse a Dios no es una actitud temporal; es una disposición permanente que el hombre desarrolla delante de El. No es una actitud ocasional, sino una práctica continua. Nos abrimos a Dios como resultado de una consagración incondicional. Si la consagración de un hombre a Dios es absoluta, no tendrá reservas para con Dios ni estará cerrado. Estar cerrado en alguna medida refleja una falta de consagración. La oscuridad es el resultado de estar cerrado, lo cual, a su vez, es el resultado de no estar consagrado. Siempre que falte consagración, habrá reservas. Cuando un hombre se niega a humillarse delante de Dios en alguna área, tratará de justificarse. Como consecuencia, no podrá entender la verdad bíblica relacionada con dicha área. Tan pronto como toque esa área, tratará de esquivarla. Esta es la razón por la cual decimos que estar cerrados nos deja en la oscuridad y que es el resultado de la falta de consagración. Las tinieblas son el resultado de estar encerrado, y estar cerrado en cualquier área es el producto de la carencia de consagración y sumisión.

B. El ojo sencillo

Muchos pasajes de la Biblia hablan explícitamente de la luz. En Mateo 6:22 el Señor Jesús habla de la luz del corazón, diciendo: “La lámpara del cuerpo es el ojo”. El Señor no dijo que el ojo es la luz del cuerpo, sino la lámpara del cuerpo. La luz se refiere a Dios, mientras que la lámpara se refiere a nosotros. La luz está en la Palabra de Dios, y la lámpara hace referencia a nosotros. La lámpara es portadora de la luz. En otras palabras, Dios deposita Su luz en la lámpara, y ésta difunde la luz. Para que la Palabra de Dios resplandezca en nosotros, debemos tener una lámpara dentro de nosotros. Esta lámpara es nuestro ojo. “Así que, si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas” (vs. 22-23). El Señor especifica una condición para que todo nuestro cuerpo esté lleno de luz: nuestro ojo debe ser sencillo.

¿Qué significa tener un ojo sencillo? Aunque tenemos dos ojos, ambos se enfocan en una sola cosa; solamente ven un objeto a la vez. Si pudiésemos enfocar la vista en más de un objeto, tendríamos problemas visuales, y ninguno de los dos ojos tendría una vista clara. No serían sencillos. Para que los ojos puedan ver claramente, deben enfocar un solo punto; no pueden enfocar dos. La iluminación proviene de la luz, y se relaciona con los ojos. Si no hemos experimentado la gracia ni la misericordia, la luz no nos ha iluminado. Pero como recibimos gracia y misericordia, la luz nos ilumina. Si nuestro ojo no es sencillo, no puede recibir la luz. Muchas personas no tienen un ojo sencillo; no miran un solo objeto, sino que ven dos cosas a la vez. El problema no está en la luz, sino en su vista. Algunas veces ven un objeto como si fueran dos. La luz no es clara para ellos. En realidad, están en total oscuridad.

El Señor dijo: “Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o será fiel al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (6:24). Muchas personas no tienen luz porque su ojo no es sencillo. La razón por la cual su ojo no es sencillo es que no se han consagrado al Señor. ¿Qué es la consagración? Es servir solamente a Jehová. El hombre no puede servir a dos amos, porque aborrecerá a uno y amará al otro, o será fiel a uno y menospreciará al otro; no puede servir a ambos. Nadie puede mantener tal equilibrio. Nadie puede servir al Señor por una parte, y por otra, a las riquezas. Todos los que tratan de servir a dos amos, tarde o temprano se dan cuenta de que aman a uno y aborrecen al otro. Debemos consagrarnos al Señor incondicionalmente, o serviremos a las riquezas completamente. El Señor dice que el ojo tiene que ser sencillo. Esto significa que nuestro servicio y nuestra consagración deben ser exclusivas. Una consagración completa consiste en poner la vista en un solo objeto.

Rogamos que el Señor nos muestre este principio básico. Si deseamos leer la Biblia, entender sus enseñanzas y recibir sus revelaciones, tenemos que asumir nuestra responsabilidad delante del Señor. Tenemos que consagrarnos por completo a El. Solamente esto nos dará luz en la Biblia. Si tenemos problemas con nuestra consagración, los tendremos con nuestra visión. Si uno tiene problema con la visión, significa que tiene problema con la consagración. Debemos estar plenamente convencidos de que ningún hombre puede servir a dos amos.

El otro amo es el dinero y las riquezas. Por causa del dinero, a muchos les ha sido difícil ver la luz de la Biblia. Mucha gente ha estado con un velo, sin la luz de la Palabra, por causa de las riquezas. Muchos no pueden ver la verdad contenida en la Biblia porque están muy apegados al dinero. Además de Dios, tienen al dinero, y no están dispuestos a dejar su desesperación por conseguir dinero. Se hallan en un conflicto entre la verdad y sus intereses personales. Si pudieran hacer a un lado sus intereses personales y seguir la verdad a toda costa, podrían entender claramente la Biblia. Mucha gente hace a un lado las enseñanzas de la Biblia por su apego a las riquezas. Si todos los creyentes estuvieran libres del amor a las riquezas, serían muchos más los que obedecerían a Dios. Tenemos que hacer caso a esta advertencia que Dios nos hace. Cada vez que nos descuidemos y nos volvamos un poquito a nuestros intereses privados, la luz de Dios se interrumpirá. Si queremos ver la luz, no podemos servir al dinero. No podemos tener dos intereses diferentes; no podemos servir a los intereses de Dios al mismo tiempo que a los nuestros. Solamente debemos concentrarnos en los intereses de uno solo, los de Dios. En el momento en que tenemos en cuenta nuestros intereses personales, ya tenemos dos amos, y nuestro ojo ya no es sencillo. Una persona que tiene dos motivaciones o que retenga sus intereses privados no puede estudiar la Biblia. Solamente los que tienen un ojo sencillo pueden estudiar la Biblia.

¿Cómo puede el ojo ser sencillo? El Señor dijo: “Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón” (6:21). Es asombroso que cuando tenemos control sobre las riquezas, éstas no nos perjudican sino que nos son útiles. Cuando nuestro corazón está entregado a las riquezas, amamos el dinero, y es difícil que nuestro corazón se incline a Dios. Pero si podemos gobernar nuestro tesoro, podremos gobernar nuestro corazón. Es por eso que debemos aprender a deshacernos de nuestros tesoros. El Señor dijo: “Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón”. Cuando un hombre deposita sus tesoros a los pies del Señor, espontáneamente su corazón estará a Sus pies; si deposita su tesoro en los cielos, allí estará su corazón, pues donde esté nuestro tesoro, allí también estará nuestro corazón. Si todo lo que tenemos está junto a Dios, nuestro corazón espontáneamente estará con El, y nuestro ojo será sencillo.

Para entender la Biblia, necesitamos una consagración absoluta. Sin consagración, nuestro corazón no se dirige a Dios. Una característica especial de la consagración es que lleva nuestro corazón a Dios. Cuando lo ofrecemos todo a Dios, nuestro corazón irá detrás, porque nuestro tesoro fue trasladado. Hay dos clases de consagración. En una el corazón va primero, y en la otra, el corazón va en pos. Algunas personas consagran sus tesoros después de que sus corazones son conmovidos. Otras se han dado cuenta de que después de consagrar sus tesoros, sus corazones los siguen. No importa si creemos que nuestro corazón nos va a seguir o no, de todos modos, lo único que debemos hacer es consagrarnos. Todo aquello de lo cual nos asimos y que nos es más querido, debe irse primero. Estas cosas debemos dárselas en el nombre del Señor a los necesitados. Cuando regalamos nuestros bienes, nuestro corazón va al Señor y cuando todas nuestras cosas están con el Señor, nuestro ojo se vuelve sencillo.

Una vez que nuestro ojo se vuelve sencillo, puede ver con claridad, y la luz brilla en él. El Señor dijo: “Todo tu cuerpo estará lleno de luz” (v. 22). ¿Qué significa estar lleno de luz? Significa tener suficiente luz para que nuestros pies puedan andar, para que nuestras manos puedan trabajar y para que nuestra mente pueda pensar. En otras palabras, tenemos luz en todas las áreas. La luz llena nuestra parte emotiva, nuestra voluntad, nuestra mente, nuestro amor, nuestro andar y nuestra senda. Podemos verlo todo porque nuestro ojo es sencillo.

Dijimos ya que solamente el hombre espiritual puede entender la Biblia. Ahora tenemos que agregar que solamente los que se consagran pueden entender la Biblia. Si una persona no se consagra, no puede comprender bien la Biblia. Al abrirla, se encuentra con áreas que no ha consagrado, y queda en tinieblas. Cuando avance en la lectura, encontrará otros aspectos de sí misma que no ha consagrado, y de nuevo las tinieblas la envolverán. Cuando las tinieblas rodean al hombre, éste no tiene esperanza de recibir nada de Dios. El hombre debe entregarse por completo a Dios. No puede servir al Señor por una parte y esperar, por otra, seguir su propio camino. Algunas personas alegan que son sinceras en su búsqueda de la voluntad de Dios, y aún así, desconocen lo que enseña la Biblia. Dicen que no saben dónde radican sus problemas. Pero esto es sólo un pretexto; no es un hecho. El hombre se queda en su ignorancia por no tomar el camino de Dios. Si sigue con seriedad la senda del Señor, hallará el camino despejado. Aquellas personas cuyo ojo no es sencillo nunca pueden ver claramente.

C. La necesidad de obedecer continuamente

Dios nos revela las enseñanzas bíblicas según la medida de nuestra obediencia. Cuanto más lo obedezcamos, más luz recibiremos. Si seguimos obedeciendo a

Dios, seguiremos viendo. Sin consagración es imposible ver. Sin una obediencia constante, no podemos continuar viendo. Si nuestra consagración no es absoluta, la iluminación no va a ser grande. Si nuestra obediencia no es absoluta, la luz que recibamos no será completa. Por consiguiente, lo fundamental es la consagración. Si el hombre no entiende el significado de la consagración, no puede entender la Biblia. Una persona consagrada no solamente debe tener una consagración inicial, sino que tiene que mantener su obediencia delante del Señor en todo momento. Sólo de esta manera podrá ver continuamente. La medida de luz que un hombre recibe depende de cuanto obedezca después de su consagración inicial. Si somos perfectos en nuestra obediencia, seremos perfectos en nuestra visión.

Debemos prestar especial atención a lo dicho por el Señor en Juan 7:17: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la enseñanza es de Dios, o si Yo hablo por Mi propia cuenta”. Si una persona desea hacer la voluntad de Dios, podrá conocerla. En otras palabras, la obediencia es una condición para conocer la voluntad de Dios. La decisión de hacer la voluntad de Dios es la condición para conocer la enseñanza de Dios. Si una persona no tiene la intención de hacer la voluntad de Dios y desea conocer la enseñanza de Dios, está pidiendo algo imposible. Para conocer la enseñanza de Dios, el hombre debe estar determinado a cumplirla. Esta determinación se relaciona con la actitud. Dios desea que primero tengamos una actitud obediente; entonces, la enseñanza de Dios nos será clara. No debemos preguntar qué es lo que la Biblia enseña, sino si estamos dispuestos a obedecerla. El problema reside en nuestra actitud; no tiene nada que ver con la enseñanza de la Biblia. La Biblia puede estar abierta para nosotros dependiendo de nuestra actitud hacia Dios. Nosotros somos responsables por nuestra actitud; mientras que Dios es responsable por Su enseñanza. Si nuestra actitud es correcta, Dios nos da revelación y abre nuestros ojos inmediatamente. Si complementamos esto con nuestra obediencia, nuestra actitud, una vez, más será correcta, y Dios nos concederá más revelación. Primero se requiere una actitud correcta, y sólo entonces se recibe la revelación. Si respondemos a la revelación con obediencia, tendremos la actitud correcta y recibiremos más revelación.

Muchos afirman haber visto las verdades de la Biblia. En realidad, solamente quienes resuelven hacer la voluntad de Dios las han visto, y sólo ellos pueden decir que su visión es clara y completa. El Señor tiene que trabajar mucho en nosotros antes de que podamos “decidir” esto. No piensen que la luz viene gratuitamente. Toda visión viene acompañada de un alto precio; tenemos que pagar el precio para ver. Algunas veces el Señor tiene que hacer pasar a la persona por dos o tres experiencias antes de que vea algo. Otras veces Dios tiene que hacerlo pasar por otras seis o siete experiencias. La luz de Dios viene con frecuencia a nosotros indirectamente. Primero brilla en un objeto, el cual la

refleja a nosotros. La luz de Dios viene frecuentemente de un modo indirecto. Debemos ver la luz desde cierto ángulo, antes de poder verla desde otro. En ocasiones necesitamos pasar por varias experiencias antes de ver la luz. Si somos desobedientes en algo, perderemos la revelación. Es así como actúa la luz de Dios. Muchas veces podemos ver claramente sólo cuando nosotros mismos nos hemos ubicado en diferentes ángulos. Cuanto más alto sea el precio que paguemos delante del Señor, más luz recibiremos. La obediencia en algo nos guiará a obedecer otra cosa y luego a obedecer muchas cosas más. Lo que experimentamos de la luz nos guiará a otra experiencia y luego a más luz. La voluntad de Dios está detrás de todo lo que El dispone. Siempre que una persona pierde dos o tres oportunidades de obedecer a Dios, sufre una pérdida delante de El.

No importa cuánta confianza tengamos en nuestra consagración y obediencia, tenemos que darnos cuenta de que cada vez que tenemos un velo, se debe a que algo no está bien en nuestra consagración. Si no vemos, son nuestros ojos los que están mal. Dios no carece de luz, pero cada vez que El ve renuencia de nuestra parte, detiene Sus palabras. Dios nunca fuerza a nadie a hacer nada, pero tampoco comunica Su palabra de una manera barata. Si encuentra alguna resistencia en nosotros, el Espíritu Santo se aparta y se retrae, pues no se imparte por un bajo precio. Si algo está mal en la consagración de una persona, Dios no le dará ninguna luz. No es un problema trivial que el hombre no entienda la Biblia, porque ello pone en evidencia un problema en su consagración. El colirio espiritual requiere un precio; no se obtiene gratuitamente. Toda visión requiere un precio. Ninguna visión se recibe gratis.

III. EXPERTOS EN LA PRACTICA

Hebreos 5:14 dice: “Pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por la práctica tienen las facultades ejercitadas en el discernimiento del bien y del mal”. La palabra *práctica* se puede traducir “hábito”. Existe una condición para recibir la palabra de Dios: el hombre tiene que haber alcanzado madurez. Solamente un hombre maduro puede comer alimento sólido. ¿Por qué una persona tiene que ser madura para poder comer algo sólido? Esto tiene que ver con su hábito. Una persona madura puede comer alimento sólido porque está acostumbrada. Ya que sus facultades están ejercitadas, puede diferenciar entre lo bueno y lo malo. El versículo 13 hace alusión a ser experto en la palabra de justicia, lo cual significa ser experto en la Palabra de Dios. En el griego la palabra *experto* tiene que ver con una destreza en la industria; significa ser diestro. Algunos trabajadores no tienen mucha habilidad, mientras que otros son hábiles. Un trabajador diestro ha pasado por mucho adiestramiento y ha desarrollado habilidad en su ramo. Un erudito en la Palabra de Dios está bien adiestrado y es hábil en ella. Si una persona desea

estudiar la Biblia y entenderla, debe tener las facultades ejercitadas por la práctica.

La Biblia deja en evidencia nuestra condición. La clase de persona que somos determina la clase de Biblia que leemos. Si queremos saber cómo es el carácter y las costumbres de una persona, todo lo que tenemos que hacer es mostrarle un capítulo de las Escrituras y ver qué saca de ahí. La clase de persona que uno es determina la clase de lectura que hace. Un hombre curioso hallará la Biblia llena de curiosidades. Una persona intelectual leerá una Biblia llena de raciocinios. Una persona simple verá en la Biblia una colección de versículos y nada más. Es un hecho que el carácter y los hábitos del hombre se revelan con frecuencia por su lectura de la Biblia. Si una persona no ha sido disciplinada por Dios en su carácter ni en sus hábitos, caerá en un error garrafal, y la lectura que haga de la Biblia será espiritualmente estéril.

¿Qué clase de carácter y de costumbres debe tener una persona para leer la Biblia?

A. No ser subjetivos

Los lectores de la Biblia deben aprender a ser objetivos. Una persona subjetiva no puede entender la Biblia, pues no es apta para ser aprendiz. Si hablamos con una persona objetiva, inmediatamente sabrá de qué hablamos. Pero una persona subjetiva no nos entenderá ni siquiera después de repetirle lo mismo por tercera vez. Mucha gente no entiende lo que otros dicen, no por carecer de capacidad intelectual, sino por ser demasiado subjetivos. Ellos viven encerrados en su mente y no reciben lo que otros dicen. Están llenos de ideas, opiniones y propuestas. Lo que otros dicen les tiene sin cuidado. Es posible que sus pensamientos estén concentrados en el agua, cuando los demás están hablando de las montañas. Todo lo que oyen lo interpretan como agua. Una persona subjetiva no puede entender con exactitud las palabras de otros, mucho menos la palabra de Dios. Si no puede entender las cosas mundanas, mucho menos entenderá las espirituales.

Es notorio que los buenos estudiantes de la Biblia son muy buenos oyentes. Cuando alguien dice algo, entienden exactamente lo que les dice. Una persona objetiva escucha a los demás y puede entender la Biblia. En contraste, algunas personas no tienen idea de lo que otros dicen ni aún después de escucharlos varias veces. Tienen demasiadas cosas en su cabeza. Están llenos de ideas, opiniones y propuestas. La gente les puede repetir la misma cosa una o dos veces, y con todo, no la entienden. Para saber si somos subjetivos, basta con preguntarnos si entendemos lo que los demás nos dicen. ¿Podemos entender lo que los demás dicen aun cuando no sean muy explícitos? Nuestros días en esta

tierra son limitados. Si somos subjetivos, el tiempo que tenemos disponible se reducirá grandemente. Una persona objetiva puede obtener más de la Biblia al leerla una vez de lo que obtendría una persona subjetiva después de leerla diez veces. Un hombre subjetivo no comprende lo que lee, ni aun después de leerlo diez veces. La Biblia estará fuera de su alcance y no le dejará ninguna impresión.

Recuerde la historia de Samuel. Cuando el Señor lo llamó, fue a Elí varias veces porque pensaba que era éste quien lo llamaba (1 S. 3:4-10). Aunque Dios lo estaba llamando, él pensó que era Elí. Había oído muchas veces la voz de Elí, pero esta vez indudablemente no era esa voz. ¿No podía él notar la diferencia entre la voz de Elí y la de Dios? Esta confusión se debió a su subjetividad.

El problema de muchas personas es que no permiten que Dios rompa su subjetividad. No importa cuánto estudien la Biblia, no se pueden formar una clara impresión de ella. Parece como si nunca oyeran hablar a Dios. Cuando acudimos al Señor por medio de la lectura de Su Palabra, nuestra mente debe estar abierta a El. Nuestras opiniones, sentimientos, motivos y todo lo que somos debe estar abierto a El. En otras palabras, no podemos ser subjetivos. Debemos estar conscientes de la importancia de este asunto, pues si no lo resolvemos, no podemos leer la Biblia como se debe. Una persona objetiva lo espera todo; espera que Dios hable. Su ser interior espera la palabra de Dios impasiblemente. Si una persona se halla en esta condición, cuando se abre a la Palabra de Dios, fácilmente entiende lo que Dios dice. Es innecesario preguntar si un hombre es espiritual o no. Lo único que tenemos que hacer es preguntarle qué recibió al leer cierto capítulo de la Biblia. Muchos no pueden decirnos nada. Esto demuestra que son subjetivos. A una persona subjetiva no le es fácil escuchar a los demás, porque es como las personas descritas en Hebreos 5:11, que son “tardos para oír”. Mucha gente está llena de cosas, y las palabras de los demás no hallan cabida en ellos. Ser subjetivo es un problema muy serio. Un hombre subjetivo no puede oír la palabra de Dios ni puede tocar las cosas espirituales.

B. No ser descuidados

En segundo lugar, nadie debe ser descuidado en su lectura de la Biblia, pues es un libro muy exacto. Ni una sola palabra puede ser mal leída ni remplazada. Si una persona es descuidada, pasará por alto la palabra de Dios. Tanto una persona subjetiva como una descuidada pasan por alto la palabra de Dios. Tenemos que ser cuidadosos. Cuanto más conozcamos la Palabra de Dios, más cuidado tendremos. Una persona descuidada lee la Biblia sin prestar atención a lo que dice. Cuando oímos a un hermano hablar de la Biblia, sabemos si es descuidado o si es metódico. Muchas personas que son descuidadas, cuando leen o memorizan versículos, cometen errores en palabras cruciales. Este es un

hábito terrible. Es muy fácil desarrollar el hábito de ser inexactos. Esto nos guiará a un entendimiento incorrecto de la Biblia. En muchas ocasiones un pequeño descuido de nuestra parte nos guiará a un entendimiento confuso de la palabra de Dios. Examinemos algunos ejemplos.

La Biblia hace distinción entre las formas plural y singular. Tenemos que diferenciar entre la forma singular y plural de una palabra. No podemos ser descuidados acerca de esto. El pecado y los pecados son cosas diferentes en el lenguaje original de la Biblia. *El pecado*, en singular, se refiere a la naturaleza pecaminosa del hombre, mientras que *los pecados*, en plural, se refiere a los hechos pecaminosos del hombre. Cuando la Biblia dice que Dios perdona los pecados del hombre, usa la forma plural, *pecados*, aludiendo a acciones pecaminosas. Dios nunca olvida el pecado del hombre, la naturaleza pecaminosa. El pecado no puede ser perdonado. Necesitamos ser librados de nuestra naturaleza pecaminosa (el pecado); pero necesitamos perdón para nuestros actos pecaminosos (los pecados). La Biblia hace una clara distinción entre estos dos.

También hay una diferencia entre el pecado y la ley del pecado. Si uno no es libertado de la ley del pecado, no puede ser librado del pecado. Romanos 6 trata de la liberación del pecado, mientras que el capítulo siete habla de la ley del pecado. Si no prestamos la debida atención, creeremos que estas dos cosas son más o menos lo mismo. Cuando leemos Romanos 6, podemos pensar que el problema del pecado está completamente resuelto para el final del capítulo, porque al final del mismo Pablo anuncia el comienzo del capítulo doce, donde habla de la ofrenda de los miembros del cuerpo. Sin embargo, Pablo sabía claramente que para ser librados del pecado tenemos que reconocer la ley del pecado, y para vencerla, necesitamos la ley del Espíritu de vida descrita en el capítulo ocho. Si somos descuidados, no pensaremos que hay mucha diferencia entre el pecado y la ley del pecado, y de esta manera podríamos pasar por alto la Palabra de Dios, la cual es pura, y cada pasaje tiene su propio énfasis. Si nuestra conversación es descuidada, creeremos que la Palabra de Dios también lo es, y esto nos impedirá entenderla.

En Romanos 7, además de la ley del pecado, existe otra ley: la ley de la muerte. Si somos descuidados, pensaremos que la ley del pecado y la ley de la muerte son más o menos lo mismo. Pero en realidad son completamente diferentes. El pecado se refiere a la contaminación, mientras que la muerte se refiere a la imposibilidad del hombre. La operación de la ley del pecado radica en el deseo de hacer el bien y no poder hacerlo, mientras que la operación de la ley de la muerte es la decisión de refrenarse del mal, sin ser capaz de lograrlo. El pecado nos dirige a hacer involuntariamente lo que no deseamos hacer, mientras que la muerte nos impide hacer lo que deseamos hacer. Somos librados de la ley del

pecado por medio de la muerte de Cristo, y somos librados de la ley de la muerte por medio de nuestra resurrección con El. Romanos 7 no solamente nos muestra la ley del pecado, sino también la ley de la muerte. Si somos descuidados y despreocupados, pasaremos por alto estas verdades. Por consiguiente, es obvio que sólo quienes con cuidadosos y exactos pueden estudiar la Biblia como se debe.

He oído que algunas personas dicen que nos vestimos de las vestiduras justas del Señor Jesús, que Dios nos dio la justicia de Cristo como nuestra vestidura de justicia y que ya no estamos desnudos, sino que podemos acercarnos a Dios. Pero la Biblia no enseña tal cosa. En ninguna parte dice que la justicia del Señor Jesús se nos haya dado para que sea nuestra justicia. La Biblia dice que Dios nos dio al Señor Jesús como nuestra justicia. El no ha rasgado un pedazo de la justicia de Cristo para dárnoslo como nuestra justicia. El nos dio al Señor Jesús, Su misma persona, para que El sea nuestra justicia. ¡Hay una gran diferencia en esto! Una persona descuidada pensará que la justicia del Señor Jesús y el Señor Jesús como justicia es más o menos lo mismo. No se da cuenta de que la justicia del Señor Jesús sólo le pertenece a El y no nos puede ser transferida. Cada uno de nosotros debe ser justo delante de Dios, y el Señor también tiene que ser justo delante de El. Pero Su justicia es solamente Suya. Su justicia fue la justicia que El expresó mientras estuvo en la tierra. Si llegáramos a ser justos simplemente por tomar Su justicia, ¿entonces por qué tuvo que morir el Señor? La justicia del Señor Jesús no es transferible. Su justicia le pertenece por siempre a El solo, y nadie tiene parte en ella. Nuestra justicia no es Su justicia, sino la misma persona del Señor Jesús. En todo el Nuevo Testamento solamente podemos hallar al Señor Jesús como nuestra justicia (con excepción de una ocasión, en 2 Pedro 1:1, donde el significado es diferente), la justicia del Señor Jesús nunca ha sido nuestra justicia. La justicia del Señor lo hace apto a El para ser nuestro Salvador. Debido a que El es recto, no necesita la redención para Sí. El Señor Jesús está plenamente justificado por Dios. Ahora Dios nos lo dio para que sea nuestra justicia. La justicia que Dios nos dio es Cristo. Cuando lo tenemos a El, tenemos justicia. Nosotros no somos justificados por nuestra conducta. Nos vestimos de Cristo, y El es nuestra justicia. Somos aceptados en el Amado; no somos aceptados en la justicia del Amado. Para estudiar bien la Biblia, tenemos que ser exactos y no permitir que se nos escape ningún detalle.

Algunos dicen que la sangre del Señor Jesús nos da vida. Esto significa que nuestra vida nueva está basada en la sangre del Señor Jesús. Dicen que cuando bebemos la sangre del Señor, adquirimos Su vida. Citan para ello Levítico 17:14, donde dice que la vida está en la sangre. Si leemos este versículo de una manera superficial, estaremos de acuerdo con esa enseñanza. Pero la sangre no nos da una vida nueva. La sangre nos redime, y satisface las exigencias de Dios. Exodo 12:13 presenta el principio relacionado con la sangre: “Veré la sangre y pasaré

de vosotros”. La sangre es derramada para Dios, pues satisface Sus requisitos, no los nuestros. En la Biblia sólo en una ocasión se menciona la sangre con relación a nosotros. Allí dice que la sangre se aplica a nuestra conciencia (He. 9:14). Sin embargo, aun la conciencia se relaciona estrechamente con Dios.

¿Qué significa la palabra *vida* en Levítico 17? En el lenguaje original, esa palabra es la misma que se traduce *alma* y se refiere a la vida psíquica. El Señor Jesús derramó la vida de Su alma hasta Su muerte. Isaías 53:12 dice que El derramó la vida de Su alma hasta la muerte. El Señor Jesús derramó Su sangre, es decir, derramó Su alma hasta morir para efectuar la redención. El clamó en la cruz: “Padre, en Tus manos encomiendo Mi espíritu” (Lc. 23:46). Habiendo dicho esto expiró. Su cuerpo estaba colgado en la cruz, y Su alma, por medio de la sangre, fue derramada para efectuar la redención. (Lo que caracteriza al hombre es su alma. El alma que pecare tiene que morir; es decir, la personalidad misma del hombre tiene que morir). Al mismo tiempo El encomendó Su espíritu a Dios.

Juan 6 dice repetidas veces que quienes coman la carne del Señor y beban Su sangre tendrán vida. Pero en ningún momento dice que quienes sólo beban Su sangre tendrán vida. Tenemos que ser muy cuidadosos. Si juntamos lo que Dios separó terminaremos distorsionando lo que El dijo. No debemos interpretar la Biblia de una manera descuidada. Debemos estudiar la Palabra de Dios detenidamente. Debemos hallar la infinidad de ocasiones en que se habla de la sangre, y estudiarlas una por una antes de poder ver la luz. La sangre satisface los requisitos de Dios, no los nuestros.

Supongamos que Juan Wesley viviera y nos dijera: “La sangre del Señor Jesús limpiará nuestro corazón y erradicará la raíz del pecado; así que ya no vamos a pecar más”. ¿Qué diríamos? Diríamos: “La sangre del Señor Jesús no limpia nuestro corazón. La Biblia no dice tal cosa. Dios ya nos dio un corazón nuevo. El corazón del hombre es más perverso que todas las cosas y nunca podría ser limpiado”. La sangre nos redime, no nos limpia. La sangre trae perdón, no santificación. (Hay una diferencia entre la santificación delante de Dios y la santificación delante de los hombres). Tal vez algunos pregunten: “¿No dice Hebreos 10 que la sangre del Señor purifica nuestro corazón?” ¡No! Allí se habla de la aspersión de la conciencia (10:22). La conciencia es solamente una parte del corazón. La única parte del hombre que está consciente del pecado es la conciencia. La sangre satisface las exigencias de Dios y el clamor de nuestra conciencia. Cuando nos damos cuenta de que el Señor Jesús nos redimió del pecado, espontáneamente nuestra conciencia deja de estar consciente de pecado. La función de la sangre en nuestra conciencia no es librarnos del pecado sino librarnos de estar conscientes de éste. La liberación del pecado es el resultado de la obra del Espíritu Santo. La obra de la sangre difiere de la del Espíritu Santo; nunca debemos confundirlas.

Delante del Señor, debemos ser exactos. Si no lo somos, perderemos la exactitud de Dios. Si tenemos el hábito de ser inexactos, no obtendremos nada cuando leamos la Biblia. Tenemos que darnos cuenta de cuán exacta es la Biblia. Es tan exacta que no deja lugar a confusión. Debemos permitir que el Señor nos adiestre y nos haga exactos.

C. No buscar rarezas

En tercer lugar, al tratar de ser exactos, no debemos buscar cosas extrañas. La Palabra de Dios es exacta, pero nunca debemos estudiarla buscando en ella rarezas. Si la escudriñamos con una mente curiosa, le quitaremos el valor espiritual. La Biblia es un libro espiritual, y tenemos que ejercitar nuestro espíritu para poder entenderla. Si buscamos exactitud para satisfacer nuestra curiosidad, y no nuestras necesidades espirituales, vamos por el rumbo equivocado. Es lamentable que mucha gente lea la Biblia con la meta de descubrir cosas extrañas. Algunos pasan mucho tiempo tratando de averiguar si el árbol del conocimiento del bien y del mal era una vid o no. Esta clase de estudio de la Biblia es vano. Debemos recordar que la Biblia es un libro espiritual. Tenemos que tocar en ella la vida, el espíritu y al Señor. Una vez que toquemos las cosas espirituales, reconoceremos automáticamente la precisión de la Palabra porque todas las cosas espirituales son inherentemente exactas. Pero si en algún asunto no procuramos lo espiritual, vamos por el camino equivocado.

A algunos les gusta tomar el sendero de la curiosidad. Su estudio de las profecías es motivado por la curiosidad. No estudian las profecías esperando el regreso del Señor, sino porque desean conocer el futuro. Hay una gran diferencia entre ser espiritual y no serlo. Si somos curiosos, todas las cosas espirituales y valiosas se volverán inertes y carentes de espiritualidad cuando caigan en nuestras manos. Este asunto es muy serio. Delante del Señor, tenemos que distinguir entre lo valioso y lo que no lo es. Tenemos que distinguir entre las cosas que son importantes y las que no lo son. El Señor Jesús dijo: “Ni una jota ni una tilde pasará de la ley” (Mt. 5:18). Pero también dijo que hay asuntos importantes en la ley (23:23). La ley es tan exacta que ni una jota ni una tilde de ella pasará, pero también en ella hay cosas importantes. Los que buscan curiosidades toman constantemente cosas triviales y las estudian. Si se dedican a las cosas superficiales, terminarán siendo personas superficiales. Bien dijo el Señor Jesús que ellos cuelan el mosquito y tragan el camello (v. 24). Cuelan las cosas más minúsculas y dejan pasar lo más trascendente. Esta clase de lectura es errónea. Este error proviene de nuestro carácter y de nuestra búsqueda de cosas extrañas. Si no cambiamos nuestra forma de ser, no podemos leer la Biblia como se debe.

Los rasgos mencionados —la subjetividad, el descuido y la búsqueda de rarezas— son defectos comunes. Debemos vencer esos defectos delante del Señor. Debemos ser objetivos, exactos y serios. Un carácter objetivo, exacto y serio no se forma en nosotros de la noche a la mañana; tenemos que disciplinarnos al punto de desarrollar el hábito. Cada vez que tomemos la Biblia, debemos leerla con objetividad, exactitud y seriedad. Cuando tengamos el carácter sólido y la debida costumbre, sabremos cómo leer la Biblia.

CAPITULO DOS

TRES ASPECTOS DEL ESPIRITU SANTO

Para estudiar la Biblia, necesitamos familiarizarnos con tres aspectos del Espíritu Santo, especialmente para estudiar el Nuevo Testamento, el cual tiene una estrecha relación con dichos aspectos.

Primero, el Espíritu Santo desea que entremos en Sus pensamientos. Para entender las palabras del Espíritu Santo, debemos dirigir nuestros pensamientos a los Suyos. Esto es particularmente necesario en el caso de las epístolas. Tenemos que familiarizarnos con los pensamientos del Espíritu Santo para poder entender Sus escritos.

Segundo, el Espíritu Santo dejó constancia de muchos hechos en la Biblia. Tenemos que penetrar en estos hechos básicos. Si no lo hacemos, no podremos entender la Palabra de Dios. El Espíritu Santo tiene que abrirnos todos los hechos narrados en los cuatro evangelios y en los Hechos.

Tercero, cuando leemos la Palabra de Dios, el Espíritu Santo nos guía a tocar el espíritu. En muchas ocasiones, no es suficiente conocer los pensamientos; debemos entrar en el espíritu que los genera. No solamente debemos conocer los hechos, sino también entrar en el espíritu que los produce. Podemos encontrar ejemplos de esto en los evangelios, en el libro de Hechos y en las epístolas.

El lector de la Biblia debe entrar en estos tres aspectos. Sin embargo, solamente quienes han sido adiestrados y disciplinados pueden verdaderamente conocerlos. No debemos considerar estos aspectos como métodos para estudiar la Biblia, ya que se relacionan con la persona que lee la Biblia. La persona debe pasar por un adiestramiento básico, que es precisamente de lo que queremos hablar.

Examinemos cómo podemos tener parte en estos tres aspectos.

I. LOS PENSAMIENTOS DEL ESPIRITU SANTO

Al escribir las Escrituras, el Espíritu Santo tenía un propósito y un pensamiento definido. El lector de la Biblia no solamente tiene que conocer las palabras y memorizarlas, sino que también debe percibir el propósito específico que el Espíritu Santo tenía al escribir cierto libro. Lo primero que deseamos tratar acerca del estudio de la Biblia no es su interpretación, sino conocer la intención del Espíritu Santo en el momento en que escribió el libro que vamos a leer. Tenemos que recordar que el valor de las palabras no reside en las palabras mismas sino en su significado. El Señor les dijo a los saduceos: “Erráis, por no conocer las Escrituras” (Mt. 22:29). Los saduceos leían la Palabra de Dios, pero no la entendían. Cuando leemos la Palabra de Dios, debemos hallar la causa por la cual el Espíritu habló. Esto nos guía a otro punto: Nuestra mente necesita bastante disciplina.

A. Fundimos nuestros pensamientos con los del Espíritu Santo

El lector de la Biblia debe ser objetivo; no debe confiar en su propia mente. El Espíritu Santo tiene Su pensamiento, y en éste deben entrar nuestros pensamientos y fundirse en él. Cuando el Espíritu Santo piensa de cierta manera, nosotros también tenemos que pensar de la misma manera. Ambos debemos fluir como dos corrientes de un río: el Espíritu Santo es la corriente principal, y nosotros somos la corriente secundaria. El Espíritu Santo es como un gran río, mientras que nosotros somos como un arrolluelo. El arroyo tiene que unirse al río. Cuando el río fluye hacia el oriente, el arroyo también fluye hacia el oriente. El arroyo puede ser pequeño, pero si fluye con el río, llega al océano.

Algunos pasajes bíblicos giran en torno a hechos, mientras que otros se centran en el espíritu o en los pensamientos. Los pasajes que enfocan pensamientos también tienen espíritu y hechos. Aquellos cuyo enfoque está en los hechos incluyen espíritu y pensamientos. Los pasajes que se centran en el espíritu contienen además hechos y pensamientos. Cuando examinamos los pensamientos del Espíritu Santo, debemos ser objetivos; todo nuestro ser debe seguir los pensamientos que El comunica. Sin embargo, algunos no pueden hacer esto o sólo pueden estar ligados al Espíritu Santo por diez minutos, después de los cuales sus pensamientos empiezan a vagar. Este tipo de personas no pueden leer la Biblia como se debe. El requisito para que una persona pueda leer la Biblia es que su mismo ser sea afectado.

Es cierto que al leer la Biblia uno necesita usar la mente. Pero, ésta debe seguir la misma línea, corriente y dirección de la mente del Espíritu Santo. Dondequiera que el Espíritu vaya, uno debe seguirlo. Podemos hallar el pensamiento del Espíritu Santo en una oración, en un pasaje, en un capítulo o

en un libro. La mente de uno tiene que estar sintonizada con el Espíritu Santo y procurar hallar lo que El dice en un pasaje, lo que El piensa, y cuáles son las ideas principales y secundarias. La primera pregunta que debemos hacernos cuando leemos una porción de las Escrituras es ¿cuál es la intención del Espíritu al escribirla? Si no sabemos cuál es la intención del Espíritu Santo en esa porción, es muy probable que cometamos errores cuando la citemos más tarde; es posible que tergiversemos lo que el Espíritu Santo quiere decir. No es suficiente leer la letra, recordar las palabras, ni memorizar el pasaje ni estudiar el significado de una manera aislada. Cuando leemos la Biblia, debemos percibir la intención que tenía el Espíritu cuando escribió un pasaje dado. Es decir, debemos detectar los pensamientos de Pablo, de Pedro y de los demás escritores en el momento que el Espíritu Santo habló por medio de ellos. Nuestros pensamientos deben concordar con los pensamientos del Espíritu para poder entender la Biblia.

Se cuenta de un creyente que viajó por las cuarenta y dos estaciones por las que pasaron los israelitas desde Egipto hasta Palestina. Donde los israelitas fueron, él fue. Donde dieron un rodeo, el lo dio. El hizo todo el viaje de esta manera. Más tarde, relató en un libro el viaje. El no escogió su propio camino, sino el que Moisés tomó. Esta es la manera en que debemos leer la Biblia. No debemos determinar la dirección por nosotros mismos; tenemos que ir por donde el Espíritu va. Pablo bajó a Jerusalén, y nosotros debemos ir con él a Jerusalén. El sentía y pensaba de cierta manera, y nosotros debemos sentir y pensar de la misma manera. No debemos seguir nuestro propio rumbo, sino la dirección de los escritores de la Biblia, es decir, la dirección del Espíritu. El pensamiento de los lectores de las Escrituras debe concordar con el de los escritores, pues éstos fueron inspirados por el Espíritu Santo a pensar de cierta manera. Si nuestros pensamientos pueden seguir de cerca lo que el Espíritu tenía en el momento de escribirse el pasaje, entenderemos lo que la Biblia dice.

B. “El Tronco” y “las Ramas”

Algunos pasajes de la Biblia contienen un tema específico, mientras que otros son palabras explicativas; algunas son de vital importancia, mientras que otras tienen una función secundaria. Algunas son como el tronco de un árbol, y otras son como las ramas. No debemos seguir las ramas y perder de vista el tronco. Y tampoco debemos prestar atención exclusivamente al tronco olvidándonos de las ramas. Debemos encontrar lo que el Espíritu Santo dice en un pasaje, cómo lo expresa, de cuántas cosas habla y cuánto se extiende para alcanzar su meta. Nuestra mente debe seguir estas cosas paso a paso. Tenemos que llegar a la mente del Espíritu Santo. El Espíritu tiene un tema y también tiene las palabras que lo desarrollan. A veces estamos hablando y a mitad de nuestra conversación, nos desviamos del tema para explicar algo. Estas son “las ramas”.

Las ramas no se extienden sin límite. De igual modo, el Espíritu puede salirse del tema con una explicación que use cinco o seis versículos, pero siempre regresa al “tronco”. No nos debemos quedar en las explicaciones; debemos seguir el Espíritu Santo y regresar al tema. Muchas de las epístolas están estructuradas de tal manera que las palabras explicativas se intercalan en el tema de los pasajes. Debemos diferenciar entre “el tronco” y “las ramas” a fin de entender lo que leemos. No debemos apresurarnos en nuestra lectura. Cuando el Espíritu Santo da un viraje, nosotros tenemos que ir con El, y cuando vuelve al tema, nosotros también debemos regresar. Tenemos que ser muy sensibles y cuidadosos para no poner nuestra confianza en nosotros mismos ni en nuestra carne. Esta es la manera de sincronizarnos con los pensamientos del Espíritu Santo.

Hay “troncos” y “ramas” en la Biblia y, en conjunto, forman una unidad. Por ejemplo: cuando Pablo escribió el libro de Romanos, no tenía la intención de darnos solamente 3:23, 6:23 y 8:1. Todo el libro contiene una idea unificada; es una entidad completa. No aparecen fragmentos por ninguna parte. No debemos tomar ciertos versículos fuera de contexto para después explicarlos. Está bien que tomemos prestado algún versículo, pero debemos diferenciar entre tomar prestado y dar una interpretación del mismo. Aun cuando tomamos prestado un versículo para cualquier otro uso, tenemos que entender el contexto, de no ser así, caeremos en el error de tomar las ideas fuera de su contexto.

Si nuestra mente está adiestrada, será lo suficientemente diestra para *sustentar la luz*. La luz viene como un relámpago, y tenemos que atraparla y sostenerla. Si nuestra mente no está adiestrada para unirse a la mente del Espíritu Santo, no tendremos el pensamiento necesario para capturar y sostener la luz cuando nos llegue en forma de revelación. Esta es la razón por la cual nuestra mente tiene que ser adiestrada; tiene que ser objetiva y obediente a la guía del Espíritu Santo. El Espíritu Santo tiene Su propia manera de expresarse. Por ejemplo: Romanos 1 y 2 hablan del pecado del hombre; el capítulo tres habla de la redención; el capítulo cuatro, de la fe; el capítulo cinco, del pecador; el capítulo seis, de la muerte del pecador; el capítulo siete, de las dos leyes; y el capítulo ocho, del Espíritu Santo. En los capítulos del nueve al doce nos da algunos ejemplos. El capítulo doce habla de los cristianos y de la iglesia, y finalmente, los capítulos trece y dieciséis hablan de la conducta de una persona salva. Cuando leemos dicho libro, tenemos que entender la intención del Espíritu Santo al hablar esas palabras. En cada sección el Espíritu tiene ideas principales. Primero, El habla del pecado del hombre y luego de la solución al pecado y del cumplimiento de la justicia de Dios. Después pasa a hablar de la fe y de lo que estorba a la fe: las obras del hombre. Pero el hombre tiene otro problema además de su pecado: su persona. Por consiguiente, en el capítulo seis el Espíritu habla de la crucifixión del pecador (el hombre viejo). La solución al

pecado del hombre radica en la fe de que el Señor murió *por* él, mientras que la solución al problema del hombre mismo se halla en la fe en que él murió *con* el Señor. En los capítulos del nueve al once, se habla de la nación de Israel como un ejemplo de la gracia de Dios y de la fe. Luego, el capítulo doce menciona la condición de un cristiano consagrado. Del capítulo uno al dieciséis, podemos identificar “los troncos” claramente. Pablo fue muy claro al expresar su sentir en estos puntos. También están “las ramas”, algunas de las cuales se ven en la primera sección. Al abordar el tema del pecado, el Espíritu Santo se desvía para hablar de los gentiles y luego de los judíos, y luego regresa a la idea principal. Cuando leemos la Biblia, debemos seguir muy de cerca la idea del Espíritu Santo.

c. Dos clases de adiestramiento

Hay dos maneras de adiestrar nuestra mente. Primero, podemos aislar el tema de las palabras explicativas. No es mala idea recorrer todo el Nuevo Testamento y poner paréntesis alrededor de pasajes que el Espíritu incluye a modo de explicación. Lo contenido entre paréntesis son “las ramas”, y lo que queda fuera es “el tronco”. Si saltamos los versículos que dejamos entre paréntesis y leemos el resto, veremos la idea principal en los diferentes pasajes.

Hagamos esto con el libro de Romanos. Romanos 1:1 dice: “Pablo, esclavo de Cristo Jesús, apóstol llamado, apartado para el evangelio de Dios”. Esto es obviamente la introducción a dicho libro. Los versículos del 2 al 4 dicen: “Que El había prometido antes por medio de Sus profetas en las Santas Escrituras, acerca de Su Hijo, que era del linaje de David según la carne, que fue designado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor”. Esta es una explicación del evangelio. Por consiguiente, estos versículos son “ramas” que se pueden poner entre paréntesis. El versículo 5 dice: “Y por quien hemos recibido la gracia y el apostolado para la obediencia de la fe entre los gentiles por causa de Su nombre”. Esto de nuevo es el tema del texto. Si seguimos así hasta finalizar Romanos, extraeremos los versículos que constituyen la idea principal del texto. Podemos subrayar el tema con un color, y las explicaciones con otro. Como primer paso, no tenemos que leer las explicaciones. Primero leemos el tema y después las explicaciones. En primer lugar, debemos encontrar la idea principal que expresa el Espíritu Santo, y luego debemos incluir paulatinamente las explicaciones. ¿Qué es este evangelio? Es algo que fue “prometido antes por medio de Sus profetas en las santas Escrituras”. Dios prometió el evangelio y luego envió al Señor Jesús a cumplirlo. El cumplimiento del evangelio consta de dos partes. Primero, lo que corresponde a la carne, y luego, lo que corresponde al espíritu. La primera parte está ligada a la vida del Señor en la tierra como hijo de María. La segunda parte se relaciona con Su vida en los cielos como Hijo de

Dios. Los cuatro evangelios abarcan lo que de El se relaciona con la carne, mientras que las epístolas abarcan lo relacionado con el Espíritu. Cuando leemos este pasaje, debemos pasar directamente del versículo 1 al 5 y dejar los versículos del 2 al 4 para más tarde. Siempre debemos prestar atención al tema primero, y luego a las explicaciones. Debemos leer toda la Biblia de esta manera. Todo siervo de Dios debe diferenciar entre el tema de cada libro y las porciones explicativas. Este es el primer paso.

¿Qué beneficio podemos obtener cuando damos este primer paso? Esto nos capacita para conocer en qué medida se relaciona la enseñanza de un pasaje con el tema principal y qué parte es una explicación. Cuando servimos como ministros de la Palabra, nuestras palabras deben tener un tema central y también explicaciones. Aunque nuestra función como ministros de la Palabra no es tan perfecta y profunda como la de los primeros apóstoles, el principio sigue siendo el mismo. Una vez que diferenciamos entre el tema y las explicaciones, nos daremos cuenta, para nuestra sorpresa, de que la Biblia provee suficientes explicaciones, tanto en cantidad como en profundidad; adoraremos al Señor por la absoluta perfección de Su Palabra; descubriremos también que tan pronto nos excedemos ligeramente en el uso de explicaciones o ejemplos, todo nuestro mensaje se debilita. Debemos prestar atención a la manera en que la Biblia da explicaciones. No debemos explicar demasiado. Solamente debemos aclarar pasajes que no sean fáciles de entender. Las explicaciones se dan con el propósito de facilitar la comprensión, pero no debemos excedernos en su uso. Algunos oradores carecen de explicaciones, lo cual confunde a los oyentes; otros dan explicaciones tan largas que echan a perder el mensaje. Debemos observar el balance perfecto de la Palabra. Aprendamos a separar el tema de las explicaciones. Para hacer esto, tenemos que ser objetivos. Si nos volvemos subjetivos, erraremos.

En segundo lugar, debemos tratar de repetir el pasaje con nuestras propias palabras y escribirlo de nuevo con palabras que nosotros podamos entender. Por ejemplo: Romanos 1:1, 5 y 6 son versículos que expresan el tema y fueron redactados por Pablo. Después de que entendemos lo que Pablo dijo, debemos tratar de expresarlo con nuestras propias palabras. Al principio sólo debemos trabajar con el tema principal; no tenemos que dedicarle mucho tiempo a las explicaciones contenidas en los paréntesis. Este ejercicio es similar a nuestra experiencia como estudiantes. Los maestros nos cuentan una historia y nosotros la escribimos con nuestras propias palabras. Tenemos que saber de qué se trata la narración para poderla escribir. Para realizar este ejercicio debemos ser objetivos y entender el significado de la Biblia, y así no le agregaremos nuestras propias palabras. Tenemos que adiestrarnos a fin de seguir los pensamientos del Espíritu Santo. Debemos conformar nuestros pensamientos a los del Espíritu Santo.

Es muy posible que cometamos errores al repetir el texto con nuestras palabras, ante lo cual, lo que debemos hacer es corregirlos la próxima vez. Si cometemos errores de nuevo, debemos corregirlos otra vez. Cuanto más nos corriremos, más exactos llegaremos a ser. Si aprendemos esta lección, nos será fácil entender la Palabra de Dios. Lo más importante es hacernos a un lado. Si nos volvemos orgullosos o subjetivos estamos acabados. Tenemos que aprender a ser objetivos, mansos y humildes. Es fácil para una mente mansa y humilde seguir la mente del Espíritu. Los lectores de la Biblia necesitan aprender esta lección.

II. ENTREMOS EN LOS HECHOS NARRADOS POR EL ESPIRITU SANTO

A. La impresión que dejan los hechos

Cuando leemos la Biblia, el Espíritu Santo requiere que tengamos una impresión definida de los hechos. No toda la Biblia consta de enseñanzas; gran parte de ella se compone de hechos y relatos. El Espíritu Santo desea que los hechos, las historias y los relatos produzcan cierta impresión en nosotros. Una vez que obtengamos por el Espíritu Santo una impresión de esos hechos, le será fácil comunicarnos la palabra de Dios. Si los hechos no producen una impresión en nosotros, la Palabra de Dios no permanecerá en nosotros ni producirá el efecto apropiado.

La impresión a la que nos referimos no es estar informados en general de las narraciones, sino a una visión de los puntos característicos que dejan una impresión duradera en la mente. Cada evento en la Biblia tiene sus características. Si no entendemos estas características, no podremos entender la Palabra de Dios. Cuando leemos un contrato, no es suficiente verificar si tiene la firma o no; debemos verificar de quién es la firma. La impresión de la que hablamos no es una impresión general, sino una impresión específica. Cuando descubrimos la característica especial, podemos saber lo que Dios desea decir en el texto. Es posible que una persona pueda recordar y transmitir un relato bíblico sin notar su carácter especial. Esto muestra que no entiende la Palabra de Dios. El Nuevo Testamento consta de los cuatro evangelios, Hechos, las epístolas y Apocalipsis. Para penetrar en las epístolas tenemos que entrar en el pensamiento del Espíritu Santo. Sin embargo, en los cuatro evangelios y en Hechos, además de abrir nuestro corazón al Espíritu de Dios, tenemos que permitirle que nos deje una profunda impresión con los hechos. Tenemos que descubrir la diferencia entre ciertos hechos y tenemos que detectar las características específicas que presentan esos hechos.

Una impresión es semejante a una fotografía. La cámara usa una película plástica delgada, cubierta de cierto material químico llamado bromuro de plata. Hace unas décadas, esta película solamente podía contener decenas de millares de partículas de bromuro de plata por centímetro cuadrado. Esta es la causa por la cual las fotografías que se producían en ese entonces no eran muy nítidas, pues tenían una apariencia granular. Más tarde, la película fue mejorada, y ese granulado desapareció. La imagen es ahora más clara porque cada pulgada cuadrada de la película puede contener millones de partículas de bromuro de plata. De la misma manera, cuanto más fina sea nuestra constitución interior, mejor impresión tendremos. Si nuestro corazón y nuestro espíritu están abiertos a Dios, y si somos sensibles, el destello de hechos que el Espíritu Santo ponga delante de nosotros va a generar una profunda impresión en nosotros. Si somos sensibles y flexibles, veremos dos cosas: primero, localizaremos el énfasis de la Palabra de Dios y el enfoque de Su revelación, y en segundo lugar, sabremos qué es lo que Dios desea comunicar con los hechos. Así podremos diferenciar entre diferentes hechos.

Una persona tosca nunca verá los puntos finos de la Biblia. Un hombre debe ser blando, y sus sentimientos deben ser muy sensibles para que la Palabra de Dios pueda dejar una impresión clara en él. No solamente vislumbrará el panorama completo, sino que también recibirá una impresión exacta de los puntos más específicos y de los delineamientos, y tendrá certeza de cada aspecto delicado e intrínseco que contienen los hechos.

B. La necesidad de ser sensibles

Muchas persona que leen la Bibli procuran hallar los aspectos específicos y finos que contiene. Sin embargo, sin sentimientos finos y tiernos, no se pueden percibir aquellos aspectos tiernos. Examinemos los cuatro evangelios y el libro de Hechos. Estos cinco libros son una crónica de Jesús y revelan más hechos acerca de El que las epístolas. Necesitamos tener impresiones específicas y finas de los hechos relacionados con el Señor Jesús. Estudiemos otros ejemplos.

1. Contrastes

a. Zaqueo y los dos discípulos que iban a Emaús

Al comparar Lucas 19 con Lucas 24 encontramos una marcada diferencia entre la visita del Señor a la casa de Zaqueo y Su visita a los dos discípulos que iban camino a Emaús. El expresó el deseo de ir a la casa de Zaqueo, pero en el caso de los dos discípulos, parecía que quería seguir de largo. Una persona con una percepción fina detectaría estas dos actitudes opuestas. En el caso de Zaqueo, el Señor se acercó a un vil pecador. Este no era un publicano cualquiera; era el jefe

de los recaudadores de impuestos. El Señor no esperó a que él lo invitara, sino que se invitó a la casa de él. No hay duda de que Zaqueo deseaba ver al Señor, pero estaba consciente de su baja estatura y de su mala reputación, y se sentía demasiado avergonzado como para invitar al Señor. En tales circunstancias, el Señor dijo: “Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que me quede en tu casa” (Lc. 19:5). Este era un pecador que no se atrevía a invitar al Señor a su casa. El Señor se invitó a Sí mismo a esa casa. El entendía a Zaqueo, pues era muy sensible. Si nuestros sentimientos son lo suficientemente tiernos, entenderemos lo que el Señor desea.

Los dos discípulos que iban camino a Emaús se habían vuelto atrás. Sus ojos estaban cubiertos por un velo, y no reconocían al Señor. El anduvo con ellos, habló con ellos y les explicó las Escrituras. Cuando estaban cerca de la aldea, El actuó como si fuera a seguir de largo (24:28). La actitud del Señor hacia los dos discípulos fue diferente a la que mostró ante Zaqueo. Este estaba frente a grandes obstáculos: se avergonzaba de su condición. El Señor fue muy tierno para con él y se invitó a entrar en su casa. Los dos discípulos que iban para Emaús ya conocían al Señor, pero se habían vuelto atrás. Aunque habían oído mucho del Señor, seguían en su camino a Emaús. Esta fue la razón por la cual el Señor actuó como si fuera a seguir Su camino. Se quedó con ellos porque se lo rogaron. En el primer caso, un hombre viene al Señor. En el otro, dos hombres están alejándose de El. En efecto, la actitud del Señor fue diferente. Tenemos que llegar a los tiernos sentimientos del Señor Jesús para percatarnos de quién es Jesús de Nazaret, a quién Dios desea revelarnos.

*b. Las dos ocasiones
en que Pedro se fue a pescar*

En Lucas 5 Pedro había estado pescando toda la noche y no había pescado nada. No obstante el Señor Jesús le dijo: “Boga mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca” (v. 4). Los pescadores echaron las redes y cogieron una gran cantidad de peces. No habían pescado nada, pero repentinamente recogieron una gran cantidad de peces. Entonces Pedro cayó de rodillas ante Jesús, y le dijo: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (v. 8). En Juan 21 encontramos a Pedro y a otros discípulos pescando de nuevo. El Señor les preguntó: “Hijitos, ¿no tenéis algo de comer? Le respondieron: No. El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca” (vs. 5-6). Entonces atraparon muchos pescados. En la pesca de Lucas 5 el Señor Jesús revela Su gloria a Pedro. Cuando esta gran gloria resplandeció sobre éste, comprendió que era un pecador y que no era digno de la presencia del Señor. Cuando Pedro se fue a pescar, después de la resurrección del Señor; se tiró al mar y nadó hasta la orilla al reconocer al Señor (Jn. 21:7). Perdió todo interés en la pesca cuando reconoció al Señor. En ambos casos él tuvo la misma revelación. Pero en el

primer caso, la revelación hizo que este hombre se conociera a sí mismo y le rogara al Señor que se apartara de él. En el segundo caso, la revelación condujo a este hombre que ya conocía al Señor, a una relación más íntima con El. Una vez que identificamos la diferencia entre estos dos casos, tenemos la debida impresión de los hechos. En todos estos asuntos necesitamos una sólida impresión de los hechos.

*c. El Señor alimenta a los cinco mil,
y María lo unge*

Estos dos incidentes se narran en los cuatro evangelios: la alimentación de los cinco mil por parte del Señor y la unción del Señor por parte de María. Después de que el Señor alimentó a los cinco mil, ordenó a los discípulos que recogieran los pedazos para que nada se perdiera (Jn. 6:12). Esto es sorprendente. El Señor realizó el milagro de alimentar a una multitud; aún así les dijo a los discípulos que recogieran los pedazos que sobraron para que no se desperdiciaran. Más adelante, una mujer vino al Señor y quebró un frasco de alabastro y derramó el ungüento sobre la cabeza del Señor. Algunos discípulos dijeron: “¿Para qué se ha hecho este desperdicio de ungüento?” Pero el Señor Jesús respondió: Ella “ha hecho en Mí una buena obra” (Mr. 14:3-7). Aquí vemos un contraste entre dos cosas: la multiplicación de los panes y la unción del Señor. En un caso, nada se desperdició, mientras que en el otro, parece verse un gran derroche. Nada de lo que es producido milagrosamente se puede desperdiciar; pero el perfume que valía trescientos denarios fue derramado sin reservas sobre el Señor; no fue utilizado para alimentar a los cinco mil, sino para ser consumido por el Señor en un instante. No se recogió sino que se derramó. Era un solo frasco, y no doce cestas. Todos éstos son contrastes. Cuando el Hijo de Dios realizó el milagro, inclusive las sobras se debían recoger. Pero El no estima que es demasiado recibir la consagración de un regalo que cueste trescientos denarios. Los cuatro evangelios relatan esta historia, y en todas partes donde se predique el evangelio, se ha de recordar este caso. La consagración debe ir hasta donde el evangelio vaya. A donde quiera que el evangelio vaya, debe seguirlo una consagración incondicional. Las riquezas del evangelio deben ser las riquezas de la unción y consagración del hombre. Necesitamos ser impresionados profundamente por este hecho.

*d. El juicio del Señor
y el juicio de Pablo*

Algunas veces es muy significativo comparar los cuatro Evangelios con los Hechos. Podemos comparar el juicio al que fue sometido el Señor y el juicio al que fue sometido Pablo. Cuando Pablo fue juzgado, dijo que era fariseo e hijo de fariseo (Hch. 23:6). Este no fue el caso del Señor Jesús. Valoramos a nuestro hermano Pablo. Pero lo mejor que el mundo puede producir no pasa de ser un

hijo de hombre. Sin embargo, Jesús de Nazaret es el único Hijo engendrado por Dios! Cuando lo comparamos, encontramos que uno es el único Hijo engendrado de Dios, mientras que Pablo es uno de los muchos hijos de Dios. Uno es el Señor, y el otro es el siervo; uno es el Maestro, y el otro, el discípulo. Aunque los logros de Pablo eran muchos, no podía compararse con su Señor. Sólo al ser sensibles y perspicaces, conoceremos al Señor según se describe en los evangelios y a los apóstoles según se describen en Hechos. Si no somos sensible, nada nos impresionará. Aun si el Señor desea mostrarnos algo, no podremos postrarnos delante de El y adorarlo. Un hombre descuidado trata la Biblia como si fuera un libro de narraciones sin importancia; trata de interpretarlo todo, y es difícil que el Espíritu Santo lo impresione con algo.

*e. El Señor “pasó por en medio”
y Pablo “fue bajado”*

En cierta ocasión, el Señor Jesús leyó las Escrituras en la sinagoga de Nazaret. Cuando terminó, añadió un breve comentario, por lo cual la multitud lo llevó hasta la cumbre del monte para arrojarlo al precipicio. Sin embargo El, pasando en medio de ellos, se fue (Lc. 4:29-30). ¡Qué majestuoso y digno fue El! El no fue como Pablo que tuvo que ser bajado por un muro en una canasta (Hch. 9:25). No decimos que Pablo actuó mal; nos referimos a que hay una diferencia en naturaleza. El Señor pasó en medio de la multitud y se fue. Estas palabras: “El pasó en medio de ellos, y se fue” (Lc. 4:30), deben dejarnos una impresión. Cuando el Señor pasó en medio de quienes querían matarlo, éstos sólo pudieron observar sin hacer nada. ¡Cuán digno y noble es nuestro Señor!

2. Ejemplos de similitudes

a. Insatisfacción con respecto al Señor

Ciertas impresiones de la Biblia tienen que ser estudiadas a manera de contraste. Tal es el caso con los cinco ejemplos mencionados. Otros ejemplos muestran aspectos en común, y uno debe relacionarlos para tener un cuadro completo

1) El Señor duerme en la barca

Mateo 8:23-27 habla de la ocasión cuando Jesús cruzó el mar con los discípulos. De repente se levantó una gran tempestad en el mar. El Señor estaba dormido, y los discípulos tuvieron miedo. En el relato de Mateo los discípulos dijeron: “¡Señor, sálvanos, que perecemos!” Pero Marcos 4:38 dice algo más: “Maestro, ¿no te importa...?” Esto muestra que ellos se preguntaban cómo podía el Señor dormir tan tranquilamente. El Señor reprendió al viento y a las olas, y se calmaron; luego se dirigió a los discípulos y los reprendió por su poca fe.

(Obsérvese el orden de los eventos que presentan Marcos y Lucas. Antes de reprender a los discípulos, el Señor reprendió al viento y a las olas). El Señor tenía base para reprender a los discípulos porque ya les había dicho que cruzaría al otro lado. No tenían que preocuparse aunque en el camino encontrasen vientos, olas o cualquier otro obstáculo. El Señor Jesús les estaba dando una lección de fe. ¿En qué estaban poniendo la fe? Debieron confiar en la palabra del Señor: “Pasemos al otro lado” (Mr. 4:35). Puesto que el Señor les había dicho que pasarían al otro lado, era imposible que ellos terminaran en el fondo del mar. Sin embargo los discípulos no tuvieron fe en lo que el Señor les dijo; por eso El los reprendió.

Nótese que nunca se ve que el Señor se disculpe con nadie. En circunstancias normales, cuanto más lecciones una persona aprende delante del Señor, más se disculpa con los demás. Cuanto más disciplinada es una persona, más descubre lo insatisfechos que están los demás con ella, y con más frecuencia se disculpa. El Señor Jesús es el único que nunca tuvo que disculparse con nadie. Tal parece que los discípulos pensaban que ellos estaban bien y que el Señor estaba mal. Los vientos y las olas eran feroces, y los discípulos iban a perecer. ¿Acaso no le importaba esto al Maestro? Pero el Señor no ofreció disculpa cuando se despertó, lo cual expresa Su gloria. El sabía que no se había sobrepasado durmiendo, y sabía que El no estaba equivocado. Cuando les dijo que cruzarían al otro lado, sin duda cruzarían al otro lado. El no decía ni una sola palabra de sobra y, por ende, no tenía que disculparse por nada. Esto demuestra la gloria de nuestro Señor.

2) El toque de una mujer que tenía un flujo de sangre

En Marcos 5 tenemos el caso de una mujer que tenía un flujo de sangre. Ella se acercó para tocar al Señor Jesús. Aquí encontramos el mismo principio. Cuando la mujer tocó al Señor, El se volvió y preguntó quién lo había tocado. Los discípulos le dijeron: “Ves que la multitud te aprieta, y dices ¿Quién me ha tocado?” (v. 31). Se lo dijeron con un tono de reproche. El Señor no dijo: “Lo siento; discúlpennme por hacer una pregunta necia”. El miró alrededor para ver quién lo había tocado. En realidad, El estaba diciendo: “Alguien me tocó, pero vosotros ni cuenta os dais. Vuestros ojos están en los que empujan, pero Mis ojos están en el que me tocó”. Si vemos las cosas exteriormente, el Señor parecía estar equivocado; parecía que la actitud de los discípulos era justificable. Pero en realidad ellos estaban errados, no el Señor. El jamás se tuvo que disculpar con nadie. Esto es lo más asombroso, y nuestro corazón no puede hacer otra cosa que adorarlo.

3) La muerte de Lázaro

En Juan 11 encontramos otro ejemplo del descontento del hombre para con el Señor. Marta le dijo al Señor: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto” (v. 21). Ella culpaba al Señor por haber llegado tarde. Ella decía dentro de sí: “Envié a preguntar por Ti hace mucho tiempo. ¿Por qué no viniste pronto? Ahora, por haberte tardado, mi hermano ha muerto y está enterrado”. La expresión “si hubieras estado aquí” expresa el descontento de Marta. Aparentemente, las palabras de Marta eran válidas. Pero, en realidad, el Señor había actuado deliberadamente. Se quedó intencionalmente otros dos días donde estaba (v. 6), aunque ante el hombre, esto fue una tardanza. Nuestro Señor nunca tuvo que disculparse con nadie, porque nunca actuó mal. Nosotros nos disculpamos porque constantemente actuamos mal. Si no ofrecemos disculpas, somos arrogantes. Cuanto más humildes y mansos seamos, más pediremos que nos perdonen. Aunque nuestro Señor es humilde y manso, El nunca se disculpa, porque nunca obra mal. Cuando no estamos satisfechos con El, nuestra infelicidad no hace que El se sienta culpable, porque El sabe lo que está haciendo.

En el Nuevo Testamento podemos encontrar muchos casos como éstos. Cuando leemos la Biblia tenemos que aprender a aplicar el principio de relacionar todos los pasajes que hablan de temas afines. En el ejemplo anterior descubrimos un hecho glorioso: el Señor nunca se retracta de lo que dice; El nunca va a desandar lo andado. ¡Esto es glorioso! ¿Qué era más glorioso para Lázaro, ser sanado o ser resucitado? El Señor sabía que para Lázaro era más glorioso ser resucitado. Si creemos, veremos la gloria de Dios.

b. Intentan enseñarle al Señor

1) “Este ungüento podía ... haberse dado a los pobres”

Algunas veces los hombres no solamente están descontentos con el Señor, sino que también tratan de enseñarle. Los discípulos le dijeron: “¿Para qué se ha hecho este desperdicio de ungüento? Porque este ungüento podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres” (Mr. 14:4-5). Ellos estaban tratando de enseñarle al Señor. Los discípulos pensaron en otro uso para el ungüento: venderlo y dárselo a los pobres. Pero el Señor sabía lo que María estaba haciendo. El dijo que ella estaba haciendo una buena obra. El Señor nunca hace algo ni dice algo de lo que no esté seguro. No necesita que nadie lo corrija. Solamente un insensato puede tratar de corregir al Señor o enseñarle.

2) “¡Dios tenga compasión de Ti!”

Cuando el Señor les indicó a los discípulos que El tenía que subir a Jerusalén, Pedro dijo: “¡Dios tenga compasión de Ti, Señor!” ¿Qué dijo el Señor? El dijo:

“¡Quítate de delante de Mí, Satanás!” (Mt. 16:21-23). Pedro quería enseñarle al Señor, lo cual era una insensatez que puso en evidencia su propia necesidad.

3) “*Qué clase de mujer es ésta*”

En otra ocasión el Señor Jesús comía en la casa de Simón el fariseo, y una mujer se inclinó a los pies del Señor llorando, regando Sus pies con sus lágrimas, y enjugándolos con sus cabellos. Simón pensó: “Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca” (Lc. 7:39). Notemos la actitud de Simón. El parecía decir: “Mira qué clase de mujer es ésta. ¿Cómo puedes permitir que se acerque a tus pies?” Aunque Simón no profirió palabra, el Señor sabía lo que estaba pensando y le habló de varias clases de perdón. Es como si le hubiese dicho: “Simón, tú no me lavaste los pies, porque has experimentado poco perdón. Esta mujer ha experimentado mucho perdón y por eso ha lavado Mis pies con sus lágrimas”. Cuando recibimos esta impresión nos damos cuenta de cuán insensato es el hombre que trata de darle consejos al Señor. Además, conocemos un Jesús de Nazaret que no conocíamos antes.

c. Al Señor le agrada que le pidan grandes favores

Al estudiar los evangelios cuidadosamente, vemos que el Señor se complacía en que los hombres le pidieran grandes favores. Cuanto más grande era la petición, más se alegraba el Señor en complacerlos.

1) “*Si quieres, puedes limpiarme*”

Examinemos la historia del leproso de Marcos 1. Según los preceptos judíos, una persona que tuviese lepra no podía tener ningún contacto con los demás. Cualquiera que se acercara a un leproso se contaminaba (Lv. 13—14). En este caso, un leproso vino a ver al Señor Jesús. El mismo hecho de venir al Señor Jesús era un acto bastante osado. Debemos tener una profunda impresión de este hecho. Tan pronto como un leproso apareciera en la escena, nosotros probablemente habríamos reaccionado. A menos que un hombre esté listo a sacrificarse y entregarlo todo, se alejaría ante la cercanía de un leproso y diría: “¡Me perjudica tu presencia! No puedo tocarte. ¿Por qué te me acercas?” Cuando el leproso se le acercó al Señor, no preguntó si el Señor podía limpiarlo, sino que dijo: “Si quieres, puedes limpiarme” (Mr. 1:40). Esta fue una afirmación penetrante. ¡El puso toda la carga en el Señor! La respuesta dependía de si el Señor quería o no. Esta no fue una oración común; fue una aseveración que ponía a prueba el corazón del Señor. El Señor simplemente pudo haber dicho: “Sé limpio”, y el leproso hubiera quedado limpio. Pero El no solamente dijo eso, sino que se identificó con la condición del leproso. Tocó al leproso con Su mano y le dijo: “¡Quiero, sé limpio!” (v. 41). Si el leproso no

hubiera sido limpio, el Señor se habría contaminado. ¡Qué arriesgado fue este acto! Debemos percibir la debida impresión de la historia para entender la escena. El Señor estaba listo a ponerse en la situación del leproso. El unió Su santidad y Su pureza con el leproso: o los dos eran limpios o los dos se contaminaban. Los dos tenían que salir del campamento, o los dos regresaban al mismo. El Señor estaba dispuesto a arriesgar, ¡y que gran riesgo fue éste!

2) *Una abertura en el techo*

Marcos 2 narra el caso de un paralítico que, cargado por cuatro hombres, es traído al Señor Jesús. No pudiéndolo acercar al Señor por causa de la multitud, destecharon la azotea del lugar donde Jesús estaba y después bajaron al paralítico (vs. 3-4). Tenemos que ser impresionados con esta escena. Mucha gente rodeaba al Señor, quien estaba muy ocupado. Pero repentinamente, ¡otro grupo bajaba del techo a un paralítico! Démonos cuenta de que el Señor no solamente estaba ocupado, sino que también estaba hablando en un lugar prestado. Cuando destecharon la azotea, sin duda tuvo que repararse después. ¡Que problema tan grande! Sin embargo, el Señor no les dijo: “No vuelvan a hacer eso”. El estaba contento de que alguien tuviera tanta desesperación por acercarse a El. Parecía ser que cuanto mayor la exigencia, más le complacía. Esto nos muestra qué clase de persona es el Señor. Si no tenemos una impresión clara de lo que el Señor ha hecho, ¿cómo podemos decir que lo conocemos?

3) *“¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!”*

Cuando el Señor iba de paso, Bartimeo clamó: “¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!” (Mr. 10:47). Muchos lo reprendieron y trataron de callarlo. Pero él clamaba mucho más. El Señor Jesús no era particularmente amigo de alborotos y conmociones. Mateo 12:19 dice: “No contendrá, ni voceará, ni nadie oírán en las calles Su voz”. Así era el Señor Jesús. Pero se encontró a un hombre que clamaba a gran voz y que deseaba que el Señor tuviera misericordia de él y lo sanara. El Señor se alegra cuando le pedimos grandes prodigios a El. El quiere que los hombres expresen sus peticiones sin reservas. El se alegra dando gracia sin medida.

4) *“También los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos”*

La historia de la mujer cananea nos presenta este principio. El pan se da a los hijos. Sin embargo ella dijo: “Sí, Señor; también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos” (Mt. 15:27). Ella no tenía derecho a hacer esta petición. Pero al Señor le agrada que le pidan de esta manera. El no sólo le concedió lo que pidió y curó a su hija, sino que además la elogió por su gran fe. Podemos encontrar muchos ejemplos como éste en los evangelios. Si

nos formamos la impresión adecuada de estas cosas, conoceremos el corazón del Señor.

5) “¡Creo, ayuda mi incredulidad!”

Después de que el Señor bajó del monte de la transfiguración, un hombre trajo a su hijo, el cual tenía un espíritu inmundo. El Señor reprendió a este hombre (Mr. 9:14-29). El no reprendió al leproso que vino a El, ni reprendió al parálítico cuyos amigos lo habían bajado por la azotea de la casa donde él estaba. Todos ellos fueron osados; sin embargo el Señor estaba complacido con lo que hicieron. Pero en este caso, el padre primero trajo su hijo enfermo a los discípulos. Cuando éstos no lo pudieron sanar, lo trajo al Señor. El Señor le preguntó al padre: “¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto?” El contestó: “Desde niño. Y muchas veces lo ha echado en el fuego y en el agua, para matarle; pero *si puedes hacer algo*, ten compasión de nosotros, y ayúdanos”. El vino al Señor buscando sanidad, pero no estaba seguro si el Señor podía sanar. El dijo: “Si puedes hacer algo”. El señor tomó sus palabras y replicó: “Si puedes”, a lo cual añadió: “Todo es posible para el que cree”. El Señor parecía decir: “¿Por qué preguntas si yo puedo? ¡Debes de darte cuenta de que todo le es posible al que cree! Lo importante no es si yo puedo, sino si tú crees”. Visualicemos la escena de ese momento. El hombre vino sin entusiasmo; acudió al Señor, pero no tenía fe. El no estaba seguro de que el Señor pudiera curar. Cuando rogaba pidiendo misericordia, agregó las palabras: “Si puedes”. El Señor lo reprendió severamente por estas palabras. A El no le agrada que los hombres le pidan poco. El no teme que los hombres le digan: “Tienes que hacerlo quieras o no quieras”. Pero el padre no dijo eso. Lo que en realidad estaba diciendo era: “Si puedes hacerlo, hazlo, y si no, ¿qué se le va a hacer?” Tus discípulos no lo pudieron hacer. No te voy a obligar a hacer nada si Tú tampoco lo puedes hacer”. El Señor lo reprendió diciéndole: “En cuanto a eso de: Si puedes. Todo es posible para el que cree” (v. 23). Cuando el Señor Jesús dijo esto, el padre clamó diciendo: ¡Creo, ayuda mi incredulidad!” (v. 24). Al ser reprendido y ver su error fue, se volvió y creyó. El puso toda la responsabilidad en el Señor. ¡Este es un cuadro hermoso! Cuanto más grande es la petición del hombre, más complacido estará el Señor. Debemos ser personas sensibles y permitir que el Señor imprima esto en nosotros. Una vez que lo comprendemos, vemos que los evangelios están llenos de la gloria del Señor.

d. Ejemplos aislados

1) “¿Quién es mi prójimo?”

En el relato del buen samaritano en Lucas 10, debemos centrar nuestra atención en las palabras del Señor. El interprete de la ley preguntó: “¿Y quién es mi prójimo?” (v. 29). La respuesta del Señor se basó en algo completamente

diferente. El versículo 27 dice: “Amarás ... a tu prójimo como a ti mismo”. La expresión *como a ti mismo* se refiere al interprete de la ley, y el *prójimo* debe ser otro. En realidad, el Señor le estaba diciendo: “Si tú amas a tu prójimo como a ti mismo, puedes tener vida eterna”. El versículo 29 dice: “Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?” El pensó que el Señor Jesús le estaba pidiendo que amara a los demás, y quería saber con exactitud quiénes eran los demás. El Señor le respondió con el relato del buen samaritano, y al final, le preguntó: “¿Quién, pues, de estos tres te parece que se hizo el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?” El interprete de la ley contestó: “El que usó de misericordia con él”. Jesús le dijo: “Ve, y haz tú lo mismo” (vs. 36-37). El interprete de la ley preguntó quién era su prójimo, y el Señor Jesús le respondió preguntándole quién era el prójimo del hombre que cayó en manos de los ladrones. En otras palabras, el interprete de la ley era el que había caído en manos de ladrones. El que le mostró misericordia fue su prójimo. El prójimo no es ningún hombre, sino el Salvador. El Señor le mostró al interprete de la ley que el prójimo es el Señor mismo. El dijo: “Ve, y haz tú lo mismo”. Esto quiere decir que el interprete de la ley tenía que hacer lo posible por amar al samaritano. Mucha gente ha distorsionado esta parábola. Piensan que el Señor desea que ellos sean el samaritano. No se dan cuenta de que ellos no pueden ir a la cruz para perdonar pecados, y que no pueden ser levantados para enviar el Espíritu Santo. Solamente El tiene el vino y el aceite. Solamente El tiene lo mejor, el mesón y el denario. Nosotros no somos el samaritano. Habría sido incorrecto pedirle al hombre que cayó en manos de los ladrones que fuera el samaritano. El prójimo al que el Señor se refería era el samaritano. Eso significa que el Señor vino para ser nuestro prójimo. El vino para salvarnos y proveernos lo mejor: el vino, que significa perdón; el aceite, que significa vida; el mesón, que representa la iglesia; y el denario, que significa el don y la gracia. El nos da estas cosas hasta que regrese. Cuando el Señor nos dice que amemos al samaritano, nos está diciendo que lo amemos a El. Tenemos que aprender a percibir los detalles de este pasaje. Esta es la manera de leer las narraciones de la Biblia.

2) La dignidad y la gloria del Señor

Cuando los hombres buscaban al Señor en el huerto de Getsemaní para apresarle, El “se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis? Le respondieron: A Jesús nazareno. Jesús les dijo: Yo soy ... [ellos] retrocedieron y cayeron a tierra” (Jn. 18:4-6). El Señor solamente hizo una afirmación, y ellos retrocedieron y cayeron a tierra. ¡Qué inmensa gloria encontramos aquí!

Nuestro Señor oró en el huerto de Getsemaní, pero no pidió nada en el tribunal ni delante del sumo sacerdote ni delante del magistrado. El está sobre todas las cosas, pues es el Señor. A pesar de todo, fue juzgado. ¿Quién en verdad estaba

siendo juzgado? El sumo sacerdote era el que estaba perturbado, el que tropezaba en sus palabras. Nuestro Señor permaneció calmado. Cuando compareció ante el magistrado, era éste el que estaba nervioso y no sabía qué preguntar. El Señor ni siquiera se tomó la molestia de contestar las preguntas. Jesús de Nazaret es Dios. Aunque fue llevado a juicio, no perdió ni Su dignidad ni Su honor.

En Getsemaní les dijo a Sus discípulos que velaran con El (Mt. 26:38), pero no les pidió que suplicaran por El. Pablo necesitó que los hermanos que estaban en Roma oraran por él (Ro. 15:30), pero el Señor no necesitaba que nadie orara por El. El es el Hijo de Dios, y no necesita que nadie haga súplicas por El. Les pidió a los discípulos que oraran porque no quería que ellos entraran en tentación (Mt. 26:41); les pidió que oraran por ellos mismos. Podemos observar de nuevo la dignidad y la honra del Señor.

En la tierra El vivió en la pobreza; sin embargo a nadie le pidió dinero prestado. El oró a Dios en el huerto, pero no le imploró a nadie en el tribunal. ¿A quién podríamos comparar el Hijo de Dios? El trono es glorioso, pero la gloria del juicio y de la cruz es aún mayor. Tenemos que adorarlo y decirle: “¡Tú eres el Señor! ¡Tú eres Dios!”

3) El Señor se esconde

El Señor siempre se esconde; a El no le gusta la fama. Después de sanar al leproso, le encargó que no se lo dijera a nadie (Mt. 8:4). Después de expulsar una legión de demonios, le mandó al que había estado poseído que volviera a su casa y refiriera lo que Dios había hecho por él (Lc. 8:39). Después de abrir los ojos de dos ciegos, les ordenó que no se lo dijeran a nadie (Mt. 9:30). Cuando Dios le reveló a Pedro que El era el Cristo, el Señor les mandó a los discípulos que no lo dijeran a nadie (16:20). En el monte de la transfiguración, El era el único que resplandecía en gloria. Sin embargo, cuando bajó del monte, les encargó a Sus discípulos que no dijeran a los demás lo que habían visto (17:9). Encontramos un caso similar en Juan 7. Los propios hermanos del Señor no creían en El. Ellos le dijeron: “Sal de aquí, y vete a Judea ... Porque nadie hace algo en secreto si procura ser conocido abiertamente. Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo” (vs. 3-4). Sus hermanos dijeron esto porque aun ellos no creían en El. Pero El les respondió: “Mi tiempo aún no ha llegado” (v. 6). Después de que sus hermanos subieron, El también subió a la fiesta, aunque no para realizar milagros, sino para enseñar. Aquí vemos la gloria del Señor. Todo aquel que está ávido de atención para sí mismo procura presentar sus obras ante los hombres. Pero el Señor nunca ostentó delante de los hombres. Los evangelios están llenos de casos similares. El hacía Sus obras delante de los hombres sólo cuando era absolutamente necesario; no le agradaba decirles a los

demás quién era El. Aún después de que realizó el milagro en el ciego, no le dijo inmediatamente quién era El. Retuvo esta revelación hasta que el hombre hubo recibido más esclarecimiento (Jn. 9). ¡Cuánto necesitamos conocer al Señor!

C. Impresiones que dejan las lecciones

Para entender la historia tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo, necesitamos tener la impresión correcta, y para esto, tenemos que ser personas sensibles. Esta es la razón por la cual tenemos que aprender las debidas lecciones delante del Señor. Si una persona tiene poco discernimiento, no puede apreciar la dignidad del Señor Jesús cuando lee los evangelios. Pero si es quebrantada aunque sea un poquito, conocerá el significado de la dignidad, y cuando lea de nuevo la Biblia, apreciará más la dignidad del Señor Jesús. Si uno no conoce el significado de la dignidad y de la gloria, ¿cómo puede formarse una impresión de la dignidad y la gloria del Señor? Tenemos que recibir las lecciones apropiadas de parte del Señor, y Su naturaleza nos tiene que ser añadida diariamente. De esta manera, nuestra comprensión de la palabra de Dios será más exacta y tendremos impresiones más profundas y cada día entenderemos más la Palabra. Debemos recordar el principio de que al que tenga se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo poco que tiene le será quitado (Mt. 13:12). No debemos pasar por alto nuestras lecciones, porque si lo hacemos perderemos aun lo poco que tenemos.

III. ENTREMOS EN EL ESPIRITU DE LAS ESCRITURAS

Para estudiar la Biblia, debemos familiarizarnos con los pensamientos del Espíritu Santo y con Sus hechos. Además, debemos penetrar en el espíritu de las Escrituras.

A. El espíritu que se halla detrás de las palabras

El Espíritu de Dios guió a los hombres a escribir las Escrituras, y ya sea en historia o en doctrina, cada pasaje tiene su propio espíritu. El Espíritu Santo se expresa por medio del espíritu del hombre. Cuando decimos que el Espíritu Santo se regocija, el Espíritu Santo no lo hace en Sí mismo, sino por medio del espíritu del hombre. De la misma manera, cuando decimos que el Espíritu Santo se aflige, no lo hace solo, sino dentro del espíritu del hombre. Por lo tanto, cuando el Espíritu Santo entra en el espíritu del hombre, se amolda a la condición del espíritu del hombre. Podemos decir que la condición del espíritu del hombre es la condición del Espíritu Santo. Cuando el Espíritu de Dios relata la historia, narra los hechos históricos, aunque no los hechos solos; también captura cierto espíritu. Podemos decir que ciertos sentimientos y condiciones

del Espíritu están impregnadas en cada pasaje de la Palabra. Según esto, en las epístolas, el Espíritu Santo no sólo comunica doctrinas e ideas, pues detrás de cada pasaje yace Su propio sentimiento. La Biblia no es simplemente un libro que consta de hechos y doctrinas. En la superficie están las palabras; debajo de éstas están los pensamientos, y detrás de las ideas está el espíritu. Si sólo tocamos las palabras, nuestra lectura es demasiado superficial. Si nos formamos una impresión apropiada y entramos en las ideas que hay detrás de las palabras, llegaremos a lo profundo de la palabra. Aun así, si permanecemos en esta esfera, todavía nuestro entendimiento es muy limitado. Detrás de cada palabra de Dios hay cierto espíritu. El sentimiento del Espíritu Santo y la condición de los escritores gobiernan estos escritos. Cada vez que estudiemos la Biblia, tenemos que tocar el espíritu que está detrás de la palabra.

Hay un vínculo inseparable entre la palabra y el espíritu. El ministerio de la palabra es la liberación del espíritu. Todo aquel que desea ser ministro de la palabra tiene que liberar su espíritu. Si no puede liberar su espíritu, no puede ser ministro de la palabra. Más aún, el espíritu debe ser recto. Es necesario tener un espíritu recto para tener el ministerio de la palabra. Nosotros como ministros de la palabra fracasamos con frecuencia porque el espíritu no se compagina con las palabras que expresamos. Aunque no hay nada malo en lo que decimos, algo está mal en nuestro espíritu. Las palabras que expresamos son fuertes, pero el espíritu débil. Sin embargo, quienes ministran la palabra en la Biblia no tenían este problema. Sus espíritus eran compatibles con el contenido de sus escritos. Detrás de cada pasaje y de cada libro, hay un espíritu apropiado; este espíritu está impregnado de la palabra. Para ejercer el ministerio de la palabra, necesitamos la palabra que está en la superficie, y el espíritu que respalda la palabra. Para recibir el ministerio de la Palabra, también necesitamos tocar el espíritu que está implícito en ella. Cuando estudiamos la Biblia, nuestro propósito es recibir el ministerio de la Palabra, y por eso debemos tocar el espíritu que la caracteriza. De no ser así, nuestro entendimiento de la Biblia será muy superficial. Extraeremos algunas doctrinas y hechos, pero no encontraremos nutrición espiritual. Si para nosotros la Palabra de Dios solamente consta de impresiones y pensamientos, no puede convertirse en nuestra comida. La Palabra de Dios debe volverse espíritu a fin de que pueda ser nuestra comida, de la cual participamos sólo cuando tocamos el espíritu que es inherente a la Palabra. La esencia de la Biblia es espíritu. Si no tocamos el espíritu que tiene un pasaje, no hemos tocado dicho pasaje. Cuando leemos la Biblia, debemos tocar el espíritu específico que está detrás de cada porción de la Palabra.

B. Cómo tocar el espíritu que yace detrás de la Palabra

¿Cómo podemos tocar el espíritu que está detrás de la Palabra? Quisiéramos destacar que esto sólo se puede llevar a cabo por la disciplina del Espíritu Santo, no por el esfuerzo del hombre. La disciplina del Espíritu Santo indica que el Espíritu de Dios reemplaza las obras del hombre. El Espíritu de Dios dispone las circunstancias y actúa en nosotros hasta que nuestro espíritu llega a ser compatible con el de las Escrituras. Aunque los dos espíritus no son idénticos, deben tener caracteres afines. Sólo entonces tocaremos el espíritu que se halla detrás de la Palabra, pues cuando ambos están al mismo nivel, podemos tocar lo que yace detrás de la Palabra. Podemos llegar a la cumbre más elevada en el estudio de las Escrituras cuando nuestro espíritu armoniza con el espíritu de los escritores de la Biblia. Cuando esto sucede, tocamos el contenido espiritual de la Palabra.

El espíritu que yace detrás de la Palabra es un espíritu muy específico y definido; no está escondido detrás de ella de una manera vaga. El Espíritu Santo primero amolda los escritores de la Biblia; después los sella con Su aprobación, y por último los usa como amanuenses de las Escrituras. El espíritu de ellos era perfecto, y por medio de sus espíritus el Espíritu Santo escribió las palabras que constituyeron la Biblia. Es decir, la inspiración del Espíritu Santo no solamente incluye las palabras que escribieron los hombres, sino también la preparación de esos hombres para que fueran vasos útiles. Ya que estos vasos fueron llenos del Espíritu, pudieron escribir lo que escribieron. Por tanto, el espíritu de la Biblia es perfecto, dinámico, infalible y exacto. El Espíritu Santo actuó en el espíritu de los escritores y puso Su marca de aprobación y satisfacción en ellos. El concluyó que estos hombres no iban a restringir ni limitar Su libertad; El podía expresar sus intenciones libremente. Ni siquiera su más ligero aliento ha sido inhibido por tales hombres. Podemos decir que la Biblia es el mismísimo aliento del Espíritu Santo. Comunica el espíritu de los hombres, pero cuando se expresa, lleva consigo el mismo aliento del Espíritu Santo. El tiene absoluta libertad en estos hombres, de tal modo que sus espíritus se confunden con El, y la manifestación de sus espíritus es casi la misma que la Suya. Los escritores de la Biblia fueron guiados de esta manera por el Espíritu Santo al escribirla. Cuando leemos las Escrituras, nuestro espíritu también debe ser guiado por el Espíritu Santo a armonizar con el espíritu de quienes fueron ungidos para escribirla. Esta es la única manera en que podemos tocar el espíritu que se halla detrás de la Palabra de Dios. El estudio de la Biblia no es simplemente un examen de las palabras de la Biblia ni sólo el entendimiento de su significado. El Señor tiene que guiarnos a que nuestro espíritu llegue a ser uno con el espíritu de la Palabra.

La Biblia consta de palabras escritas, no de sonidos. Con excepción de algunos salmos que usan la palabra *selah*, no hay otra indicación en toda la Biblia que diga si debemos leerla en voz alta o en voz baja. Sin embargo, cuando la leemos,

debemos saber algo de la forma en que se escribió. Si no podemos distinguir entre las porciones “intensas” y las porciones “suaves”, ¿cómo podremos distinguir la condición del espíritu?

Muchos pasajes bíblicos son palabras de súplica. Son un ruego de un predicador del evangelio cuando llama a los hombres a creer en el Señor. El predicador implora porque sabe de los sufrimientos de los pecadores y ve el peligro de sus caminos delante del Señor. Les implora porque está lleno de la compasión del Señor y porque desea que los pecadores se vuelvan al Señor; sabe que cierto pasaje de las Escrituras es una súplica porque percibe las palabras, la compasión, y la comprensión que contiene para con los pecadores. Si lee este pasaje sin los sentimientos que están detrás, le será muy difícil poder entenderlo.

Algunos pasajes de la Biblia son amonestaciones; si uno no ha sido quebrantado por el Señor, no sabrá lo que significan cuando las lea ni conocerá el significado de la repreensión que se hace bajo la presión del espíritu; sólo sabrá reprender cuando esté enojado. No se percatará de que el espíritu que sustenta las palabras puede ser diferente aun cuando las palabras de repreensión sean las mismas.

Debemos aprender a tocar el espíritu de la Biblia con nuestro espíritu. Para adiestrar nuestro espíritu, el Espíritu Santo dispone todas nuestras circunstancias. Debemos darnos cuenta de que el mejor y más importante adiestramiento en nuestra vida proviene de la disciplina del Espíritu Santo, la cual se halla en Sus manos, no en las nuestras. El nos aplica esta disciplina gradualmente. Cuando somos disciplinados continuamente, nuestro espíritu es templado hasta tener la condición apropiada. Nuestro espíritu es ajustado por todos lados; recibe un pequeño golpe aquí, un poco de gozo allá; un poco de paciencia aquí y una pequeña privación allí. En consecuencia, nuestro espíritu es templado y encaja exactamente en el pasaje que estemos leyendo. Cuando nuestro espíritu es llevado a una condición apropiada, las palabras serán transparentes y claras para nosotros, aun cuando los pensamientos que gobiernan las palabras no hayan cambiado en lo absoluto. Cuando hablamos de ellas, tal vez salgan las mismas palabras, y los pensamientos en que se apoyan pueden ser los mismos; sin embargo, empezaremos a saber de qué hablamos y a tener convicción en lo que decimos. Este no es el resultado de la claridad de ideas o palabras, sino de la claridad en el espíritu. Esto es más profundo que las palabras y las ideas. Es tan profundo que lo único que podemos decir es que no tenemos dudas, que todo se nos ha vuelto transparente. Esto es lo que sucede cuando el Espíritu de Dios acopla nuestro espíritu al espíritu de Su Palabra.

Tocar el espíritu de la Biblia no depende de métodos, sino de si la persona ha sido quebrantada por el Señor. Si nuestro espíritu no ha sido traído a la armonía con el espíritu de los escritores de la Biblia, cuando mucho llegaremos a ser maestros, mas no profetas. Lo máximo que podemos hacer es hablar de las doctrinas, sin poder tocar el espíritu. Si nuestra persona no ha sido disciplinada por Dios, y si El no ha operado en nosotros sistemáticamente, cuando nos acerquemos a la Palabra estaremos cubiertos con un velo. No importa cuán arduamente tratemos, estaremos a gran distancia de ella. Nuestro espíritu debe ser adiestrado. Debemos permitir que Dios sea severo con nosotros. Es posible que durante los primeros años de nuestra vida cristiana, entendamos algunas doctrinas y hechos, pero no es fácil tocar el espíritu. Si nuestro espíritu no está preparado, no lo podemos utilizar. Necesitamos cierto tiempo, por lo menos algunos años, para que el Señor ajuste nuestro espíritu, lo temple y lo quebrante. Una vez que el espíritu es quebrantado, le será fácil al Espíritu Santo llevarnos a una armonía con la condición de las Escrituras. De hecho, se requieren muchos años [de quebrantamiento] para que nuestro espíritu sea compatible con el espíritu de la Biblia. La sabiduría del hombre no tiene ninguna utilidad en este caso; nos puede ayudar a entender la Palabra más pronto, pero no nos ayudará a tocar el espíritu de la misma. No importa cuán creativa sea nuestra imaginación o cuán perspicaces seamos, no podemos entrar en el espíritu de la Palabra. Solamente el Espíritu Santo puede conducir nuestro espíritu a la armonía con el espíritu de la Biblia, y sólo entonces podemos entrar en el espíritu de un pasaje bíblico.

C. Pasamos de la medida de compatibilidad al crecimiento en capacidad

El Espíritu Santo hace que nuestro espíritu sea compatible con el espíritu de la Biblia. Es decir, ambos llegan a tener la misma calidad, mas no la misma capacidad. El Espíritu del Señor Jesús es infinitamente mayor que nuestro espíritu. ¡El es el Hijo unigénito de Dios! La uniformidad en calidad significa que tenemos una pequeña participación en el espíritu que El posee. Ambos son iguales en categoría, pero no en grado. Sin embargo, la disciplina del Espíritu Santo puede llevarnos más lejos, de una simple compatibilidad cualitativa de nuestro espíritu con el espíritu de la Biblia a un verdadero incremento de la capacidad en nuestro espíritu. El Señor ensancha con Su Espíritu la capacidad de nuestro espíritu. Esto requiere un proceso, como el de la alimentación, que se lleva a cabo continuamente. Hoy el Señor nos administra algo; mañana nos da más. A medida que esa suministración aumenta, se incrementa también la capacidad de nuestro espíritu. Tan pronto como empezamos a entender la Biblia, comenzamos el proceso de alimentación, y a medida de que nos alimentamos, nuestra capacidad aumenta. El punto de partida del entendimiento que tengamos de la Biblia es la uniformidad de calidad de los

espíritus, mientras que la consumación de dicho entendimiento es el ensanchamiento de la capacidad de nuestro espíritu.

Supongamos que un hombre tiene un temperamento terrible. No puede leer la Palabra de Dios por mucho que trate. Después de que Dios lo discipline, tendrá un poquito de paciencia, la cual no es el resultado de un esfuerzo consciente de su parte, ni es una especie de tolerancia artificial, sino el resultado espontáneo de la obra del Espíritu Santo. Después de que adquiere esta clase de espíritu, en su lectura de la Palabra de Dios será abastecido por Cristo. La Palabra de Dios llenará y enriquecerá su espíritu. Dicho hombre recibirá aún más, y su capacidad incrementará poco a poco. La disciplina del Espíritu Santo conduce primero el espíritu del hombre a cierta armonía con el espíritu de la Biblia, y en tal condición puede aumentar la capacidad de la persona. Este incremento proviene de la disciplina que aplica el Espíritu Santo valiéndose de las circunstancias y de las palabras de la Biblia. Por medio de las circunstancias El nos disciplina, y por medio de las Escrituras nos trae el suministro necesario para que nuestra capacidad aumente. Cuanto más nos ministra Su palabra, más ricos llegamos a ser. Por la ministración continua que el Espíritu Santo nos trae en la palabra, nuestra capacidad se expande continuamente.

Si nos alimentamos continuamente de la palabra, la Biblia será siempre fresca para nosotros. A los ojos del hombre, la Biblia se completó hace dieciocho o diecinueve siglos y ya no tiene nada actual para nosotros pues nos es más que un recuento de las ideas y los conceptos predominantes en el momento en que fueron escritos. En realidad, el Espíritu que estaba presente en el momento en que las escrituras se escribieron, está todavía con nosotros. Siempre que leemos la Biblia con nuestro espíritu, se vuelve un libro nuevo para nosotros. Aunque este libro históricamente fue completado hace más de diecinueve siglos, no es antiguo en absoluto, porque fue escrito en el espíritu. Nos cansamos de muchos libros después de leerlos unas pocas veces. Pero no nos cansamos de leer la Biblia ni siquiera después de leerla una docena de veces, pues se escribió en el espíritu. Si tocamos la Biblia según la letra o según nuestro intelecto, pronto será obsoleta para nosotros. Pero si la leemos con el espíritu, seguirá siendo nueva. Si hallamos insípida una porción de la Palabra, se debe a que nuestro espíritu no está activo. Cualquier pasaje bíblico que tomemos está lleno del espíritu. Si nuestro espíritu es lo suficientemente fuerte, cualquier pasaje será precioso para nosotros. Pero si no leemos la Biblia con nuestro espíritu, aun un libro tan precioso como la Epístola a los Romanos o un pasaje tan maravilloso como el sermón del monte será insípido y carente de significado. En realidad, la Biblia no carece de significado; el problema radica en que nuestro espíritu se halla en una condición caída. Si nuestro espíritu decae, la Biblia pierde su sabor para nosotros. Cuando nuestro espíritu no es fuerte, perdemos el gusto por la

lectura de la Biblia. Pero cuando nuestro espíritu es fuerte, la Biblia se nos vuelve un libro fresco, recién escrito.

El espíritu de la Palabra es en verdad rico. Un hombre no puede hacer alarde de que su espíritu es fuerte ni de que cumple todos los requisitos. Solamente quienes han sido quebrantados sabrán algo de la Biblia. La medida de quebrantamiento que uno experimenta determina la medida de adiestramiento que tiene. Debido a que sólo hemos sido quebrantados en una medida limitada, permanecemos en el lugar donde empezamos y todavía somos muy ignorantes. Es necesario que seamos disciplinados por el Espíritu Santo. Cuanto más experimentamos la disciplina, más aprendemos. Al llegar a cierto punto, cuando nuestro espíritu de alguna manera se mezcle con el espíritu de la Palabra de Dios, veremos la luz. La revelación llegará, y seremos alimentados.

D. El Espíritu es muy exacto

¿Por qué nosotros valoramos mucho una porción de las Escrituras mientras que otro hermano no ve nada precioso en ella? Esto se debe a que nosotros percibimos el espíritu de esa porción, pero el hermano no. No digo que el otro hermano no tenga espíritu, sino que su espíritu no está en armonía con el espíritu de ese pasaje. Es posible que él estime mucho otra porción de la Palabra, en la que nosotros no tenemos gran interés. Estamos tan lejos de esa porción como él lo está de la nuestra. Nuestro espíritu debe ser muy sensible para poder percibir nuestras circunstancias. Cuanto más minucioso sea nuestro espíritu, más amplio será el alcance de nuestro conocimiento de la Palabra, ya que éste depende de la medida de disciplina que hayamos recibido del Espíritu Santo. Nuestros sentimientos pueden ser agudos y exactos sólo después de pasar por mucha disciplina. A medida que la disciplina aumenta, los sentimientos se agudizan. Una persona entiende cierta porción de la Palabra solamente después de pasar por cierto quebrantamiento. Por tanto, es importante que obtengamos una experiencia profunda al pasar por las adversidades. Si no somos ricos en estas experiencias, no seremos muy sensibles, y si nuestros sentimientos espirituales no son agudos, nuestro conocimiento de la Palabra será pobre.

E. Dos ejemplos

Examinemos dos ejemplos que constan en la Biblia y aprendamos de ellos a encontrar el significado de entrar en el espíritu de la Palabra.

1. La historia de Jacob

Jacob era hábil, astuto y egoísta. Se ocupaba primero de sí mismo, no de los demás. Él era muy sagaz y se valía de cualquier treta para obtener lo que quería.

Por eso Dios debía quebrantarlo. Cuando nació se asió al talón de su hermano y peleó con él. Sin embargo, Esaú fue el preferido de su padre, y él fue hecho a un lado. Jacob hizo lo posible por usurpar la bendición de su hermano. Pero lo que obtuvo fue que se vio obligado a andar errante. Le sirvió a Labán, quien cambió su sueldo diez veces. Quiso casarse con Raquel, pero tuvo que tomar a Lea primero. Cuando regresaba a su patria, Raquel murió, y Lea sobrevivió. Su corazón estaba apegado a algunos de sus hijos, pero particularmente a José. No obstante, José fue vendido por sus hermanos, quienes bañaron en sangre sus vestidos y le hicieron creer a Jacob que José había sido devorado por alguna fiera; así que dijo: “Descenderé enlutado a mi hijo hasta el Seol” (Gn. 37:35). Entonces puso todas sus esperanzas en Benjamín, su hijo menor; pero éste fue llevado a Egipto. Jacob sufrió continuamente la disciplina que Dios le aplicó. Sus días fueron difíciles. Proverbios 13:15 dice: “El camino de los transgresores es duro”. Los días de Jacob estuvieron llenos de sufrimientos como resultado de su obstinación y su astucia.

No debemos pensar que la experiencia que tuvo Jacob en Peniel fue intrascendente (Gn. 32:22-32). El le pedía a Dios con insistencia que lo bendijera. Era como si le dijera: “Padre mío tienes que bendecirme. Todos tienen que bendecirme. ¡Dios, Tú también tienes que bendecirme!” El era un hombre astuto. En todo él procuraba obtener alguna ganancia. El deseaba la bendición de Dios, y Dios prometió que sería llamado Israel. Sin embargo, su bendición no vino inmediatamente, sino décadas más tarde. En Peniel Dios tocó el encaje de su muslo, y Jacob quedó cojo. Desde aquel día la obra de Dios le dio un viraje a su vida. Sin embargo, al día siguiente vemos al mismo Jacob, ya viejo, en su camino a encontrarse con su hermano Esaú. El dividió a sus hijos en grupos, calculando que así preservaría a los segundos en caso de que los primeros sufrieran una calamidad. El puso a su amado José y a Raquel en el último grupo. Todavía estaba ejerciendo su propia sabiduría. Todavía estaba urdiendo artimañas.

Pese a que Jacob era astuto, llegó a ser un hombre muy espiritual en su ancianidad. Cuando descendió a Egipto, era muy diferente de lo que era antes: “José introdujo a Jacob su padre, y lo presentó delante de Faraón; y Jacob bendijo a Faraón” (Gn. 47:7). Esta es una bella escena. Faraón era el soberano de una gran nación, sin embargo delante de Jacob, era inferior. Jacob había pasado por muchos años de lucha y finalmente estaba descansando. ¡Cuando él se puso de pie, Faraón, el monarca de un gran imperio, se inclinó! Si el Jacob de antes hubiese estado allí, probablemente habría actuado de la misma manera que lo hizo ante Labán, poniendo los ojos en las posesiones. Las posesiones de Faraón eran mucho más valiosas que las de Labán. Pero Jacob ya había sido azotado. Sus ojos ya no estaban en esas cosas, sino en las lecciones que había aprendido de Dios. Espontáneamente, se mantuvo en alto delante de Faraón: “Y

dijo Faraón a Jacob: ¿Cuántos son los días de los años de tu vida? Y Jacob respondió a Faraón: Los días de los años de mi peregrinación son ciento treinta años; pocos y malos han sido los días de los años de mi vida, y no han llegado a los días de los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinación” (vs. 8-9). En esta escena vemos la liberación del espíritu de Jacob. El dijo: “Pocos y malos han sido los días de los años de mi vida”. Esto describe su vida. Este anciano había pasado por muchos sufrimientos, por lo cual pudo decir estas palabras. Nuestro espíritu debe penetrar en su espíritu. Un hombre que ha experimentado la obra quebrantadora de Dios nunca es arrogante. Recordemos la promesa que Dios le hizo a Abraham: “Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra” (13:16). Dios también le prometió a Isaac que multiplicaría su descendencia como las estrellas del cielo (26:4). En los días de Abraham, Dios tenía un solo descendiente, no una familia y mucho menos una nación. En los días de Jacob, éste tenía setenta personas en su familia. La promesa de Dios fue llevada a cabo en esta familia. Sin embargo Jacob no se jactaba de ello. Por el contrario dijo: “No han llegado a los días de los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinación”. El pudo decir esto porque había sido golpeado y sometido. “Y Jacob bendijo a Faraón, y salió de la presencia de Faraón” (47:10). El llegó bendiciendo a Faraón, y se fue bendiciendo a Faraón. Tenía algo que dar a los demás. ¡Qué hermoso cuadro! El Jacob entrado en años había cambiado; ahora era Israel y nunca más sería el mismo. En este pasaje debemos tocar su espíritu.

“Y vivió Jacob en la tierra de Egipto diecisiete años ... Y llegaron los días de Israel para morir” (47:28-29). Observemos que cuando nació fue llamado Jacob, pero en su muerte fue llamado Israel. “Y llamó a José su hijo, y le dijo: Si he hallado ahora gracia en tus ojos, te ruego que pongas tu mano debajo de mi muslo, y harás conmigo misericordia y verdad. Te ruego que no me entierres en Egipto. Mas cuando duerma con mis padres, me llevarás de Egipto y me sepultarás en el sepulcro de ellos. Y José respondió: Haré como tú dices. E Israel dijo: Júramelo. Y José le juró. Entonces Israel se inclinó sobre la cabecera de la cama” (vs. 29-31). ¡Qué hermosa escena es ésta! Debemos tocar el espíritu que contiene este pasaje. He aquí un hombre que por naturaleza era astuto y duro, que habría hecho cualquier cosa por satisfacerse a sí mismo, y que sólo habría pedido para sí lo mejor. Sin embargo, en aquel día le dijo a su propio hijo: “Si he hallado ahora gracia en tus ojos”. ¡Qué delicadeza! “Te ruego ... y harás conmigo misericordia y verdad”. El pedía misericordia y sinceridad. “Te ruego que no me entierres en Egipto”. Dios tenía un lugar para él en Canaán. Su promesa no se podía cumplir en Egipto. Aunque Dios había dispuesto que él muriera, pidió por misericordia y verdad ser enterrado en la tierra que Dios les había prometido. Jacob no dudaba de la promesa de Dios. Por el contrario, le pidió a José que jurara porque creía en Dios. Quería que José viera la solemnidad del asunto. A menos que toquemos su espíritu, no entenderemos lo que él estaba haciendo.

“Entonces Israel se inclinó sobre la cabecera de la cama”. ¡Qué escena tan asombrosa!

Leamos ahora Génesis 48:2-4: “Y se le hizo saber a Jacob, diciendo: He aquí tu hijo José viene a ti. Entonces se esforzó Israel, y se sentó sobre la cama, y dijo a José: El Dios Omnipotente me apareció en Luz en la tierra de Canaán, y me bendijo, y me dijo: He aquí yo te haré crecer, y te multiplicaré, y te pondré por estirpe de naciones; y daré esta tierra a tu descendencia después de ti por heredad perpetua”. El recordaba la promesa que Dios le había hecho y sabía que Dios lo había bendecido dándole una familia de setenta personas. Dios había prometido que lo haría fructífero y lo multiplicaría, y que daría la tierra de Canaán a su descendencia.

El versículo 5 dice: “Y ahora tus dos hijos Efraín y Manasés, que te nacieron en la tierra de Egipto, míos son; como Rubén y Simeón, serán míos”. El puso a los dos hijos de José bajo la promesa de Dios. “Como Rubén y Simeón, serán míos”. El aceptó a los dos hijos de José como sus propios hijos. En su avanzada edad, Jacob lo veía todo claro.

El versículo 7 dice: “Porque cuando yo venía de Padanaram, se me murió Raquel en la tierra de Canaán, en el camino”. Este incidente lo conmovió muy profundamente. Aún recordaba esto en su lecho de muerte. ¡Qué delicado, maduro, y tierno es un hombre que ha pasado por la corrección de Dios! ¡Qué abundante era su depósito! El astuto Jacob había cambiado, ahora era un hombre totalmente diferente.

Los versículos del 8 al 10 dicen: “Y vio Israel los hijos de José, y dijo: ¿Quiénes son éstos? Y respondió José a su padre: Son mis hijos, que Dios me ha dado aquí. Y él dijo: Acércalos ahora a mí, y los bendeciré. Y los ojos de Israel estaban tan agravados por la vejez, que no podía ver. Les hizo, pues, acercarse a él, y él les besó y les abrazó”. Cuando Isaac estaba viejo, y sus ojos se estaban apagando, fue engañado. Cuando Jacob envejeció, sus ojos tampoco podían ver bien, pero sus ojos interiores tenían perfecta visión. Al contrario de Isaac en su vejez, que deseaba intensamente la carne de venado, Jacob estaba listo para bendecir. “Y los acercó a él, y los besó y los abrazó”. Aquí vemos el profundo afecto de un hombre anciano.

Vemos en el versículo 11: “Y dijo Israel a José: No pensaba yo ver tu rostro, y he aquí Dios me ha hecho ver también a tu descendencia”. Una vez más hallamos un espíritu al que Dios ha golpeado.

Los versículos del 12 al 14 dicen: “Entonces José los sacó de entre sus rodillas, y se inclinó a tierra. Y los tomó José a ambos, Efraín a su derecha, a la izquierda

de Israel, y Manasés a su izquierda, a la derecha de Israel; y los acercó a él. Entonces Israel extendió su mano derecha, y la puso sobre la cabeza de Efraín, que era el menor, y su mano izquierda sobre la cabeza de Manasés, colocando así sus manos adrede, aunque Manasés era el primogénito”.

Los versículos del 17 al 19 dicen: “Pero viendo José que su padre ponía la mano derecha sobre la cabeza de Efraín, le causó esto disgusto ... Y dijo José a su padre: No así, padre mío, porque éste es el primogénito; pon tu mano derecha sobre su cabeza. Mas su padre no quiso, y dijo: Lo sé, hijo mío, lo sé”. Aunque la visión de Jacob era borrosa, su visión interior no lo era. El sabía qué deseaba Dios que hiciera. “También él vendrá a ser un pueblo, y será también engrandecido; pero su hermano menor será más grande que él, y su descendencia formará multitud de naciones”. Debemos recordar que Isaac estaba confuso cuando bendecía, pero Jacob estaba seguro de lo que hacía.

El versículo 21 dice: “Y dijo Israel a José: He aquí yo muero; pero Dios estará con vosotros, y os hará volver a la tierra de vuestros padres”. Esto es fe. ¡Cuán real y viviente es su fe! En ese entonces el futuro de ellos parecía estar en Egipto, pero Jacob dijo: “Dios estará con vosotros, y os hará volver a la tierra de vuestros padres. Y yo te he dado a ti una parte más que a tus hermanos, la cual tomé yo de mano del amorreo con mi espada y con mi arco”. ¿Quién tenía posesión de esas tierras en ese momento? Aunque no estaban en sus manos, dijo: “Te he dado a ti una parte”. En realidad lo que estaba diciendo era que aunque José estaba gobernando en Egipto, su tierra no era Egipto, sino Canaán. “Te he dado a ti una parte más que a tus hermanos”. El sabía que Efraín y Manasés eran dos personas, por lo cual José tendría una doble porción.

Génesis 49 nos da una de las más grandes profecías de la Biblia. Jacob predijo lo que le iba a ocurrir a cada uno de sus hijos y a cada una de las tribus. El bendijo por fe y en obediencia, y todo estaba claro para él.

Los versículos del 29 al 30 dicen: “Les mandó luego, y les dijo: Yo voy a ser reunido con mi pueblo. Sepultadme con mis padres en la cueva que está en el campo de Efrón el heteo, en la cueva que está en el campo de Macpela, al oriente de Mamre en la tierra de Canaán, la cual compró Abraham con el mismo campo de Efrón el heteo, para heredad de sepultura”.

El versículo 33 dice: “Y cuando acabó Jacob de dar mandamientos a sus hijos, encogió sus pies en la cama y expiró, y fue reunido con sus padres”. Cuando Jacob nació, estaba muy ocupado agarrándose del talón a su hermano. En su muerte, calmadamente encogió sus pies en la cama. No estaba apresurado ni inquieto y tampoco estaba luchando con Dios.

Debemos observar que toda la Biblia es espíritu. Cuando lo tocamos con nuestro espíritu, tocamos los detalles profundos y preciosos de la Biblia. No solamente debemos ver relatos y doctrinas en la Palabra, sino que también debemos tocar con nuestro espíritu el espíritu que yace detrás de cada porción de la Biblia.

2. Pablo se da a conocer en 2 Corintios

Entre las epístolas de Pablo, la segunda epístola a los Corintios se destaca como el libro que revela el espíritu de Pablo más que ninguna otra de sus epístolas. Otras epístolas nos hablan de las revelaciones que él recibió y de su ministerio, pero ésta nos revela su persona y nos muestra la riqueza, la pureza y la mansedumbre de su espíritu. El fue malentendido por los corintios más que por los demás. Los corintios se atrevían a hablar sin ninguna restricción acerca de Pablo. A pesar de todo, hallamos claridad y pureza en el espíritu de lo que Pablo les comunicó. Podemos decir que el espíritu de Pablo pudo liberarse más por causa de la confusión de los corintios que por las pruebas que él pasó en los últimos capítulos de Hechos. Si leemos 2 Corintios detenidamente, no solamente entenderemos los pensamientos de Pablo, sino también su espíritu. Observaremos que cuando reprendía, su espíritu no era perturbado. Solamente quienes están llenos de amor pueden reprender a otros. Si nuestro espíritu no se compagina con el que Pablo expresa en 2 Corintios, tomaremos su jactancia ante los corintios como una especie de queja. Pero tenemos que darnos cuenta de que aunque sus palabras parecen ser las mismas, el espíritu es totalmente diferente. Dos personas pueden decir la misma cosa y tener la misma intención; inclusive, pueden usar las mismas palabras; sin embargo, sus espíritus pueden ser muy diferentes.

Solamente mencionamos estos dos ejemplos. En todos los pasajes de Biblia podemos detectar el espíritu que contienen; algunos lo expresan más claramente que otros. Nosotros podemos hacer dos cosas: dejar de leer la Biblia o conducir nuestro espíritu al nivel del espíritu de la Biblia. Moisés pasó por muchas pruebas. Si no entramos en el espíritu de dichas pruebas, no entenderemos esos pasajes. El libro de los Salmos es mucho más profundo que el libro de Jeremías. Si nuestro espíritu no armoniza con el espíritu de los salmos, no los entenderemos. Lo mismo sucede con el Nuevo Testamento. Si nuestro espíritu no llega a ser compatible con el espíritu de los libros del Nuevo Testamento, no los podremos entender. Por consiguiente, tenemos que aprender algunas lecciones básicas. Tenemos que ser personas espirituales para poder leer la Biblia. Debemos consagrarnos, y no ser subjetivos, descuidados ni curiosos. Debemos tener la impresión de los hechos narrados y entrar en los pensamientos del Espíritu Santo. Además, nuestro espíritu debe estar al nivel de lo que leemos, y debemos permitir que el Señor nos quebrante, hasta el punto en que podamos identificarnos con el espíritu que se halla detrás de cada

porción de la Palabra. Necesitamos esta clase de espíritu para entender la Palabra de Dios. Si no tocamos el espíritu, solo veremos la letra, y es posible que interpretemos erróneamente la Palabra de Dios o que distorsionemos el significado. Cuando un padre habla a sus hijos, éstos deben tocar el espíritu de las palabras de su padre; de lo contrario, si divulgan sus palabras, terminarán diciendo algo totalmente diferente. Hay un espíritu detrás de las palabras de la Biblia. Si pasamos por alto este espíritu, no comprenderemos el sentir ni el motivo que está detrás de las palabras, y correremos el riesgo de perder completamente el significado. Permítanme repetir: Si uno no ha sido quebrantado por el Señor, tendrá mucha dificultad para leer la Biblia. Recordemos que debemos estudiar la Palabra permitiendo que Dios quebrante nuestro ser.

SECCION DOS

METODOS PARA ESTUDIAR LA BIBLIA

En la lección anterior nos centramos en la persona que estudia la Biblia. Vayamos ahora al método que se debe emplear en el estudio de Biblia. Para estudiar la Biblia, no solamente debemos ser personas rectas, sino que también debemos usar los métodos correctos. Examinemos en tres categorías en qué consiste el método. Primero, veremos la llaves para estudiar la Biblia; en segundo lugar, examinaremos la práctica; y por último, diseñaremos el plan de ataque.

CAPITULO TRES

LLAVES PARA ESTUDIAR LA BIBLIA

I. ESCUDRIÑAR

Juan 5:39 dice: “Escudriñad las Escrituras”. Hechos 17:11 dice: “Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra ... escudriñando cada día las Escrituras...” Lo primero que debemos hacer cuando estudiamos la Biblia es escudriñarla. *Escudriñar* significa indagar. Es decir, si queremos extraer algo de la Biblia, tenemos que examinar las Escrituras. Debemos hacer como cuando buscamos en nuestro armario una prenda de vestir que se nos ha perdido. Sacamos muchas cosas con el propósito de hallar una sola. Entre las muchas palabras que Dios ha hablado, hay una que necesitamos en ese preciso momento. Hay una palabra que nos va a ayudar espiritualmente en ese momento particular y en esa ocasión particular. Puede ser que hayamos recibido una revelación, y necesitemos hallar el pasaje que la expresa y la explica en las Escrituras. Para encontrar estas cosas, tenemos que

escudriñar toda la Palabra de Dios. Debemos acercarnos a la Biblia con una mente escudriñadora. Escudriñar significa leer deliberadamente y dedicar tiempo a la lectura. Tenemos que estudiar cada pasaje hasta que lo entendamos. Mientras leemos debemos preguntarnos: “¿Cuándo fue escrito esto? ¿Quién lo escribió? ¿A quién está dirigido? ¿En qué circunstancias se escribió? ¿Qué sentimiento hay detrás de este pasaje? ¿Por qué y para qué se escribió?” Debemos hacernos estas preguntas una por una, buscar la respuesta cuidadosamente y no detenernos hasta encontrar lo que buscamos.

Muchas veces, para contestar una pregunta, tenemos que buscar tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, elementos relacionados con el tema. Debemos examinar cuidadosamente toda la Biblia para que no perdamos nada importante. Algunas veces sabemos lo que buscamos en la Palabra de Dios, pero otras veces no; quizá en un estudio sólo busquemos una cosa, pero en otro tal vez busquemos muchas. Al escudriñar tenemos que ser extremadamente cuidadosos y meticulosos. No debemos permitir que una sola palabra o frase se nos escape. Tengamos presente que la Biblia es dada por el aliento de Dios (2 Ti. 3:16). Esto significa que cada palabra y frase es la palabra de Dios y está llena de vida. Tenemos que dedicar toda nuestra atención al leerla.

Se necesita paciencia para leer la Biblia. Si no entendemos algo, debemos regresar una segunda vez y leerlo hasta que entendamos lo que dice. Si Dios nos alumbró y abre nuestros ojos la primera vez, debemos darle las gracias por eso, pero si no nos ilumina ni abre nuestros ojos la primera vez, debemos regresar al pasaje en cuestión y estudiar cuidadosamente por segunda, tercera o centésima vez. Si encontramos algo en la Biblia que no entendemos, no debemos preocuparnos ni es necesario que nos forcemos mentalmente para comprenderlo. Tampoco necesitamos exigir que se nos dé luz. Lo que proviene de la cabeza no produce un “amén” en el espíritu. Las doctrinas que la mente formula son rechazadas por el espíritu. No debemos estudiar la Palabra de Dios valiéndonos de nuestro intelecto. Debemos ser pacientes y escudriñar con mucho detenimiento. Cuando llega el momento de Dios, El nos muestra algo.

Muchas personas cometen el gran error de no escudriñar las Escrituras por sí mismas. No debemos buscar siempre la ayuda de los demás, pues así descuidamos la lectura de la Biblia por nuestra cuenta. Por una parte, no menospreciamos las profecías, pues necesitamos la edificación de los profetas tanto como la de los demás ministerios, pero por otra, tenemos que estudiar la Biblia por nuestra cuenta. No podemos limitarnos a recibir la ayuda de los demás sin leer nosotros mismos.

II. MEMORIZAR

Pablo les dijo a los colosenses: “La palabra de Cristo more ricamente en vosotros en toda sabiduría” (Col. 3:16). Para que la palabra de Cristo more en nosotros ricamente, debemos por lo menos memorizar las Escrituras. Por supuesto, la memorización sola no hace que la Palabra de Dios more en nosotros, pero podemos decir que si uno no memoriza la Biblia, no será posible que ésta more en uno ricamente. Si simplemente memoriza las Escrituras, pero no abre el corazón a Dios y no es sumiso ni manso, dicha memorización no hará que la Palabra de Dios more en su corazón. Por otro lado, si una persona piensa que no necesita memorizar la Palabra de Dios y que basta con ser mansa, sumisa y abierta a Dios, tampoco hará que la Palabra de Dios more en su corazón.

Al dirigirse a los efesios, Pablo les dijo: “Recuerden las palabras del Señor Jesús que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir” (Hch. 20:35). Para recordar las palabras del Señor, tenemos que memorizarlas. Si no la memorizamos, no nos será posible recordarla. El Señor Jesús memorizó las Escrituras cuando estuvo en la tierra. El pudo citar las palabras de Deuteronomio cuando fue tentado por Satanás (Mt. 4:1-10). Cuando entró en la sinagoga de Nazaret, pudo abrir el libro de Isaías y proclamar los mandamientos y la comisión que El había recibido de Dios (Lc. 4:16-21) Esto nos muestra que nuestro Señor conocía las Escrituras. Por esta razón tenemos que ser mucho más diligentes en el estudio y la memorización de la Palabra. Si no la memorizamos olvidaremos lo que leemos, y cosecharemos pocos resultados. Especialmente los jóvenes deberían tratar de memorizarla y recitarla después de leerla con una mente escudriñadora. Debemos dedicar tiempo durante los primeros años de nuestra vida cristiana a la memorización de las Escrituras. Hay muchos pasajes de la Palabra que debemos memorizar, como por ejemplo: el salmo 23, el salmo 91, Mateo 5—7, Juan 15, Lucas 15, 1 Corintios 13, Romanos 2—3 y Apocalipsis 2—3. Quienes tienen una buena memoria pueden memorizar más de diez versículos al día, y quienes no, pueden memorizar por lo menos un versículo por día. Todo lo que tenemos que hacer es dedicar cinco o diez minutos al día para estudiar un versículo, escudriñarlo y memorizarlo. En unos seis meses habremos terminado un libro como Gálatas o Efesios. Filipenses se puede concluir en cuatro meses, y Hebreos en diez meses. Los evangelios requerirán más tiempo. El evangelio de Juan se puede memorizar en dieciocho meses. Si los hermanos y hermanas jóvenes estudian la Biblia diligentemente desde el comienzo de su vida cristiana y memorizan por lo menos un versículo por día, podrían recitar los versículos más importantes del Nuevo Testamento en cuatro años. Nos dirigimos a aquellos que tienen mala memoria. Quienes tienen mejor memoria pueden hacer más. Pero aun los que tienen mala memoria pueden memorizar un versículo al día durante los primeros cuatro años de su vida cristiana. Si hacen esto, establecerán un cimiento sólido para sí mismos en su entendimiento del Nuevo Testamento.

Si nuestro corazón está abierto a Dios y somos mansos y si nuestra mente está puesta constantemente en la Palabra del Señor, nos será muy fácil memorizar las Escrituras. Si aprovechamos cada oportunidad para memorizar las Escrituras, la palabra de Cristo morará ricamente en nosotros. Si no permitimos que las Escrituras moren en nuestro corazón, será muy difícil que el Espíritu Santo nos hable. Siempre que Dios nos concede una revelación, lo hace usando la Biblia. Si no memorizamos las Escrituras, será muy difícil que la revelación de Dios llegue a nosotros. Por esta razón debemos mantener la Palabra de Dios en nuestra mente siempre. Memorizar las Escrituras no tiene como único fin grabarlas en la memoria, ya que también deseamos que establezcan el cimiento que nos permita recibir revelación. Si memorizamos con frecuencia las Escrituras, podremos fácilmente recibir revelación e iluminación, y el Espíritu Santo podrá hablarle a nuestro espíritu. Por esta razón tenemos que dedicar tiempo para memorizar la Palabra, no sólo bosquejos, sino el texto mismo. Tenemos que memorizar con exactitud y esmero.

Además de los pasajes cruciales que mencionamos, debemos reunir otros pasajes importantes y memorizarlos en conjunto. Por ejemplo: el recorrido que hicieron los israelitas contiene información muy importante; el viaje que Eliseo hizo cuando siguió a Elías, el viaje que se relaciona con la predicación de Pedro, y los viajes que hizo Pablo para predicar el evangelio, también son importantes. Es bueno memorizar todos estos hechos. Si podemos recordar la cantidad de lugares de Judea y de Galilea donde el Señor Jesús estuvo, tendremos una idea más clara de la obra del Señor en conjunto, según se narra en los Evangelios. La obra del Señor se divide en dos secciones, la primera la llevó a cabo en Judea, y la segunda, en Galilea. También es necesario dedicar tiempo para memorizar las siete fiestas y las seis ofrendas de Levítico. Estas son verdades básicas. Una vez que las memoricemos, veremos las riquezas que contiene la Palabra de Dios. Sería bueno memorizar las dos oraciones de Pablo en Efesios y las diez alusiones al Espíritu Santo en dicho libro. Podemos encontrar versículos similares a éstos en toda la Biblia, y sería muy provechoso memorizarlos todos. Si hallamos un pasaje crucial, debemos memorizar todo el capítulo. Si hay algunos versículos aislados, los debemos memorizar. También tenemos que memorizar la secuencia de los sesenta y seis libros de la Biblia.

III. COMPARAR

Escudriñar y memorizar no es suficiente. Tenemos que unir pasajes de la Palabra y compararlos.

En 1 Corintios 2 Pablo habla de las cosas espirituales y el hombre espiritual. Si comparamos el hombre espiritual con las cosas espirituales, notaremos algo.

Salmos 36:9 dice: “En tu luz veremos la luz”. No es suficiente tener una sola clase de luz. Necesitamos dos clases de luz. De hecho, una luz nos guía a la otra. La luz complementa la luz de la Biblia.

En 2 Pedro 1:20 dice: “Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada”. Fácilmente podríamos entender en este versículo que el hombre no debe interpretar las profecías. Pero según la gramática de lo dicho por Pedro, la profecía tiene su propia interpretación. El contraste está entre la interpretación de la Escritura y la interpretación del hombre. Si este versículo indicase que ninguna profecía debe ser interpretada por el hombre, Pedro habría sido muy elemental, porque los cristianos en general saben que la profecía de Dios no se puede interpretar con las ideas del hombre. Habría sido innecesario afirmar tal cosa. Pedro no se refería a eso. La expresión *interpretación privada* se refiere a una interpretación del texto de forma aislada. Cuando Pedro dijo que ninguna profecía podía ser interpretada de manera privada, quería decir que toda profecía tiene un significado que armoniza con el contexto. Sin embargo, toda la palabra de Dios no se encuentra en un solo texto. En uno de los profetas se nos dice que la Palabra de Dios es dada “un poquito allí, otro poquito allá” (Is. 28:13). Por consiguiente, ningún estudiante de la Biblia debe interpretar un pasaje aislado, pues eso es una interpretación privada. Cuando leemos Daniel 9, no debemos interpretarlo exclusivamente según Daniel 9. Al leer Apocalipsis 13, no deberíamos interpretarlo según Apocalipsis 13. Si interpretamos estos dos capítulos separados de sus contextos, les daremos una interpretación privada, y estaremos violando el principio de la interpretación profética.

Dios nos muestra el principio de que al leer, debemos comparar un pasaje de las Escrituras con otros pasajes. No podemos basar nuestra interpretación solamente en el texto que leamos. Cuando abordamos una enseñanza bíblica, es muy importante que busquemos las explicaciones de esa enseñanza en otros pasajes de la Biblia. Muchas herejías que han surgido en la cristiandad son el resultado de aferrarse a uno o dos versículos de la Biblia sin compararlos con otros pasajes afines. Satanás también citó las Escrituras, pero las citó con el fin de tentar al hombre. Debemos recordar que cuanto más comparamos, menos expuestos estaremos a interpretaciones privadas. Es más seguro si comparamos un versículo con otros diez. Si sólo encontramos cinco versículos, está bien, pero sería mejor encontrar diez versículos. Cuanto más comparaciones hagamos, mejor. Si sólo hay un versículo que dice algo, debemos ser muy cuidadosos, pues no podemos edificar algo grande sobre un caso aislado. De hacerlo, encontraremos problemas. No es muy confiable basar toda una enseñanza en un solo versículo. Cuando leemos la Biblia tenemos que hacer comparaciones. No podemos interpretar nada apoyados en el texto de un solo pasaje. Debemos tener la confirmación de otros pasajes.

Por ejemplo, Apocalipsis 19 dice que cuando el Señor descienda desde los cielos para pelear la batalla, eliminará a todos Sus enemigos con la espada de Su boca. Si interpretamos este versículo solo, concluiremos que de la boca del Señor sale una espada, y podríamos afirmar que dicha espada es rápida, aguda y resplandeciente. Si comprendemos que ninguna escritura tiene su interpretación privada, inmediatamente buscaremos qué significa la espada aguda, y en Efesios 6:17 descubriremos que la espada aguda es la Palabra de Dios.

¿Quiénes son las diez vírgenes mencionadas en Mateo 25? Cuando leemos 2 Corintios 11:2 vemos que son la iglesia. (En 2 Corintios, *virgen* está en singular y se refiere a la única iglesia. En Mateo encontramos diez vírgenes, lo cual alude a la responsabilidad de los individuos delante del Señor. El número diez se obtiene al multiplicar dos por cinco, y el número cinco simboliza la responsabilidad del hombre ante Dios). Una lectura comparativa puede darnos mucha luz.

También es muy útil comparar el Antiguo Testamento con el Nuevo. Si comparamos el alcance de las palabras de Dios en el Antiguo Testamento con el alcance de Sus palabras en el Nuevo, veremos que la Palabra de Dios y Su revelación es progresiva. Algunas enseñanzas se encuentran tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo. Por ejemplo, sin el libro de Daniel, no se podría entender el Apocalipsis; pero al compararlos, vemos que Apocalipsis es más avanzado que Daniel. También podemos comparar Apocalipsis 2 y 3 con Mateo 13; Apocalipsis 4 y 5 con Filipenses 2; y Apocalipsis 6 con Mateo 24. También podemos comparar los últimos capítulos de Apocalipsis con Daniel. Cuando comparamos estos pasajes e interpretamos uno basándonos en el otro, veremos muchas cosas que no habíamos visto.

Podemos comparar los cuatro evangelios. Algunas narraciones constan en los cuatro evangelios, mientras que otras no se mencionan en ninguno de ellos. Cada caso tiene mucho significado. Por ejemplo, Mateo sólo habla de la resurrección del Señor Jesús y no menciona la ascensión. Marcos sí habla de la ascensión del Señor. Lucas habla de la ascensión del Señor y del advenimiento del Espíritu Santo. Juan no dice nada acerca de la ascensión del Señor, pero sí habla de Su venida. Los cuatro evangelios finalizan de diferente manera. Tenemos que preguntarnos por qué hay estas diferencias. Si buscamos la respuesta, descubriremos algo. Mateo nos dice que el Señor es eternamente el Rey de la tierra; por eso no dice nada de la ascensión. Marcos habla del Señor como el siervo que Dios envió y que regresa a Dios; por consiguiente habla de la ascensión. Lucas habla del hombre glorificado y por eso incluye la ascensión y la venida del Espíritu Santo. Juan dice que el Señor es el Unigénito que todavía está en los cielos en el seno del Padre; por consiguiente, no habla de la

ascensión. Cada libro tiene sus propias características, y sólo las podemos encontrar al hacer la comparación.

IV. MEDITAR

Tanto Josué 1:8 como Salmos 1:2 dicen que debemos meditar y permanecer continuamente en la Palabra del Señor. En nuestra vida cotidiana (como por ejemplo, cuando no estamos leyendo la Biblia), debemos meditar en la Palabra del Señor. Debemos aprender a moldear nuestros pensamientos de acuerdo a los pensamientos de la Biblia. Debemos meditar cuando estemos leyendo la Palabra y cuando no lo estemos haciendo. Romanos 8:6 habla de “la mente puesta en el espíritu”. Esto indica que debemos pensar en el espíritu, poner nuestra mente en el espíritu y mantenerla ahí. Este versículo significa que no sólo debemos poner nuestra mente en el espíritu, sino que también debemos tener la mente del espíritu. No basta con concentrarnos en el espíritu, sino que debemos tener una concentración que sea del espíritu. Es decir, cada vez que nuestra mente se vuelva, debe volverse a la Palabra de Dios. No importa cuáles sean las circunstancias, nuestra mente debe mantenerse fija en la Palabra de Dios. No me refiero a un esfuerzo artificial por recordar, sino a una meditación espontánea. Por lo general, nuestra mente debe estar puesta en la Palabra continuamente, no solamente cuando estamos pensando en ella. Debemos acudir a la Palabra de Dios de una manera espontánea.

Nuestra meditación tiene dos aspectos. Por una parte, meditamos cuando leemos la Biblia; por otra, meditamos continuamente. Cuando estamos leyendo la Biblia, nuestra mente debe meditar en la Palabra de Dios, y cuando no lo hacemos, también debemos estar activamente usando una mente adiestrada. No tenemos que forzarnos a pensar en las Escrituras. El Espíritu Santo dirigirá nuestros pensamientos en esta dirección, lo cual se convertirá en parte de nuestro hábito. Cuando desarrollemos tal hábito, llegaremos a ser ricos en el Señor.

CAPITULO CUATRO

LA PRACTICA DE ESTUDIAR LA BIBLIA

I. LA DISTRIBUCION DEL TIEMPO

Todo aquel que lee la Biblia debe dedicar un tiempo específico a estudiarla cada día. Esto debe hacerse aparte de la lectura que se hace en la madrugada. Por experiencia sabemos que no es sabio dedicar demasiado tiempo a dicho estudio. Cuando designamos mucho tiempo, por lo general no podemos mantenerlo, y en consecuencia no recibimos ningún provecho. Debemos establecernos una norma que sea posible mantener. Para estudiar la Biblia, los siervos del Señor

no necesitan dedicar *más de dos horas ni menos de una horacada día*. En ocasiones, cuando tenemos más tiempo, podemos extender nuestro estudio hasta tres horas. Debemos tomar una decisión después de meditarlo bien, y una vez que lo hagamos, debemos cumplirla por lo menos por algunos años. No debemos cambiar nuestro horario a los dos o tres meses. Tenemos que aprender a restringirnos y a disciplinarnos. No debemos leer la Biblia sólo cuando nos plazca. Nuestro patrón no debe consistir en hacer una lectura espontánea, indisciplinada ni sólo cuando recibamos “la inspiración”. Muchas personas no son constantes en su lectura. Leen varias horas un día, y al siguiente no leen nada. Esto deja ver una carencia de perseverancia, lo cual es un mal hábito. Después de orar y pensarlo cuidadosamente, debemos decidir qué vamos a hacer, y una vez que tomemos la decisión, debemos cumplirla.

Después de decidir cuánto tiempo vamos a dedicar, por ejemplo, una hora al día, debemos planear lo que vamos a hacer en esa hora. La hora debe dividirse en varios períodos y en cada uno se debe usar un método diferente de estudio. Algunos métodos son similares a la siembra de árboles, en que los resultados se ven sólo a los ocho o diez años; otros son como la siembra de legumbres, que se cosechan cada año. Los métodos que en ocho o diez años no producen ningún resultado, lo desaniman a uno con facilidad. Por eso necesitamos un método como el de “la cosecha de legumbres”, que produzca resultados en dos o tres meses; necesitamos métodos que animen a los principiantes a seguir adelante. Es muy fácil cansarse después de estar haciendo la misma cosa una hora entera, y es fácil darse por vencido cuando no se ven resultados inmediatos. Por esta razón, es aconsejable dividir la hora en varios períodos.

A. El primer período: temas profundos

Supongamos que dedicamos veinte minutos al primer período. En ellos uno se debe dedicar a estudiar temas profundos de la Biblia. Se requieren años de estudio para obtener beneficios con este método. Lo mismo sucede con las profecías, los tipos y la muerte del Señor Jesús. El estudio de pasajes como el sermón del monte, las profecías del monte de los Olivos, las parábolas de Mateo 13, el discurso final del Señor Jesús en el evangelio de Juan, y las enseñanzas relacionadas con las cuatro dispensaciones no producen resultados inmediatos. Tenemos que dedicar meses y a veces años estudiándolos antes de poder ver algo. Si deseamos encontrar algo en el Antiguo Testamento que se relacione con estos temas, debemos estudiar Génesis y Daniel, y también Exodo, Levítico y Josué. Si queremos saber más sobre las profecías, a esa lista debemos agregarle Zacarías. El primer libro que debemos estudiar en el Nuevo Testamento es Mateo, y luego Romanos; después, Apocalipsis y Hebreos. Luego debemos continuar con el estudio del evangelio de Juan o con las epístolas a los Efesios o

a los Gálatas. Una vez que hayamos estudiado estos libros, tendremos un fundamento del Nuevo Testamento. Estos estudios no traen beneficios inmediatos; tenemos que leerlos docenas de veces para poder extraerles algo. Esta clase de estudio debe ser hecho durante el primer período, cuando nuestra mente está más despejada, y podemos abordar temas más serios. Yo sólo comparto esto a modo de principio. Cada uno de nosotros debe decidir de qué manera usar su tiempo.

Debemos tener en cuenta que después de estudiar veinte minutos, es posible que estemos tentados a extender la lectura a treinta minutos. Debemos vencer esta tentación. Si hemos tomado la decisión de leer solamente por veinte minutos, debemos mantenernos firmes en ello. Si resistimos la tentación de extender nuestro tiempo, también resistiremos la tentación de reducir nuestro tiempo de veinte a diez minutos. Una vez que hayamos tomado una determinación delante del Señor, tenemos que disciplinarnos y cumplirla. Es preferible estar atorado en algo por diez años que pasarlo de largo a los diez días. Nunca debemos ser descuidados ni casuales. Tenemos que ser disciplinados.

B. El segundo período: temas de menor importancia

Durante los segundos veinte minutos, debemos dedicarnos a temas de menor importancia, como por ejemplo al estudio de palabras específicas. Hay por lo menos doscientas o trescientas palabras en la Biblia que necesitan un estudio profundo. Por ejemplo, la palabra *sangre* aparece en la Biblia unas cuatrocientas veces. Debemos repasar todos los versículos que hablan de la sangre, anotar los más importantes, y agrupar los que tienen significados afines. De esta manera recopilaremos una lista de pasajes. Esto nos ayudará más que usar una concordancia. También sería bueno memorizar todos estos versículos. Después de esto, el Espíritu de Dios nos dará revelación. Cuando la revelación llegue, podremos recordar todos los versículos relacionados con ese tema. La palabra *invocar* fue estudiada por algunos hermanos que agruparon los versículos en diez secciones (véase el título XXVI del capítulo cinco). Podemos dedicar veinte minutos al día para estudiar estas palabras. No espere terminar el estudio de una palabra en un día. Algunas palabras requieren dos meses para completar su estudio. Se requiere tiempo para estudiar la Biblia; no debemos ser descuidados al respecto, de lo contrario, no tendremos la espada del Espíritu, sino una caña inservible. Tenemos que profundizar en la Palabra. Si estudiamos la Palabra con esmero, nuestra predicación tendrá solidez. Si nuestro estudio de la Palabra es desordenado, nuestra predicación también lo será. Supongamos que alguien viene a nosotros y nos dice que la sangre puede darnos una vida nueva. Si hemos estudiado cuidadosamente la palabra *sangre*,

sabremos que esa enseñanza es errónea. La vida que se encuentra en la sangre es la vida psicológica, no la vida nueva. Tenemos que familiarizarnos con las enseñanzas fundamentales de la Biblia. De lo contrario, tomaremos lo que otros dicen y seremos desviados por sus errores. El conocimiento fundamental de las enseñanzas de la Biblia no llega a nosotros en un instante. Debemos estudiar cada palabra cuidadosamente una por una a fin de saber de qué trata la Biblia en conjunto. Hermanos y hermanas jóvenes, estudien concienzudamente la Palabra. Si podemos estudiar muchas docenas de palabras en un año, podremos estudiar en diez años todas las palabras importantes del Antiguo Testamento y del Nuevo.

C. El tercer período: recopilación de verdades

En el tercer período debemos dedicar diez minutos recopilando verdades. Debemos hacer esto todos los días. ¿Qué debemos recopilar? Todos los metales que se mencionan en la Biblia, como por ejemplo oro, plata, hierro y bronce, los cuales tienen un significado especial. También las piedras preciosas. No pensemos que éstos son temas secundarios. Estos juegan un importante papel en la interpretación de las Escrituras. ¿Por qué la serpiente mencionada en Números era de bronce? ¿Por qué en Apocalipsis 1:15 dice que los pies del Señor eran “semejantes al bronce bruñido, fundido en un horno”? ¿Por qué la cabeza de la imagen que aparece en el sueño de Nabucodonosor era de oro? ¿Por qué algunos de los utensilios del templo eran de oro? ¿Por qué el arca estaba cubierta de oro y no de plata? ¿Por qué las bases del tabernáculo eran de plata? En Zacarías 5 se habla del plomo. ¿A qué se refiere esto? Tenemos que estudiar estas cosas cuidadosamente para entender su significado exegético. Durante este tiempo, debemos coleccionar todas estas verdades y anotar los versículos uno por uno. Más adelante, podemos dedicar el primer período de nuestro estudio a meditar en ellos, o podemos leer acerca de ellos en el segundo período. En otras palabras, durante el tercer período, recopilamos el material que hemos de estudiar en el primer o segundo período. El libro de Efesios menciona quince veces el espíritu. Podemos usar el tercer período a encontrar esos quince versículos. Efesios 1:13 habla del sello del Espíritu, y podemos apuntar todos los versículos del Nuevo Testamento que hablan del sello. Efesios 1:17 habla del espíritu de sabiduría y de revelación, y podemos hallar todos los versículos que vinculen el espíritu con la sabiduría. Después de coleccionar y escoger todas estas verdades, tenemos que estudiarlas en los veinte minutos del primer o segundo período. Si no coleccionamos y seleccionamos estas verdades con anticipación, nuestro estudio no tendrá base ni exactitud.

D. El cuarto período: paráfrasis

En el cuarto período, de diez minutos, hacemos diversas paráfrasis de la Biblia. Cuando tenemos un entendimiento fresco de un pasaje de la Palabra, debemos escribir todo el pasaje en un lenguaje sencillo y de fácil comprensión para los demás. Una persona adiestrada en este ejercicio hallará que toda palabra de la Biblia es significativa e importante. Esto requiere un trabajo muy minucioso. Pueden requerirse varios días para parafrasear un versículo. Debemos tocar con nuestro espíritu el pensamiento del Espíritu Santo y ser accesibles para recibir las debidas impresiones. Nuestros pensamientos deben armonizar con el pensamiento de los escritores de la Biblia. Tenemos que usar básicamente las mismas expresiones, añadiendo algo de explicación para aclarar el significado.

Se debe hacer una paráfrasis de cada párrafo. Parafrasear un solo versículo es muy poco, y parafrasear todo un capítulo es demasiado. Agrupemos algunos versículos que obviamente formen una sección, leamos toda la sección, y después parafraseemos versículo por versículo.

Parafrasear es muy diferente a traducir. La traducción es breve y no es lo suficientemente detallada. Pero cuando parafraseamos, no nos extendamos demasiado, o terminaremos dando explicaciones demasiado detalladas. El parafraseo contiene algo de traducción y algo de exégesis; se halla entre estos dos extremos. La exégesis es la interpretación de la Biblia con nuestras propias palabras, mientras que la paráfrasis es la narración de un pasaje en la que se procura transmitir el tono que uno percibe en los escritores bíblicos. La traducción es una simple interpretación del significado del texto original, mientras que la paráfrasis agrega algo de explicación. Por consiguiente, la paráfrasis se encuentra entre la exposición y la traducción. Cuando parafraseamos, comunicamos el tono de los escritores bíblicos, pero agregando un poco de nuestra propia explicación. Parafrasear ayuda a los demás a entender las palabras de la Biblia que no comprenden. Veamos algunos ejemplos.

Romanos 1:1 dice: “Pablo, siervo de Cristo Jesús...” (Reina-Valera, 1960). Podemos parafrasearlo así: “Pablo, esclavo de Cristo Jesús”. Pablo usó la palabra *siervo* con la idea que él era un siervo sin libertad, un esclavo. Nosotros decidimos si hemos de interpretar el significado de la palabra *siervo*, pero esto requiere otra clase de parafraseo. Sin embargo, parafrasear no requiere interpretación. Si tratáramos de interpretar este versículo, habríamos escrito: “Yo, Pablo, fui vendido al pecado; pero la sangre del Señor Jesús me compró, y ahora soy Su esclavo”. Si escribiéramos esto, expresaríamos tanto el derecho del Señor, como nuestra consagración. Fuimos vendidos al pecado, pero el Señor nos redimió. Ahora nos agrada servirle y escogemos servirle voluntariamente. Nos volvimos Sus siervos porque El nos compró y porque nosotros decidimos

servirle. Cuando explicamos por qué Pablo era esclavo, hacemos que sus palabras sean diáfanas como el cristal.

La siguiente oración dice: “Apóstol llamado”. Es fácil pensar que Pablo fue llamado para *llegar a ser* un apóstol. En verdad, esta expresión puede traducirse: “Llamado como apóstol” o “llamado a ser apóstol”. El no fue llamado para llegar a ser un apóstol, sino que fue llamado como apóstol. En el versículo 7 encontramos la misma expresión: “A todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos” (Reina-Valera, 1960). La expresión *a ser* presenta el mismo problema. Muchas personas han sido creyentes toda su vida; sin embargo, no se consideran santas. Según el texto original, la expresión debe ser: “santos llamados”, lo cual significa que ellos fueron llamados como santos. No fueron llamados para que luego llegasen a ser santos. La palabra *llamados* es un adjetivo, no un verbo. Esto nos muestra la clase de apóstoles y de santos a los que se alude. Explica una condición, no una acción. Al parafrasear descubrimos muchas verdades bíblicas en las frases y en las expresiones.

Examinemos Romanos 6:6, donde dice: “Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El”. Este versículo puede expresarse de diferentes maneras. Se puede parafrasear así: “Puesto que mi hombre viejo fue crucificado con El, yo ya no tengo que ser crucificado”. Si hacemos énfasis en que nuestro viejo hombre fue crucificado *con El*, podemos decir: “Puesto que Dios nos puso en Cristo, fuimos crucificados junto con El”. Esto se basa en el versículo 11, que dice: “Consideraos muertos al pecado ... en Cristo Jesús”. Dado que estamos *en El* podemos estar *con El*, y viceversa. Sin estar *en El*, no podríamos estar *con El*. Quienes no están *en Cristo*, no pueden ser crucificados juntamente *con El*. Como Dios nos puso en Cristo, podemos ser crucificados con El. La labor de parafrasear tiene como fin hacer que una oración sea inteligible. Cada versículo tiene ciertas palabras cruciales, a las cuales debemos prestar atención. Si nos encontramos con un versículo que no entendemos bien, debemos pedirle al Señor que nos alumbre para que podamos expresar el versículo en un lenguaje más sencillo que el original y con una expresión más concisa que explicativa. Cuando tengamos que laborar mucho en una oración gramatical, debemos preguntar: “¿Por qué es tan difícil entender esta oración?” Tenemos que asirnos de todos los términos cruciales de la Biblia a fin de poder parafrasear. Por ejemplo: Si observamos la palabra que se traduce *crucificado*, nos daremos cuenta de que se refiere a un hecho cumplido. Por consiguiente, podemos volver a escribir este versículo así: “Ser crucificado con Cristo es un hecho que ya se llevó a cabo; no es una experiencia que debemos procurar”. Cristo fue crucificado. El ya pasó por la cruz, pero nosotros no necesitamos ser crucificados independientemente, pues ya fuimos crucificados con El. Para nosotros éste es un hecho consumado. Así que sólo nos queda una sola manera de parafrasear este versículo. Toda persona tiene su propia manera de

parafrasear. Todo depende de cuánta claridad necesitemos o cuánta clarificación necesiten los demás en algún aspecto. Lo que escribamos, tenemos que escribirlo de tal modo que quienes no entiendan un versículo lo puedan entender.

Estudiemos 1 Corintios 3:1, que dice: “Y yo, hermanos, no pude hablaros como a hombres espirituales, sino como a carne, como a niños en Cristo”. La palabra *sino* tiene mucho significado, pues indica que ellos habían sido creyentes por bastante tiempo. Para entonces debían saber lo que significa ser espiritual y lo que significa estar bajo la disciplina del Espíritu Santo. Sin embargo, en muchas áreas estaban bajo la influencia de la carne, andaban por la carne, y no se sujetaban a la autoridad del Espíritu. Pablo no podía hacer otra cosa que considerarlos carne. Si observamos por un momento la expresión *niños en Cristo* que Pablo usa, veremos que lo que quería decir era: “Vosotros habéis perdido mucho tiempo. Es tolerable que un creyente nuevo esté bajo la influencia de la carne, pero vosotros habéis sido creyentes por muchos años, y todavía estáis bajo el poder de la carne. Hasta hoy, no habéis crecido en Cristo, y todavía tengo que alimentarlos con leche”. Debemos escribir lo que entendamos con respecto a este pasaje. De esta manera, cuando leamos de nuevo lo que escribimos, entenderemos claramente el significado del pasaje. Si practicamos esto diez minutos al día, cuando terminemos 1 Corintios habremos percibido la intención de Pablo en esta epístola.

La distribución del tiempo de la que hablamos es una sugerencia basada en la experiencia que otras personas han tenido. En la práctica, cada quien puede hacer los arreglos correspondientes según sus necesidades específicas ante Dios.

II. TOMAR APUNTES

Al leer la Biblia, debemos tomar apuntes. Todo estudiante de la Biblia debe tomar notas. Necesitamos cuadernos pequeños y grandes. Siempre debemos llevar en nuestros bolsillos una libreta para apuntar ideas en cualquier momento. También debemos anotar nuestras preguntas. Además de esta libreta, debemos llevar con nosotros un cuaderno grande, en el cual debemos consolidar todo lo que haya pasado por nuestra mente y todo el material que hayamos coleccionado. Clasifiquemos esta información para futuras consultas. Al principio no necesitamos una división detallada, la clasificación puede ser general hasta cierto punto. Si deseamos clasificar nuestro material por temas teológicos, podemos dividirlo en cinco secciones: el Padre, el Hijo, el Espíritu, la iglesia y el siglo venidero. También podemos hacer divisiones más detalladas, pero para los creyentes nuevos estas cinco categorías son suficientes. Las profecías que se relacionan con la iglesia deben agruparse bajo la categoría “iglesia”. Las doctrinas relacionadas con la justificación y la santificación,

también pueden agruparse bajo esta misma categoría. Al principio podemos tener cinco cuadernos, uno para cada una de estas categorías. Cuando recojamos más material, podemos hacer más divisiones.

Debemos ser cuidadosos cuando tomemos apuntes. Por ejemplo: cuando leemos Romanos, debemos notar que *reinó* y *reinarán* se usan cinco veces en 5:14, 17, y 21. *Mucho más* se usa cuatro veces en los versículos 9, 10, 15 y 17. Debemos tomar nota de todo esto. Marcos 13:9 dice: “Por causa de Mí”; el versículo 13 dice: “Por causa de Mi nombre”; y el versículo 20 dice: “Por causa de los escogidos”. ¿Por qué dicen tres cosas diferentes estos versículos? Observe el ejemplo en Mateo 24 y 25. ¿Cuántas preguntas hicieron los discípulos al Señor en el monte de los Olivos? ¿Cuántos versículos son respuesta a una pregunta, y cuántos responden otra? Los discípulos eran limitados en su conocimiento, y sus preguntas no eran pertinentes. Por eso no se habla mucho de sus preguntas. Pero el Señor Jesús habló extensamente en Sus respuestas. Tenemos que prestar atención a estas palabras y observar cuáles versículos abarca la respuesta del Señor, y cuáles comprenden Sus palabras adicionales. De este modo, tendremos una idea clara de la profecía dada en el monte de los Olivos. Observe las tres veces que aparece “dije” en Isaías 6:5 y 11, y “respondí” en el versículo 8. El primer “dije” es una confesión, la segunda vez que responde (v. 8) es una consagración, y el “dije” del versículo 11 es comunión. Debemos anotar todas estas cosas. Este material es muy útil tanto para nosotros como para otros hermanos y hermanas. Los buenos lectores de la Biblia son muy diligentes, pero no han llegado a serlo por casualidad.

III. HERRAMIENTAS

Estudiar la Biblia es parecido a trabajar en un oficio; pues para ello necesitamos las herramientas del caso.

A. La Biblia

Debemos tener dos Biblias grandes para nuestra lectura personal, y una pequeña para cuando viajemos y para las reuniones. Si no nos es posible conseguir dos Biblias para nuestra lectura, por lo menos debemos tener una. La letra no debe ser muy pequeña, porque podríamos perder el significado de las palabras. La letra impresa debe ser por lo menos de dos milímetros de alto. Es preferible que sea un poco más grande, pero no demasiado, aunque la letra grande la pueden usar los hermanos de edad avanzada. Para estudiar es mejor tener dos Biblias, una de las cuales la debemos mantener intacta, mientras que la otra la debemos subrayar, marcar y le podemos hacer anotaciones. Cuando leemos la Biblia que no tiene marcas, no nos afecta lo que hayamos leído en ella anteriormente, y cada vez que leamos un pasaje será como si lo hiciéramos por primera vez. La otra Biblia la debemos marcar y subrayar. Podemos escribir

notas, subrayar y encerrar palabras en un círculo, o relacionar pasajes afines. Pero no debemos ser muy minuciosos ni dedicarle a esto demasiado tiempo. Para nuestra alimentación espiritual diaria, podemos usar la Biblia que no tiene marcas. Para escudriñar, debemos usar la que está marcada.

La versión Unión en chino es la mejor traducción de la Biblia a este idioma y en general una de las mejores traducciones disponibles en la actualidad, lo cual se debe a que está basada en el mejor texto griego que se conoce. Esta traducción es muy exacta en diferentes pasajes, aun más exacta que la versión *King James* en inglés. Por ejemplo: la versión *King James* en muchas ocasiones no hace distinción entre “Jesucristo” y “Cristo Jesús”. Pero la versión Unión en chino siempre es fiel en mostrar el orden de los dos nombres. Es bueno tener diferentes traducciones y compararlas. Otra buena traducción es la versión Unión *Wen-li* (Clásica). En muchos casos sus monosílabos son mejores que los términos que se usan en la versión Unión. El idioma chino popular no tiene expresiones tan exactas como el chino clásico. Por ejemplo: “vivificado” y “resucitado” se traducen igual, *fu-juo*, en el lenguaje popular. Pero el clásico chino hace una distinción entre estas dos palabras. Una es *fu-chi* y la otra es *fu-juo*. En algunos casos el lenguaje común es más restringido que el clásico, pero en otros casos sucede lo contrario. Otra versión que es digna de mencionarse es la versión de Josefo, un judío que abrazó la fe cristiana y sintió la necesidad de traducir la Biblia al chino. Por esa razón estudió el idioma chino e hizo toda la traducción. También podemos comparar la traducción del Nuevo Testamento de la Versión *Shin-Ju-Ku*. La Librería Evangélica también hizo una traducción del Evangelio de Mateo, la cual se puede usar como referencia. Sin embargo, las versiones más confiables son las versiones Unión en chino y la versión *Wen-li*. Si usted puede leer inglés, trate de obtener una copia de la traducción de John Nelson Darby.

B. Concordancias

Aparte de la Biblia, también se debe tener una concordancia. El compendio de Courtenay H. Fenn es probablemente uno de los mejores, aunque no es muy completo. Esperamos publicar en el futuro una concordancia basada en el griego. Si el Señor lo permite, también publicaremos una concordancia del Antiguo Testamento.

C. Diccionarios bíblicos

Además de las herramientas mencionadas, también debemos tener uno o más diccionarios bíblicos. Por ejemplo: necesitamos un diccionario que nos explique el significado de *Urim* y *Tumim*, la historia de las seis Marías, etc. Un diccionario nos puede proporcionar toda esta información. Pero debemos usar un diccionario cuya orientación doctrinal sea ortodoxa. Se podría consultar la

Enciclopedia de la Biblia por Ou-Er, la cual se puede considerar como un diccionario bíblico. Desafortunadamente, esta publicación está descontinuada. Es posible que se pueda encontrar una copia en la biblioteca o en una librería anticuaria.

D. Bosquejos de la Biblia

Necesitamos otro libro que nos sirva para hacer un buen bosquejo de la Biblia. Podemos consultar *La Biblia en un año*. Este libro tiene buenos bosquejos. Muchos cristianos de todo el mundo han usado el bosquejo que contiene dicho libro para estudiar la Biblia.

Dicho tomo de referencia es muy útil para estudiar la Biblia. Todas éstas son herramientas indispensables.

CAPITULO CINCO

METODOS PARA ESTUDIAR LA BIBLIA

La Biblia es un libro extraordinario, contiene sesenta y seis libros que fueron escritos por unos treinta y nueve o cuarenta autores. El contenido es extremadamente rico. Para leerla necesitamos tener un plan definido, pues sin éste no sacaremos mucho beneficio de nuestra lectura. Hemos reunido veintiocho planes distintos de diferentes fuentes para estudiar las Escrituras. Estudiémoslos uno por uno. Los hermanos de edad avanzada pueden escoger algunos de ellos.

I. LOS PERSONAJES PRINCIPALES

En el Antiguo Testamento se mencionan muchos personajes, como por ejemplo: Adán, Abel, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Josué, David y Salomón. Debemos estudiar cuidadosamente la historia de estos hombres y conocer lo que de ellos se dice no sólo en el Antiguo Testamento sino también en el Nuevo.

La impresión general es que la historia de Adán se encuentra solamente en los capítulos dos y tres de Génesis. Pero cuando leemos detenidamente, vemos que también se habla de él en Romanos y en 1 Corintios, y lo que allí se dice es muy significativo. También Efesios 5 habla de Adán. Cuando estudiamos la historia de Adán, tenemos que conocer el lugar que ocupa en el plan de Dios, su creación, su estado inicial de inocencia y de ausencia de pecado, su relación con Eva, el juicio y la promesa que Dios le dio, su expulsión del huerto del Edén, su vida fuera del Edén, y finalmente, su relación con el postrer Adán. Si dedicamos tres o cuatro horas para estudiar esto en detalle, entenderemos muchos sucesos fundamentales de la Biblia.

Después de que terminemos la historia de Adán, debemos continuar con la historia de Abel. No solamente hallamos su historia en Génesis, sino también en Hebreos 11. Debemos leer todos los pasajes de la Biblia que hablen de Abel para encontrar el mensaje básico que Dios tiene para nosotros por medio de él. ¿Por qué acepta Dios a Abel y rechaza a Caín? Mucha gente cree que el sacrificio de Abel fue aceptado porque tenía sangre. Pero éste es un concepto basado casi exclusivamente en el Nuevo Testamento y no nos conduce a la raíz del motivo por el cual Dios aceptó el sacrificio de Abel. La responsabilidad del hombre en el huerto del Edén era cuidarlo y guardarlo. Después de que el hombre pecó, tuvo que labrar la tierra para conseguir su sustento. Por lo tanto, en su estado pecaminoso, no era correcto ofrecer de su sustento en sacrificio a Dios, que fue precisamente lo que hizo Caín. Parecía haber olvidado que había caído en pecado; por esta causa su ofrenda no fue aceptada. Si un hijo ofende a sus padres gravemente y se acerca a ellos como si nada hubiera sucedido, posiblemente sea rechazado. Dios no se complace en pecadores que actúan impasiblemente, como que si nada hubiese pasado. El problema de Caín fue que actuó como si nada hubiese sucedido. Pero Abel estaba consciente de la realidad del pecado. En ese entonces, los hombres no criaban ovejas para alimentarse de ellas. Los hombres empezaron a comer carne sólo después del diluvio (Gn. 9:3). En ese entonces sólo se criaban las ovejas para ofrecerlas como sacrificios a Dios. La oveja era inmolada y su piel era usada como vestido (3:21). Dios deseaba que el hombre tuviera presente que era pecador. Abel se acercó a Dios según este requisito, y Dios lo aceptó.

Podemos continuar de la misma manera con la historia de Noé y luego con la de Abraham, la de Isaac, la de Jacob, y así sucesivamente.

II. LAS MUJERES

Las mujeres ocupan una categoría especial en la Biblia. Podríamos estudiar todas las mujeres como una sola categoría. Podemos estudiar a Eva, su creación, sus palabras, sus actos independientes, su caída y su castigo, y la promesa que Dios le dio de ser la madre de todos los vivientes. Luego proseguimos con Sara, Rebeca, Tamar, Rut, Rahab, Ana, Abigail, la Sulamita... Podemos continuar con la mujer que dio a luz un hijo varón en Apocalipsis 12, con la gran ramera del capítulo diecisiete, y con la esposa del Cordero, en el capítulo diecinueve. Podemos ver una línea ininterrumpida. Todas las mujeres de la Biblia tipifican, positiva o negativamente, los muchos aspectos de una mujer: la iglesia.

III. LA TIPOLOGIA

Para estudiar los tipos del Antiguo Testamento, primero debemos tener un fundamento en el Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento habla de Cristo, de la redención, de la iglesia y del Espíritu Santo. Estas son cuatro cosas

espirituales muy importantes. Los principales tipos que vemos en el Antiguo Testamento representan estas cuatro entidades. Los tipos del Antiguo Testamento representan a Cristo o la redención o a la iglesia o al Espíritu Santo. En el Antiguo Testamento primero vemos la fotografía y después la persona. En el Nuevo Testamento primero vemos la persona, y luego regresamos al Antiguo Testamento para ver la fotografía. Si hemos visto la realidad de Cristo, de la redención, de la iglesia y del Espíritu Santo, nos será fácil ver los tipos contenidos en el Antiguo Testamento.

La segunda creación, que consta en Génesis 1, es un tipo de la nueva creación. En el capítulo dos Eva es tipo de la iglesia sin pecado. Cuando pensamos en nosotros, pensamos en el pecado, porque estamos ligados inseparablemente a él. Sin embargo, Dios nos muestra que la relación entre Cristo y la iglesia es separada del pecado, porque su relación comienza en Génesis 2, no en Génesis 3. Adán estaba relacionado con Eva en Génesis 2. Por tanto, la relación de ellos no tenía nada que ver con el pecado. Lo mismo sucede entre Cristo y la iglesia. Cuando pensemos en la iglesia no debemos pensar en el pecado. A los ojos de Dios la iglesia está libre de pecado. La muerte del Señor Jesús por los pecadores fue la remisión del pecado. Pero Su muerte por la iglesia no tiene relación con el pecado sino con la vida. En Génesis 3 vemos las hojas de higuera y la piel de animales. En el capítulo cuatro vemos las ofrendas. Más tarde vemos a Isaac. ¿Quién es Isaac? ¿Es él un tipo de la iglesia, del Espíritu Santo o de la redención que efectuó el Señor Jesús? Cuando leemos el Nuevo Testamento, vemos que Isaac tipifica en cierto aspecto al Señor Jesús, pues tiene cierta semejanza con el Señor Jesús. No sólo nació de Abraham y de Sara, sino también de la promesa; para Sara, Isaac fue el hijo unigénito de su padre; para Abraham, todo lo que Isaac tenía lo había heredado; Isaac simplemente disfrutaba su herencia. Dios envió al mundo el Espíritu Santo, quien obtuvo la iglesia y la desposó con Cristo como esposa del Cordero; el padre de Isaac envió su criado más viejo a su propia tierra y tribu para encontrar una esposa para Isaac, la cual fue Rebeca. Si comparamos el Antiguo Testamento con el Nuevo, encontraremos muchas cosas en el Nuevo Testamento que corresponden a los tipos del Antiguo Testamento. En Gálatas, Isaac representa a los cristianos espirituales ya que tipifica un andar espiritual, pero Ismael tipifica un andar por la carne en la iglesia. Ismael fue engendrado por Abraham por medio de Agar, es decir por medio de la carne; tipifica el esfuerzo del hombre. Isaac nació después de que Abraham había abandonado toda esperanza de tener un hijo; nació de la promesa de Dios y, por ende, tipifica la obra del Espíritu Santo. Este es sólo un ejemplo de la aplicación de los tipos. Si recorremos la Biblia capítulo por capítulo, encontraremos muchos tipos diferentes. El libro que contiene más tipos es Génesis. Podemos decir que Génesis es el vivero donde se siembran las semillas que crecen a lo largo de la Biblia.

El libro de Exodo en conjunto tipifica la forma en que somos salvos del mundo. La Pascua es un tipo del partimiento del pan. El paso del mar Rojo es un tipo del bautismo. Cuando el pueblo murmuraba y vagaba por el desierto tipificaba a los hijos de Dios en diferentes condiciones. El agua fresca que brotó es un tipo del Espíritu Santo.

El tabernáculo es un tipo de nuestro Señor Jesús mientras estuvo en la tierra y también es un tipo de nuestro tránsito por el mundo. El tabernáculo no tenía piso, y se erigía en el desierto. Nosotros tenemos que esperar hasta que venga la Nueva Jerusalén para ver las calles de oro. Mientras pasamos por este mundo, tenemos una gloriosa comunión con el Señor, pero la meta que Dios tiene para nosotros es Canaán; El no desea que permanezcamos en el desierto.

Al seguir adelante, descubrimos en el libro de Números que los israelitas pasaron por cuarenta y dos estaciones después de su éxodo de Egipto, antes de entrar en Canaán. Cada estación tiene su significado. Cuando leemos los nombres de las estaciones obtenemos una fotografía del vagar del hombre y de las condiciones para entrar en Canaán.

Las ofrendas, las fiestas y las ordenanzas acerca de la purificación son tipos y los hemos de estudiar.

El libro de Josué tiene tipos muy profundos. Esto no significa que todos los tipos de dicho libro sean profundos, sino que hay muchas cosas profundas en el libro de Josué. Para entender lo que significa la entrada de los israelitas en Canaán y las guerras que allí libraron, primero tenemos que averiguar el significado de Canaán. Algunos piensan que Canaán tipifica el cielo. Si ése es el caso, ¿habrá, entonces, guerra en el cielo? Si leemos cuidadosamente concluiremos que Canaán no puede ser tipo del cielo. Es un tipo de una posición celestial. Es el equivalente a los lugares celestiales mencionados en Efesios. Por una parte, estamos sentados con Cristo en los lugares celestiales; por otra, luchamos contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales (Ef. 6:12). Al estudiar estos tipos, no debemos limitarnos al libro de Josué; también debemos examinar Efesios. En efecto, Josué no solamente se debe leer con Efesios, sino también con Hebreos. La entrada a Canaán descrita en Josué tipifica dos cosas: la guerra espiritual (de Efesios) y el reposo (de Hebreos). Este descanso es una clara alusión al reino. Por consiguiente, Canaán no es un tipo del cielo sino del descanso del reino. No todo el que aplicó la sangre del cordero y comió el cordero de la Pascua entró en Canaán; sólo dos personas entraron, y el resto murió en el desierto. Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos. Así que Canaán tipifica el reino. La entrada a Canaán tipifica nuestro reinado en el reino de Dios. Si tenemos dudas acerca de este punto fundamental, veremos

que parte de Josué tipifica la posición que el creyente tiene en los lugares celestiales hoy, y que parte tipifica el galardón dado en el futuro.

Las innumerables iniquidades enumeradas en el libro de los Jueces tipifican la vida del hombre que hace su propia voluntad, lo cual produce confusión.

En Samuel vemos que el hombre reina y que Dios delega Su autoridad. Antes de que surgiera un hombre conforme al corazón de Dios, se levantó un hombre conforme al corazón del hombre. David tenía un corazón según el de Dios, pero le precedió Saúl, un hombre conforme al corazón del hombre. Es evidente que Saúl tipifica el reino del anticristo. Vemos cómo el rey que Dios escogió fue a la batalla y como llegó a disfrutar de paz. Vemos la batalla de David y la gloria de Salomón. El reinado de Saúl tipifica la condición predominante durante la gran tribulación; el reinado de David tipifica la condición posterior a la tribulación, y el reinado de Salomón tipifica el milenio. Todos estos son tipos bastante claros.

La edificación del templo por Salomón también es un tipo de la edificación de la iglesia por parte de Cristo. El templo estaba en Jerusalén, lo cual tipifica que la iglesia se reúne y adora en el nombre del Señor, porque Dios estableció Su nombre en Jerusalén. Jerusalén era el único lugar que Dios reconocía y en el cual puso Su nombre (1 R. 14:21). Cuando Jeroboam se levantó, erigió altares de adoración en Bet-el y en Dan, lo cual Dios condenó. Dios desea que el hombre lo adore solamente en el lugar donde Su nombre ha sido establecido. No desea que el hombre lo adore en ningún otro lugar. En los tiempos de avivamiento, algunos reyes derribaban los altares, y otros no. Este es un tipo de los avivamientos que han ocurrido en la iglesia. Más tarde, el templo fue destruido, lo cual tipifica el hecho de que la iglesia quedó desolada. Mucho tiempo después, Nehemías, Zacarías y Zorobabel regresaron para reedificar el templo. Aunque el templo reedificado no fue tan glorioso como el que había sido destruido, fue el comienzo de la restauración. Este es un tipo del recobro de la iglesia, que se completará cuando el Señor venga por segunda vez. Entonces la iglesia será una iglesia gloriosa.

IV. LAS PROFECIAS

La tercera parte de la Biblia consta de profecías. Podemos clasificar las profecías en dos categorías: las que se relacionan con la primera venida de Cristo, y las que tienen que ver con Su segunda venida. Las profecías que hablan de Su primera venida se encuentran en el Pentateuco, los Salmos y los libros de los profetas. El Señor Jesús ya vino, y parece que las profecías que se relacionan con Su primera venida ya no nos entusiasman mucho. Sin embargo, para estudiar las profecías, debemos prestar atención a la primera venida del Señor. Tenemos que encontrar todas las profecías del Antiguo Testamento y del Nuevo que

hablan de Su primera venida y anotarlas, porque esto nos iluminará con respecto a Su segunda venida, la cual se cumplirá de la misma manera que las profecías de Su primera venida.

Hay ciertas normas para la exposición de todo lo que se habla en la Biblia. Todo lo que se debe interpretar espiritualmente se indica claramente en el texto mismo de la Escritura. Por ejemplo: Apocalipsis 1 habla de las siete estrellas que están en la mano derecha del Señor, refiriéndose a los mensajeros de las siete iglesias. Esto no se debe interpretar literalmente, y así lo indica el texto. Los siete candeleros, entre los cuales andaba el Señor, son una alusión a las iglesias. Esto también se establece explícitamente en el texto. Los tipos se deben interpretar espiritualmente. En la tipología Adán no es el Adán literal, sino Cristo, y Eva no es la Eva literal, sino la iglesia. Sin embargo, las profecías se pueden interpretar según dos principios básicos diferentes. Se pueden interpretar espiritualmente, en cuyo caso el cumplimiento es el significado solamente; o pueden ser interpretados literalmente, y en tal caso el cumplimiento es literal. Por ejemplo: Mateo 2:17-18 dice: “Entonces se cumplió lo que fue dicho por medio del profeta Jeremías, cuando dijo: „Voz fue oída en Ramá, llanto y lamento grande; Raquel que llora a sus hijos, y no quiso ser consolada, porque ya no existen”. Este es el cumplimiento en significado. Observe el caso de Hechos 2:16, que dice: “Mas esto es lo dicho por el profeta Joel”. Lo que sucedió en Pentecostés corresponde a lo descrito en el libro de Joel. Esto también es el cumplimiento de lo que significa el pasaje. En cuanto a la primera venida del Señor Jesús, muchas profecías se cumplieron literalmente. La virgen fue una virgen humana. Egipto fue el Egipto geográfico. “Ni uno de Sus huesos será quebrado”, se cumplió exactamente así. Estas cosas se cumplieron literalmente. Puesto que la mayoría de lo que se cumplió en cuanto a la primera venida fue literal, la mayoría de los eventos ligados a Su segunda venida también se cumplirá literalmente.

Algunas profecías se refieren a los judíos, otras a los gentiles y otras a la iglesia. Estas tres clases de profecías son diferentes entre sí. Casi todas las profecías de Moisés y de Balaam se refieren a los judíos. En los libros proféticos también encontramos muchas profecías que hablan de los judíos. Algunas profecías que se refieren a los gentiles se encuentran en el libro de Daniel. También debemos prestar atención a lo que el Señor Jesús dijo cuando estuvo en la tierra en Mateo 24. Apocalipsis 8—11, 13, 15—16 y 18 son profecías que se refieren a los gentiles. Las profecías que se refieren a la iglesia se encuentran en capítulos como Mateo 13, Apocalipsis 2—3, 12, 14—15, 1 Corintios 15 y 1 Tesalonicenses 4. Tenemos que distinguir entre las profecías que se refieren a los judíos, las que se refieren a los gentiles, y las que aluden a la iglesia.

Las profecías que se refieren a los judíos se pueden dividir en dos ramas principales: las que se refieren al día del Señor y las que se refieren a la bendición terrenal del reino.

En cuanto a las profecías que se refieren a los gentiles, tenemos que prestar especial atención a todas las que se proclamaron durante “el tiempo de los gentiles”, después de la destrucción de la nación judía. Capítulos como Daniel 2, 4 y 7, las setenta semanas del capítulo nueve, y todo lo que se menciona después, incluyendo el libro de Apocalipsis, contienen profecías relacionadas con los gentiles. Es decir, estas profecías describen en primer lugar el período que se extiende desde la destrucción de la nación judía hasta el final del tiempo, y abarca la historia que transcurre en el lapso de la gran imagen en Daniel 2. En segundo lugar, ellas hablan de los diez cuernos (diez reyes) del final de la era, los otros cuernos (otros reyes) y el anticristo. Tercero, habla de la bendición que disfrutarán los gentiles durante el milenio.

Con relación a la iglesia, hay profecías que describen los dos mil años de la historia de la iglesia, el arrebatamiento, el tribunal de Cristo, el reino y la eternidad.

V. LAS DISPENSACIONES

Dios usa las dispensaciones para disciplinar al hombre. En cada era Dios tiene su propia manera de relacionarse con el hombre. En una dispensación lo disciplina de una manera, y en otra, de otra. En una dispensación el hombre es salvo por cierto medio, y en otra, por un medio diferente. En una dispensación Dios exige cierta conducta de parte del hombre, y en otra dispensación, Su exigencia cambia. Si no entendemos bien las diferentes dispensaciones, pensaremos que algunas porciones de la Biblia son confusas. Pero si las entendemos, la confusión desaparecerá.

Algunos expositores han dividido la historia en siete dispensaciones. Pero según la Biblia misma, sólo debe haber cuatro dispensaciones, comenzando con Adán, porque Romanos 5:14 dice claramente: “Desde Adán hasta Moisés”. Aunque hay muchas diferencias en detalles dentro de este período, en total fue resumido en “desde Adán hasta Moisés”. Esta es la primera dispensación. La segunda es la dispensación de la ley, que se extiende desde Moisés hasta Cristo. ¿Pero en qué momento de la vida de Cristo finalizó esta dispensación? El Señor Jesús dijo que la ley y los profetas fueron hasta Juan (Mt. 11:13; Lc. 16:16). Lo que El quiso decir es que esta dispensación terminó con Juan. La tercera dispensación es la dispensación de la gracia, que va desde la primera venida de Cristo hasta Su segunda venida (Hch. 3:20-21). Durante este período, aunque el Señor todavía se interesaba en los judíos, Su atención se enfocó en los gentiles. Nosotros

vivimos en la dispensación de la gracia. La cuarta dispensación es el reino y se extiende desde la segunda venida de Cristo hasta el final de la era del reino (Ap. 20).

En cada dispensación tenemos que prestar atención a la posición del hombre, sus responsabilidades, sus fracasos y la manera en que Dios se relaciona con él. Después de estudiar esto detenidamente, será fácil resolver las aparentes contradicciones.

VI. TEMAS

La Biblia contiene muchos temas, como por ejemplo: 1) la creación, 2) el hombre, 3) los ángeles, 4) el pecado, 5) el reino satánico, 6) la salvación, 7) el arrepentimiento, 8) la persona de Cristo, 9) la obra de Cristo, 10) la vida de Cristo, 11) el Espíritu Santo, 12) la regeneración, 13) la vida eterna, 14) la certeza de la salvación eterna, 15) la santificación, 16) la justificación, 17) la elección, 18) el perdón, 19) la justicia, 20) la libertad, 21) la ley, 22) la inspiración, 23) la revelación, 24) el Cuerpo de Cristo, 25) los ministros de la Palabra, 26) la autoridad de Dios, 27) la segunda venida de Cristo, 28) el juicio, 29) el reino, 30) la eternidad. Al principio podemos estudiar un tema durante un año. Más adelante podemos estudiar dos temas al año, y después, cuatro temas por año.

Por ejemplo, un tema importante es la persona de Cristo. ¿Cómo podemos empezar dicho estudio? Podemos dividir el tema según los siguientes subtemas: 1) El es Dios, y como tal, es el Verbo de Dios y el Hijo de Dios. 2) El es un hombre. Esto se relaciona con la manera en que El llegó a ser Jesús y en que se expresó como hombre. 3) El es Dios y hombre. El se durmió en la barca, lo cual nos muestra que El es un hombre. Sin embargo se despertó y reprendió al viento y a las olas; esto demuestra que es Dios. El asistió a unas bodas, lo cual indica que es un hombre, pero una vez allí, convirtió el agua en vino, lo cual prueba que es Dios. Le pidió agua a la mujer samaritana, ya que tenía sed como cualquier hombre; sin embargo le habló a ella del agua viva, pues El es Dios. 4) Su historia, es decir, Su vida en la tierra. 5) Su posición hoy, después de la ascensión. 6) Su posición futura, esto es, Su lugar en la gloria cuando regrese.

También podemos clasificar la obra de Cristo en diferentes categorías: 1) La relación entre Su persona y Su obra, 2) Su obra sustitutiva, 3) cómo satisfizo los requisitos de Dios para redimirnos del pecado, 4) cómo nos reconcilió con Dios, 5) cómo nos acepta y nos recibe, 6) Su sacerdocio y 7) Su obra como mediador.

La vida de Cristo se puede clasificar bajo los siguientes aspectos: 1) Su nacimiento, 2) Su muerte, 3) Su resurrección, 4) Su ascensión y 5) Su venida. Cuando hablamos de Su nacimiento, examinamos lo que es la encarnación. La

cristalización de la visión de Su encarnación se resume en que todo lo que es abstracto y divino se hizo concreto y humano. ¿Qué es la paciencia de Dios? Ni lo sabemos ni podemos llegar a saberlo, pero sí sabemos que el Señor Jesús vino. Esto no solamente es el Verbo hecho carne, sino también la paciencia hecha carne. La paciencia abstracta e invisible se hizo tangible. El principio de encarnación es el principio del amor, la santidad, el gozo, la obediencia hechos carne. Es decir que, las intangibles virtudes de Dios, ahora son tangibles. Cuando Dios se hizo hombre, lo abstracto se volvió concreto. Jesús es la norma del hombre que Dios desea, pero nosotros no podemos llegar a la norma de Dios. Esta es la razón por la cual no nos podemos acercar a Dios. Había un velo, el cual cuanto más bello, más difícil de penetrar. Pero damos gracias a Dios porque la muerte llegó. ¿Qué significa la muerte? Por una parte significa redención; y por otra, la terminación de la vieja creación. La muerte es el final de la antigua creación; y la muerte de Cristo es el final de toda la creación. El velo fue rasgado de arriba abajo; esto es la muerte. Después tenemos la resurrección, la cual es un nuevo comienzo, una nueva creación. Esta es la vida nueva y no está atada por la muerte. La muerte no puede detener esta vida ni puede evitar que reviva. Resucitar equivale a pasar sobre la muerte y sus implicaciones; es la vindicación del poder de Cristo. Luego vemos la ascensión, que es la posición de victoria sobre Satanás. Satanás está por debajo de nosotros, pues la ascensión de Cristo nos puso en el mismo nivel en que El está, y ahora disfrutamos Su victoria. La venida del Señor es la manifestación de una nueva autoridad. En palabras simples, la encarnación se relaciona con la norma de Dios; y la muerte, con la terminación de la antigua creación que carece de la norma de Dios; la resurrección se relaciona con un nuevo comienzo, mientras que la ascensión tiene que ver con una nueva posición. La venida de Cristo es Su manifestación en gloria. ¡Qué precioso es todo esto a los ojos de Dios!

VII. LA RELACION DE DIOS CON EL HOMBRE

Algunos han clasificado la relación que Dios tiene con el hombre en la Biblia según los siguientes criterios: 1) Dios, 2) el hombre, es decir, la humanidad en general, 3) el individuo, 4) el Dios-hombre, 5) Dios y el hombre, 6) Dios en el hombre y 7) Dios sobre el hombre. Esta es una buena división. Primero, tenemos a Dios; esto es bastante claro. Segundo, tenemos al hombre, es decir, a la humanidad. Esto incluye la caída de Adán y todo lo que hay en éste. Tercero, tenemos al individuo, el cual incluye el pecado y el juicio individual. Cuarto, tenemos al Dios-hombre, el Señor Jesús, a quien vemos en los evangelios. Quinto, tenemos a Dios y al hombre, lo cual implica la verdad del evangelio predicado en las epístolas. Sexto, tenemos a Dios en el hombre, lo cual indica toda la obra que Dios realiza dentro del hombre; esto incluye las verdades profundas contenidas en las Epístolas. Séptimo, tenemos a Dios sobre el hombre, que hace referencia a la era del reino, cuando Dios regirá sobre todos

los hombres. Esto incluye todos los eventos futuros. Podemos adoptar este plan y anotar todos los temas en siete cuadernos diferentes.

VIII. CRONOLOGIA

Estudiar la cronología bíblica no trae beneficios inmediatos, pero al menos ayuda al lector a desarrollar el hábito de leer la Palabra con esmero. La Biblia contiene una cronología clara. Se puede calcular la cantidad exacta de años desde la creación del hombre hasta el nacimiento de Jesús. Desde Adán hasta el diluvio transcurrieron 1656 años. La Biblia claramente presenta la crónica de los años de cada período de la historia. Podemos conocer la cantidad de años que transcurrieron desde el Exodo hasta la entrada a Canaán. Sabemos cuántos años vivieron los israelitas bajo los jueces, cuántos bajo los reyes, y cuántos hasta los días de Daniel, y desde entonces hasta la venida del Señor Jesús. Algunos números se encuentran en el discurso de Esteban. Inclusive, podemos hallar la crónica de la cantidad de años que cierta persona durmió sobre su lado derecho, y cuántos sobre el izquierdo (Ez. 4:4-6). Desde la reedificación de Jerusalén hasta la venida del Señor Jesús transcurrieron sesenta y nueve semanas (483 años). De esta manera podemos determinar la cantidad de años que transcurrieron desde Adán hasta el Señor Jesús. A partir de Génesis, Dios estableció una secuencia cronológica, y ésta nunca se ha interrumpido. Para estudiar la Biblia tenemos que ser personas cuidadosas y atentas.

Cuando estudiamos la cronología podemos descubrir cosas que no notaríamos con una lectura ordinaria. Por ejemplo, cuando estudiamos la historia de los patriarcas, descubrimos que Adán todavía estaba vivo cuando Enoc andaba en la tierra. Adán había visto a Dios, mas Enoc no. Podemos pensar que aquel que había visto a Dios pudo haber sido raptado, pero vemos que fue Enoc quien fue raptado, y no Adán. Esta es una lección para nosotros. Después encontramos el nombre de Matusalén, que significa: “cuando él muera, algo pasará”. En el año que Matusalén murió, vino el diluvio. Esto también nos muestra la exactitud de la Biblia.

Pablo nos dice en Gálatas 3 que la gracia precede a la ley; o sea que no vino después de ésta. Tenemos que estudiar la cronología, pues sólo entonces veremos que la promesa de la gracia ya existía 430 años antes de que la ley viniera.

Es fácil observar la cronología bíblica en el libro de Génesis. Después de Génesis es más difícil extraer la cronología. La dificultad radica en la renuencia que el hombre tiene a estudiar la Palabra. ¿Cuántos años pasaron desde que Israel salió de Egipto hasta que Salomón edificó el templo? En 1 Reyes 6:1 leemos: “En el año cuatrocientos ochenta después que los hijos de Israel salieron de Egipto,

el cuarto año del principio del reino de Salomón sobre Israel, en el mes de Zif, que es el mes segundo, comenzó él a edificar la casa de Jehová”. Sin embargo, Hechos 13:18-22 dice: “Y por un tiempo de cuarenta años los llevó en brazos como nodriza en el desierto ... Después, como por cuatrocientos cincuenta años, les dio jueces hasta el profeta Samuel. Luego ... Dios les dio a Saúl ... Quien reinó por cuarenta años. Después de quitar a éste, les levantó por rey a David”. Si sumamos todos estos años tendremos un total de 530 años. David reinó por cuarenta años (1 R. 2:11), y Salomón reinó tres años antes de edificar el templo; el total es 573. Así que la crónica de 1 Reyes tiene noventa y tres años menos que la crónica en Hechos 13. ¿Por qué existe esta diferencia? Según la narración de Jueces, los hijos de Israel fueron llevados cautivos cinco veces. El primer cautiverio duró ocho años (3:8), el segundo, dieciocho (v. 14), el tercero, veinte (4:2-3), el cuarto, siete (6:1), y el último, cuarenta (13:1). Si sumamos todos estos años, el resultado es exactamente noventa y tres años. Parece que a 1 Reyes le faltasen noventa y tres años, pero en realidad, estos años fueron quitados adrede. Así que necesitamos la crónica de Jueces como complemento. La narración de la Biblia es como una cadena; no se puede quitar ningún eslabón. Cada eslabón es necesario. Dios mismo concatenó estos eslabones; nosotros sólo tenemos que encontrarlos. Por consiguiente, el estudio de la cronología es muy útil para adiestrarnos en ser exactos.

IX. LOS NUMEROS

Muchos números usados en la Biblia tienen su significado. He aquí algunos ejemplos:

El uno significa la unicidad de Dios.

El dos significa comunión.

El tres también representa a Dios porque El es triuno. El uno se refiere a la unidad de Dios, y el tres a Su consumación.

El cuatro es el número que va inmediatamente después del tres; es tres más uno. Por consiguiente, el cuatro es el número de la creación. Todo lo que se relaciona con la criatura, tiene el número cuatro. Por ejemplo: se mencionan los cuatro extremos de la tierra, cuatro estaciones, cuatro vientos, y del huerto de Edén salían cuatro ríos. La imagen del sueño de Nabucodonosor tenía cuatro secciones. Salen cuatro bestias del mar. Las criaturas vivientes que representan a toda la creación son cuatro. La vida del Señor Jesús es narrada en cuatro evangelios. Todo lo que Dios produjo, tiene el número cuatro.

El cinco es el número de la separación del hombre. La mano izquierda tiene cinco dedos, igual que la derecha. De las diez vírgenes, cinco eran insensatas y

cinco sabias. El cinco también representa la responsabilidad humana ante Dios. La aplicación de la sangre al oído derecho, al pulgar de la mano derecha y al dedo gordo del pie derecho denota la separación del hombre para llevar la responsabilidad delante de Dios, pues el oído es uno de los cinco sentidos, el pulgar es uno de los cinco dedos de la mano, y el dedo gordo del pie es uno de cinco.

El seis es el número del hombre, puesto que el hombre fue creado en el sexto día. El siete es el número de la perfección. El seis es uno menos que siete. Esto significa que el hombre nunca puede llegar a la perfección de lo que Dios hace.

El siete es el número de la perfección, aunque se refiere a la perfección temporal presente, no a la perfección eterna. También es el número de Dios. El cuatro es el número de la criatura. La suma del creador con la criatura produce la perfección. Dios más el hombre equivale a la perfección. Pero esto sólo se obtiene sumando tres más cuatro, y es una perfección transitoria. En la Biblia la perfección que es pasajera se representa por el siete. Por ejemplo, la semana tiene siete días; en Mateo 13 se relatan siete parábolas; en Apocalipsis hay siete iglesias, siete candeleros, siete mensajeros, siete sellos, siete trompetas y siete copas. Todo ello se refiere a la perfección perecedera, no a la perfección eterna.

El ocho es el número de la resurrección. El siete denota un ciclo, y el ocho es el número siguiente. El Señor resucitó al octavo día. Por lo tanto, el ocho es el número de resurrección.

El nueve es tres por tres; un múltiplo del número de Dios. El testimonio no solamente es la Palabra de Dios sino el propio Dios que nos habla.

El diez representa la perfección humana. El número de lo humano llega hasta diez. Por ejemplo: tenemos diez dedos en la mano y diez en los pies.

El once no tiene mucho significado en la Biblia.

El doce también indica perfección, pero ésta es la perfección eterna. Tenemos dos números que significan perfección: siete y doce. El siete es la perfección divina y se aplica a nosotros hoy día. El doce también es la perfección divina, pero se aplica a la eternidad. Lo interesante es que en el cielo nuevo y en la tierra nueva, el número siete no estará presente. La Nueva Jerusalén tiene doce puertas, doce fundamentos, el nombre de los doce apóstoles, doce clases de piedras preciosas y doce perlas. El muro de la ciudad mide ciento cuarenta y cuatro codos, que es el producto de multiplicar doce por doce. Todo ello permanecerá para siempre. ¿Por qué el siete representa una perfección temporal y el doce una perfección eterna? Tres más cuatro es simplemente Dios

más el hombre, el Creador más la criatura. Pero tres por cuatro es el Creador multiplicado por las criaturas. Esto significa que los dos se mezclan. Hay una diferencia entre la adición y la multiplicación. En la multiplicación, Dios y el hombre ya no están separados. Hay unión entre el Dios creador y las criaturas, y esta unión es eterna. Así que, la perfección representada por el doce es una perfección eterna.

X. LAS PARABOLAS

Podemos recorrer todas las parábolas de la Biblia. Después de estudiar cuidadosamente algunas, nos daremos cuenta de que existen ciertos principios para interpretarlas. No las podemos interpretar a nuestro antojo. Una vez que identifiquemos el principio, sabremos interpretar otras parábolas.

Cada parábola tiene un tema y puntos secundarios. Para interpretar una parábola se debe distinguir entre la idea principal y los temas secundarios. El tema principal se debe interpretar punto por punto. Los pensamientos accesorios se pueden interpretar en detalle o se pueden pasar por alto. Por ejemplo, el Señor relató siete parábolas en Mateo 13. La primera es la parábola del sembrador. Sólo hay una clase de semilla, pero cuatro clases de tierra. La palabra es la misma, pero los corazones son diferentes; éste es el tema. Tenemos que prestar atención a la palabra y a las cuatro clases de corazones. Otros aspectos, tales como el significado de las aves que se comen la semilla o el significado de la proporción en que la buena semilla se multiplica, no son cruciales. Algunas semillas se pueden multiplicar a mil por uno, o a mil doscientos por uno. Pero el Señor no da ninguna explicación al respecto, lo cual indica que la proporción en que se multiplica no es crucial. Si prestamos atención al tamaño de las aves, la altitud a la que vuelan, o a la proporción exacta de multiplicación de la semilla, iremos por el rumbo equivocado. Para interpretar las parábolas, lo primero que debemos hacer es distinguir el tema de las añadiduras.

Otro punto digno de notar es que las parábolas no se deben interpretar literalmente. Por ejemplo: en la parábola del sembrador, es obvio que el sembrador, el campo y la semilla no son entes físicos. Las parábolas tienen su significado espiritual y se deben interpretar espiritualmente. Sin embargo, esto no significa que a todos los elementos de la parábola se les deba atribuir un significado espiritual, sino que sólo el tema principal se debe interpretar espiritualmente. Los puntos secundarios se pueden interpretar literalmente. Ciertas personas tratan de interpretar el tema principal y también los puntos menores. Esto no es correcto. La primera ocasión que el Señor nos habla por parábolas se halla en Mateo 13, y luego nos da la interpretación de la primera. No interpretó todos los aspectos. Sólo explicó ciertos puntos. El explica que “la

buena tierra” se refiere al corazón del hombre, y que buena se refiere al estado de ser noble y bueno (Lc. 8:15). Sabemos que el tema es el corazón noble y bueno. El Señor no se extendió dando el significado de las palabras “dando fruto”, pues no es el pensamiento principal. Si nos enfrascamos en los detalles, perderemos de vista el significado espiritual del pasaje y nos iremos por un rumbo equivocado. No es fácil interpretar las parábolas. Debemos buscar la luz en cada una de ellas para interpretarlas apropiadamente.

XI. LOS MILAGROS

Debemos prestar especial atención a los milagros del Señor Jesús, y podemos, obviamente, estudiar los demás milagros. En el Antiguo Testamento podemos estudiar los de Elías y de Eliseo, y en el Nuevo Testamento los de Pablo. Si tomamos los milagros como un tema especial y los estudiamos, encontraremos que cada milagro tiene sus características. Por ejemplo, hay una diferencia entre el milagro de sanar al ciego y el de sanar al cojo. La sanidad del cojo se relaciona con la vista, los ojos, mientras que la sanidad del cojo tiene que ver con el poder, la capacidad de caminar. Para estudiar estos milagros, primero tenemos que notar las características especiales de cada caso y luego observar la manera en que el Señor se conduce frente a ellos. Esto nos dará una idea de la manera en que El hace frente a los problemas espirituales.

El Señor vinculó la enseñanza espiritual con algunos milagros. Por ejemplo, en el caso del hombre que nació ciego en Juan 9, el Señor claramente dijo que El haría que los que no ven, vean, y que los que ven, sean cegados (v. 39). Y una vez más, en el caso de la resurrección de Lázaro, dijo claramente que El es la resurrección y la vida (11:25).

Algunos milagros no van acompañados de enseñanzas. De todos modos, los milagros mismos contienen enseñanzas, como el caso del cojo que fue sanado. Cuando el Señor lo sanó, le dijo: “Tus pecados te son perdonados”; pero no se detuvo allí, sino que añadió: “Levántate, toma tu camilla, y vete a tu casa”. El hombre se levantó, tomó su camilla, y salió delante de todos (Mr. 2:3-12). Vemos el principio espiritual de que no es suficiente que nuestros pecados sean perdonados; debemos tener la manifestación de las señales de vida y la facultad de andar espiritualmente. Una persona que ha sido perdonada no puede decir que no puede levantarse y andar. Todos los que han sido perdonados, ciertamente andarán. El perdón viene antes de andar, y andar, a su vez, es el resultado del perdón. Este es un cuadro bastante claro.

III. LAS ENSEÑANZAS DEL SEÑOR EN SU MINISTERIO TERRENAL

Podemos estudiar las enseñanzas que el Señor nos dio, como las de Mateo 5, 6, 7, 13, 24, 25. Los Evangelios de Lucas y Juan contienen muchas de las enseñanzas del Señor. Juan 14, 15 y 16 son capítulos que contienen importantes enseñanzas del Señor. Cuando los leamos, debemos prestar atención al lugar en donde el Señor habla. ¿Dio esta enseñanza en Judea o en Galilea? ¿Se dirigía a los discípulos o a la multitud? Si estudiamos las enseñanzas de esta manera, captaremos el mensaje central. Si deseamos laborar para el Señor, tenemos que estudiar por lo menos Sus parábolas, Sus milagros y Sus enseñanzas. De lo contrario, no tendremos material con el cual trabajar, nuestras manos estarán vacías y no podremos satisfacer la necesidad.

XIII. COMPARAR LOS CUATRO EVANGELIOS

Este también es un método importante para estudiar la Biblia. ¿Por qué el Espíritu no escribió un solo evangelio sino cuatro? ¿Por qué la narración de los cuatro evangelios y la secuencia de eventos parecen ser diferentes? Algunas veces ni siquiera las cantidades concuerdan. Si no estudiamos con esmero, no nos daremos cuenta de las maravillas que se encuentran en la inspiración del Espíritu.

Cuando leemos los cuatro evangelios, lo primero que debemos hacer es subdividirlos en secciones. La subdivisión debe ser detallada. Tenemos que dedicar para esto un cuaderno grande y dividirlo en cuatro columnas en las cuales anotaremos todos los eventos de los cuatro Evangelios. Por ejemplo, al anotar la genealogía del Señor, podemos escribir Mateo 1:1-17 en la primera columna y Lucas 3:23-38 en la tercera columna. Marcos y Juan no mencionan la genealogía, así que podemos dejar el espacio en la segunda y la cuarta columnas. Algunos eventos se narran en un solo evangelio, mientras que otros figuran en todos. Después de finalizar esta tarea, podemos regresar a nuestro cuaderno y todo será más claro. Si seguimos comparando las anotaciones que hicimos en las columnas, encontraremos las similitudes y las diferencias entre las columnas. La lectura comparativa nos revelará muchas diferencias, las cuales nos revelarán la intervención providencial del Espíritu Santo.

La genealogía que consta en Mateo se divide en tres grupos de catorce generaciones cada uno: de Abraham a David, de David a la deportación a Babilonia, y de ésta a Cristo. Lucas, por su parte, describe la genealogía yendo hacia atrás en el tiempo. Mateo la describe desde David hasta la deportación a Babilonia, mientras que Lucas va de Zalatiel, a David. Mateo va de Abraham a sus descendientes, mientras que Lucas comienza con Abraham y regresa a Adán. Por tanto, si la genealogía que consta en Mateo tiene tres secciones, la narrada por Lucas debe de tener cuatro. La genealogía que contiene Lucas comienza con

María, y la que contiene Mateo finaliza con José. Todas estas subdivisiones se deben marcar claramente para poderles extraer el significado.

En cierta ocasión alguien relacionó los cuatro seres vivientes de Apocalipsis 4 con los cuatro evangelios. Los cuatro seres vivientes son el león (el rey de las fieras), el becerro (un siervo diligente) el rostro de hombre y el águila. En el Antiguo Testamento Dios dijo que tomó a los hijos de Israel sobre alas de águila (Ex. 19:4; Dt. 32:11-12). Mateo describe al Señor Jesús como Rey; Marcos, como esclavo; Lucas, como hombre; y Juan como Dios. Los cuatro seres vivientes concuerdan con la descripción del Señor en los cuatro evangelios.

Mateo presenta al Señor Jesús como rey, y por eso en su genealogía, hace notar claramente que El es el descendiente del rey David. Lucas lo presenta como hombre, por lo cual su genealogía va hasta Adán, el primer hombre. Marcos muestra al Señor Jesús como siervo, y Juan como el Hijo de Dios. Por esta razón estos dos libros no incluyen su genealogía. Si estudiamos así estos cuatro libros, nos daremos cuenta de que, en efecto, Mateo, habla del Señor como rey, Marcos como el siervo, Lucas como un hombre, y Juan como el Hijo de Dios.

Los cuatro evangelios hablan de la venida del Señor Jesús; sin embargo, la descripción de Su venida en cada uno es diferente. Mateo dice: “He aquí, tu Rey viene a ti” (21:5); Marcos dice que el Hijo del Hombre vino para servir (10:45); Lucas afirma que el Hijo del Hombre vino a buscar (19:10), y Juan dice que El Señor vino para darnos vida (10:10). Podemos encontrar muchas comparaciones en los evangelios, y si dedicamos tiempo a estudiarlas, veremos que cada evangelio tiene sus propias características.

La manera en que los cuatro evangelios concluyen tiene mucho significado. Mateo abarca la resurrección (28:6); Marcos, la ascensión (16:19); Lucas, la promesa del advenimiento del Espíritu Santo (24:49), y Juan, el regreso del Señor (21:22). Después de que el Señor resucitó, ascendió a los cielos. Después de la ascensión, vino el Espíritu Santo en Pentecostés. En el futuro el Señor Jesús regresará. La disposición maravillosa de los cuatro evangelios corresponde a la secuencia de estos cuatro eventos.

Mateo no habla de la ascensión del Señor Jesús, porque dice que el Señor estará con los discípulos hasta la consumación del siglo. Marcos habla de la ascensión del Señor diciendo: El “se sentó a la diestra de Dios” (16:19). Esto se debe a que El tomó la forma de esclavo y fue obediente hasta la muerte a fin de cumplir la obra. Por consiguiente, Dios le exaltó hasta lo sumo. Lucas también narra la ascensión del Señor. Dios mostró Su aprecio por este hombre, que era un poco inferior a los ángeles, y lo coronó de gloria y de honra. El Señor Jesús ascendió estando en la posición de un hombre, lo cual significa que el dirige muchos hijos

a la gloria. Juan no dice nada de la ascensión del Señor porque habla de El como nuestra vida y como uno que vive en nosotros.

La narración de Mateo sigue la secuencia dispensacional, no el orden cronológico. Lucas “después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen”; y por eso la narración está “escrita ordenadamente” (1:3). Algunas secciones están en orden cronológico, mientras que otras se escribieron en orden temático. Marcos y Juan siguen el orden en que sucedieron los eventos.

Podemos comprar un ejemplar de los evangelios con letra grande y dividir el de Mateo en cinco o diez secciones. Luego podemos estudiar cada sección cuidadosamente y examinar a la vez lo que dicen los otros tres evangelios de lo narrado en cada sección. Se deben agrupar los pasajes similares y marcar los que no son análogos. Los pasajes que no son similares deben tener subdivisiones más amplias, y los pasajes afines deben tener subdivisiones más reducidas. Por ejemplo, la parábola del sembrador, dada en Mateo 13, también figura en Lucas. Tenemos que hacer subdivisiones más pequeñas para identificar las diferencias más detalladas entre las diferentes narraciones. Tenemos que subdividirlas de tal manera que a simple vista podamos ver las diferencias y las similitudes. Se requiere mucho tiempo, por lo menos dos años, para recorrer los cuatro evangelios. Copiar y tomar notas se demora como tres meses.

XIV. LOS CAPITULOS CRUCIALES

La Biblia contiene muchos capítulos cruciales, tales como Génesis 2 y 3, Números 21 y Deuteronomio 8. Salmos 22 e Isaías 53 son capítulos muy importantes porque se habla mucho de su cumplimiento en el Nuevo Testamento. Daniel 9 también es un gran capítulo. En el Nuevo Testamento Mateo 5—7, 13, 24 y 25 son capítulos muy importantes, así como Juan 14—16 y 1 Corintios 13. En la Biblia hay unos treinta o cuarenta capítulos cruciales, y tenemos que entender el significado de cada uno de ellos.

IV. EL PASADO, EL PRESENTE Y EL FUTURO

Este es un método relativamente simple. Podemos poner en un grupo todos los eventos del pasado que se narran en el Nuevo Testamento; todos los eventos del presente, en otro grupo, y todos los acontecimientos futuros en un tercer grupo. El ministerio terrenal de Cristo, la venida del Espíritu Santo y el comienzo de la iglesia pertenecen al primer grupo. La obra intercesora del Señor, Su mediación, el ministerio de la iglesia, la disciplina y la morada del Espíritu Santo y todos los medios de gracia están vigentes en presente. (En algunos casos, la gracia se nos da directamente. En otros, Dios nos concede gracia por ciertos medios, tales

como las reuniones, el partimiento del pan, el bautismo y la imposición de las manos. Dios no le otorga gracia al hombre directamente, sino por estos medios. Por eso los llamamos los medios de la gracia). La resurrección, el arrebatamiento, la redención, la gloria y la nueva creación están en el futuro. Aunque la redención es un evento del pasado, no se ha realizado completamente. Una parte de ella no se ha cumplido todavía, pero se cumplirá cuando nuestro cuerpo sea redimido. Puesto que nuestro cuerpo carnal estará allí, entendemos que la redención no se ha consumado. La redención que efectuó el Señor Jesús en la cruz puso el fundamento. La redención se completará cuando nuestro cuerpo sea redimido en el futuro. Tenemos que diferenciar entre las cosas que Dios ha hecho, las que está haciendo y las que hará.

XVI. LA SALVACION, LA SANTIFICACION Y EL MINISTERIO

La salvación se relaciona con la vida que recibimos; la santificación, con nuestro vivir diario, y el ministerio, con nuestras actividades. Podemos agrupar temas tales como el llamado que el Señor nos hace, Su sangre y Su obra, bajo la categoría de la salvación; podemos agrupar la obra del Espíritu Santo bajo la categoría de la santificación; y podemos clasificar la tolerancia, el testimonio y el poder del Espíritu Santo como el ministerio. La cruz del Señor se puede incluir en la categoría de la salvación; nuestra cruz, en la santificación, y la muerte operante de Jesús se puede clasificar como el ministerio. Nuestra fe pertenece a la salvación; nuestra obediencia, a la santificación, y nuestra paciencia, al ministerio. La vida que el Espíritu Santo da trae salvación; la obra que El efectúa produce santificación; y Su poder produce el ministerio. También podemos usar tres preposiciones con relación a las tres categorías: *por nosotros*, *en nosotros*, y *por medio de nosotros*. Lo que se hizo por nosotros es salvación; lo que se ha hecho en nosotros es santificación; y lo que se hace por medio de nosotros es ministerio. Cuando se ha hecho algo a nuestro favor, lo llamamos salvación; cuando es hecho en nosotros, santificación; y cuando es hecho por medio nuestro, le llamamos ministerio o servicio. Podemos clasificar todas estas enseñanzas en tres categorías; pueden ser obras que Dios hizo a nuestro favor, obras que hace en nosotros, u obras que hará por medio de nosotros. Desafortunadamente, muchas personas no distinguen entre lo que Dios hace para nosotros y lo que hace en nosotros. Por ejemplo, la crucifixión de Cristo y nuestra crucifixión con El, son cosas que Dios hizo por nosotros, pero el catolicismo romano sostiene que *Dios hace esto en nosotros*, lo cual no es correcto. La cruz actúa en nosotros cuando empezamos a llevar nuestra propia cruz. Nosotros *llevamos* la cruz, mas no estamos crucificados en ella. Nosotros llevamos la cruz, pero el Señor experimentó la crucifixión. Esto nos muestra la diferencia entre el protestantismo y catolicismo. La crucifixión de la que habla la

Biblia es una obra que Dios hizo por nosotros; no es algo que haga en nosotros. Romanos 6 habla de la crucifixión, y Romanos 8, de hacer morir; mientras que 2 Corintios 4, habla de la muerte. Así que Romanos 6 trata la salvación; Romanos 8 habla de la santificación, y 2 Corintios 4 del ministerio. Tenemos que estar absolutamente seguros delante del Señor de que la crucifixión pertenece a la categoría de la salvación, pues es algo que el Señor hizo. Nosotros simplemente heredamos lo que El hizo. Sin embargo, experimentamos la muerte de la cruz. Al mismo tiempo, ese “hacer morir” es lo que produce la liberación del Espíritu Santo, que se halla en la esfera del ministerio. No debemos pensar que éstas son sólo clasificaciones. Muchas personas no saben que fueron crucificadas con Cristo y, en consecuencia, no entienden eso de permitir que la muerte opere en ellas. La realidad de la crucifixión no está en nosotros sino en Cristo. Lo que está en Cristo se relaciona con la salvación; lo que se halla en nosotros, se relaciona con la santificación; y lo que se produce por medio de nosotros se relaciona con el ministerio. Este entendimiento es fundamental. Tenemos que entender claramente la Palabra de Dios.

XVII. LOS MINERALES

La Biblia habla de toda clase de piedras y minerales en general. Todos ellos tienen significado, y debemos dedicar tiempo para estudiarlos. Esto no significa que estas cosas contengan revelación en sí mismas. Pero cuando Dios nos da revelación, nos habla en el significado de esos materiales. Debemos añadir estas realidades bíblicas a nuestro depósito para poder usarlas en el momento oportuno.

El oro representa la gloria de Dios. Todo lo que alude a Dios es representado por el oro. La plata representa la obra redentora del Señor. La Biblia no nos dice que debemos comprar con oro, sino con plata. La plata significa redención. En otras palabras, el oro denota la persona de Dios, mientras que la plata denota Su obra. El oro simboliza Su gloria, y la plata significa Su redención. El bronce denota juicio; el hierro, autoridad humana, y el plomo, pecado. El cimiento de la Nueva Jerusalén consta de toda clase de piedras preciosas, y una de ellas es de color verde. El verde es un color básico, el color de la vida sobre la tierra; por consiguiente, se refiere particularmente a la obra del Espíritu Santo. Cuando estudiamos los minerales, debemos averiguar su naturaleza y su color. El rojo y el escarlata son dos colores diferentes. El rojo se refiere a la sangre, mientras que el escarlata se refiere al pecado. Otros colores, como por ejemplo, el blanco, el negro y el morado tienen un significado particular. Debemos clasificarlos y encontrar su significado.

XVIII. LA GEOGRAFIA

La Biblia menciona muchas naciones, ciudades, montañas, ríos, pozos, etc. Todos ellos tienen su significado. Están las naciones de Asiria, Egipto, Babilonia, Grecia y Persia. Se mencionan las ciudades de Samaria, Jerusalén, Cesarea, Sodoma, Gomorra, Babel, Ur, Siquem, Bet-el, Mahanaim, Gilgal y otras; todas ellas significan algo. Algunas deben su significado a la palabra misma, mientras que otras lo obtienen por asociarlo con la historia de la ciudad. Siquem significa hombros, carga, responsabilidad, o meter el hombro. El significado mismo de la palabra tiene ese sentido. En los días de Josué, al repartir la tierra, se mencionan muchos nombres, los cuales tienen un significado espiritual, y nosotros debemos encontrarlo, para lo cual, obviamente tenemos que recurrir a un diccionario de hebreo. Pero hay muchas palabras cuyo significado es provisto por la Biblia misma, y aun aquellos que no entienden hebreo, pueden conocer el significado de esos nombres.

En la categoría de los montes tenemos Sinaí, Horeb, Líbano, Pisga, los Olivos, etc. Todos éstos tienen su significado. El monte Horeb es el mismo monte Sinaí. Pero, ¿por qué la Biblia algunas veces lo llama Horeb y otras Sinaí? Debemos hallar la razón por la cual se hace tal diferencia. También tenemos los valles: el de los hijos de Hinom, el de Jesofat, etc.

Se mencionan el gran río Eufrates, el río de Egipto, el Jordán, etc.

Muchas cosas se incluyen en la categoría de geografía. Debemos estudiar los puntos cruciales, pero no tenemos que dedicarles mucho tiempo; bastará con tres o cuatro meses.

Todos los lugares geográficos derivan su significado del término hebreo o de la historia que se asocia con ellos. Nombres como Jerusalén, Bet-el y Mahanaim tienen su significado propio. El Gólgota, en cierto modo adquiere su significado por lo que la palabra misma significa y también por su historia. Gólgota significa lugar de la calavera y también significa la cruz. El gran río Eufrates recoge su significado de la palabra misma así como de su historia. La historia nos dice que todo ataque contra Jerusalén viene del Eufrates. Inclusive Apocalipsis nos dice lo mismo. Por lo tanto, el nombre significa gobierno o poder rebelde. Filistea significa el poder diabólico de las tinieblas. Adquiere su significado de la historia, no de la palabra en sí. Otro nombre importante es Silo, porque la iglesia está muy relacionada con Silo. Si dedicamos tiempo a estudiar estas cosas, nos serán muy útiles en el futuro.

XIX. LOS NOMBRES PROPIOS

La Biblia contiene muchos nombres propios. El significado de los nombres principales se explican en la Biblia. Sería bueno tener un diccionario de griego

para consultar. Nombres como los de Adán, Eva, Caín, Set, Abel, Noé, Melquisedec, Abraham, Sara, Isaac, Jacob, Israel, Moisés, Josué, Samuel, David, Salomón, Miqueas, Zacarías, Pedro... tienen su significado específico, y si investigamos un poco, lo encontraremos. Este es otro material que debemos coleccionar en tiempos ordinarios.

XX. LOS ESTRIBILLOS

En la Biblia encontramos con frecuencia pasajes escritos de una manera que difiere en estilo del texto que lo rodea, pues tiende más a ser poesía que prosa. Tales pasajes generalmente no son párrafos extensos, sino una o dos oraciones. Por carecer de un mejor término les llamaremos “estribillos”. Sólo quienes son versados en griego pueden descubrir estas porciones. Algunos ejemplos son: 1 Timoteo 1:15; 3:15-16; Tito 3:4-8; Romanos 10:8-10; 2 Timoteo 2:11-13; Efesios 4:8-9; 5:16; y 1 Tesalonicenses 4:14-17. La estructura y el estilo de estas porciones tiene carácter de canción. De hecho, Romanos 9—11 está escrito en este estilo. Cuando los estudiamos, tenemos que darnos cuenta de que cada pasaje alude a un asunto o a una doctrina. Abarcan todos los temas, desde la salvación hasta el arrebatamiento. Puesto que el Espíritu Santo compuso estos pasajes en forma de cánticos, entendemos que tienen un significado muy exacto.

XXI. LAS ORACIONES

Tenemos la oración que hizo Abraham por Sodoma y Gomorra, la que ofreció Moisés por los hijos de Israel, las oraciones de David en los Salmos, la de Esdras en el capítulo nueve de su libro, la de Nehemías en el capítulo nueve del libro que lleva su nombre, la de Daniel en el capítulo nueve de su libro, la oración que el Señor enseñó a los discípulos en Mateo 6, Su propia oración en Juan 17, la de Pablo en Efesios, etc. Si estudiamos una por una estas oraciones captaremos el tema de la oración en general y sabremos cuáles son las palabras que el hombre usa cuando se dirige a Dios y qué palabras usadas en la oración reciben respuesta. Es importante presentar nuestro corazón al Señor, pero también nuestras palabras. El Señor Jesús le dijo a la mujer: “*Por esta palabra*, ve; el demonio ha salido de tu hija” (Mr. 7:29). Esto nos muestra cuán importantes son las palabras que usamos en nuestra oración. Si nuestras palabras no son apropiadas, no obtendremos respuesta. En muchas ocasiones cuando nos acercamos al Señor nada pasa aunque nuestra súplica sea incesante. Pero en ocasiones cuando sólo brotan algunas palabras de nuestra boca, ellas parecen expresar todo lo que queremos decir, y la oración halla respuesta. Cierta hermana tenía una inflamación en su diafragma. Algunos santos estaban preocupados de que le fuera a dar neumonía; pero aunque oraron mucho, de nada valió. Entonces una hermana hizo la siguiente oración: “En el Seol no hay alabanza, ni acción de gracias en la tumba”. Eso produjo resultado, pues esa

tarde el hermano se levantó de su cama. La respuesta a nuestras oraciones se relaciona mucho con las palabras que usemos. Si nuestras palabras son acertadas, veremos milagros. Tenemos que familiarizarnos con la debida manera de orar.

XXII. PASAJES DIFICILES

Hay unos cuantos principios básicos para tratar con pasajes bíblicos difíciles. Primero, debemos creer que la Biblia no contiene dificultades. Si hay dificultades, éstas se deben a nuestra predisposición y a un entendimiento mal encaminado.

Segundo, para resolver estas dificultades, no es suficiente interpretar solamente basándonos en el contexto. Ninguna porción de la Palabra tiene su interpretación aislada. Cuando encontremos un pasaje difícil, debemos estudiarlo junto con otros pasajes para que podamos llegar a una conclusión. Ningún pasaje difícil puede estar en conflicto con enseñanzas contenidas en otras partes de la Biblia. Cuando Dios escribió la Biblia, no escribió ninguna porción aparte de las demás. Si hay algún conflicto, se halla en nuestra mente.

Tercero, aunque algunas cosas se encuentran en un solo pasaje, tenemos que creerlas. No debemos dudar de la Palabra de Dios por nuestros prejuicios ni nuestros motivos.

Cuarto, tenemos que buscar evidencias para resolver las dificultades, es decir, tanto evidencias bíblicas como lógicas. La Palabra de Dios es absolutamente lógica. El nunca dice nada ilógico.

Quinto, la dificultad de la que estamos hablando aquí se relaciona con la interpretación y la doctrina. Si hay disparidad en los números usados en las Escrituras, no debemos considerarla una dificultad. Es posible que sean errores cometidos en la transcripción de los manuscritos. Recientemente se descubrió un manuscrito cerca del monte Sinaí, el cual contiene muchos errores. En los días en que se copió, la iglesia pasaba por mucha persecución, las Biblias eran destruidas donde se hallasen, y no era fácil hacer copias. Así que era inevitable cometer errores, aunque esto no significa que haya problema con la inspiración. No puede uno desacreditar la Biblia por esta clase de errores tan insignificantes.

Después de establecer los principios mencionados, podemos agrupar los pasajes de la Biblia que sean difíciles. Por ejemplo, se habla de “los hijos de Dios” en Génesis 6:2; se habla de ciertos hombres que “descendieron vivos al Seol” en Números 16:30; tenemos el caso de un hombre anciano que viene de los muertos, a quien Saúl se dirigió como Samuel, en 1 Samuel 28:14; o el texto que dice: “Pero de aquel día y hora nadie sabe ... ni el Hijo” en Mateo 24:36; las dos

espadas mencionadas en Lucas 22:38; el pasaje donde leemos: “A quienes perdonáis los pecados, les son perdonados” en Juan 20:23; “es imposible que ... sean otra vez renovados para arrepentimiento” en Hebreos 6:6; “ya no queda sacrificio ... por los pecados”, en Hebreos 10:26; “los espíritus que estaban en prisión”, en 1 Pedro 3:19, y “ha sido anunciado el evangelio a los muertos” en 1 Pedro 4:6. Se puede decir que todos estos pasajes presentan controversia en su interpretación. Otros pasajes polémicos como el de pasar un camello por el ojo de una aguja, en Mateo 19:24, ya se resolvieron hace cuatrocientos años y, por consiguiente, ya no se consideran problemáticos. El viaje de Pablo a Jerusalén, en Hechos 21, tampoco ofrece problema de interpretación, pues es un asunto relacionado con su acción.

Siguiendo estos principios, tomemos un pasaje conflictivo del Antiguo Testamento.

Génesis 6 habla de los hijos de Dios. Este caso tiene una estrecha relación con la segunda venida del Señor Jesús, porque El dijo: “Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre” (Lc. 17:26). ¿Qué sucedía en los días de Noé? En ese tiempo los hijos de Dios se casaban con las hijas de los hombres. Muchos expositores creen que esto se refiere a los hijos de Set que se casaron con las hijas de Caín. Muchas versiones reconocidas de la Biblia ofrecen esa misma interpretación, pero esto no es muy convincente. De la unión de los hijos de Dios con las hijas de los hombres nacieron los que fueron llamados *nefíleos*. Muchas versiones de la Biblia traducen esta palabra como *gigantes*. El significado original de la palabra es “los caídos”. ¿Cómo podían los hijos de Set casarse con las hijas de Caín y producir *nefíleos* ? Tanto Set como Caín eran humanos. ¿Cómo podían sus descendientes ser otra cosa que seres humanos? Esta enseñanza es totalmente errónea.

¿Quiénes era estos hijos de Dios? Tenemos que buscar la respuesta en alguna parte del Antiguo Testamento. Si buscamos, encontraremos evidencias de que los hijos de Dios deben ser los ángeles. El libro de Job nos da una prueba contundente de ello. Dicho libro se escribió antes que el Génesis. Se sabe que Génesis se escribió en los días de Moisés, mientras que Job se escribió en los días de Abraham. Con frecuencia los libros usan la terminología de obras anteriores. En Job 1, 2 y 38, a los ángeles se les llama hijos de Dios. Por tanto, los hijos de Dios mencionados en Génesis 6 deben ser los ángeles. El Señor Jesús dijo: “Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como los ángeles del cielo” (Mt. 22:30). Esto no significa que los ángeles *no puedan* casarse, sino simplemente que no lo hacen. Dios les prohibió a los ángeles casarse, porque ellos son espíritus. Pero en Génesis ocurrió la confusión más grande del mundo: el espíritu de Satanás entró en un animal muy inferior, una serpiente. Debido a esto, vemos en Génesis 3 la unión de un

espíritu con un animal. Según Génesis 6 los espíritus se unieron con los hombre. Los ángeles no deben casarse, pero se casaron con las hijas de los hombres. Como resultado nacieron *nefileos*. Cuando éstos nacieron, Dios los destruyó. Dios quería tener ángeles y hombres, no *nefileos*. El no produjo esa especie. Dios lo creó todo “según su género”, pero los demonios se unieron con los hombres. Esto produjo *nefileos* en el mundo, y Dios los juzgó severamente. Más tarde, Dios destruyó a los anaceos porque también eran *nefileos*. Pese a que fueron aniquilados durante el diluvio, los encontramos de nuevo en Canaán, donde también tenían que ser destruidos. Dios no permitiría que tales criaturas permanecieran en la tierra.

Judas 6 habla de algunos ángeles que “no guardaron su principado, sino que abandonaron su propia morada”. Estos son los ángeles que se casaron con las hijas de los hombres. También a ellos se alude en 2 Pedro 2:4.

En Génesis 6:3 leemos: “Y dijo Jehová: No contendrá mi Espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne”. El texto hebreo es más claro que la traducción, pues ésta omite la palabra *también*. En el idioma original el versículo reza: “Porque él también es carne”. ¿Qué significa esto? Quiere decir que hay otro que también es carne. Supongamos que decimos: “Usted come, y yo también”. La palabra *también* indica que hay una segunda persona que realiza la misma acción. Cuando Dios dijo que el hombre también era carne, queda implícito que algo más ya era carne. ¿Qué otras criaturas se pueden comparar con los seres humanos? Solamente los ángeles. Si los hombres *también* llegaron a ser carne, se entiende que los ángeles ya lo eran. Con tal evidencia podemos decir con certeza que los hijos de Dios son los ángeles.

Ya el hombre había pecado en Génesis 3, pero haber pecado es diferente de volverse carne, lo cual se menciona en Génesis 6. Pecar es una acción, y por ende no incluye la naturaleza misma del hombre. Volverse carne indica que todo el ser cae bajo la influencia de la carne e involucra la naturaleza misma del hombre. No sólo debemos tomar en cuenta la caída del hombre, en el capítulo tres, sino que también debemos observar el progreso de la pecaminosidad del hombre. Adán realizó la acción de pecar; Caín expresó su lujuria. Para cuando vino el diluvio, el pecado se había desarrollado mucho más. Ya el hombre se había vuelto carne y pecaba por costumbre. Cuando el hombre pecó, el Espíritu Santo continuó luchando con el hombre, pero cuando el hombre se volvió carne, la lucha cesó. En Génesis 6:3 dice: “No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre”. Desde que el hombre estaba en el Edén hasta los días del diluvio, el Espíritu Santo había estado luchando con el hombre, pero cuando el hombre se entregó en su concupiscencia y se volvió carne, el Espíritu Santo dejó de luchar con él. Debemos prestar atención a esto porque la Biblia dice: “Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre” (Lc. 17:26).

Tenemos que ahondar en este asunto, cuando vengan los días del Hijo del Hombre, el espíritu maligno de Satanás descenderá una vez más a la tierra, y los ángeles pecaminosos se vestirán de carne. Siempre que estos “hijos de Dios” causan problemas, Dios ejecuta un juicio severo sobre ellos. El juicio del diluvio no tuvo precedente, y el juicio que sobrevino a Canaán fue severo. En los días del Hijo del Hombre, también habrá un gran juicio, y el Señor juzgará a los ángeles que abandonaron su lugar.

¿Estos ángeles que abandonaron su propia morada están entre la tercera parte de los ángeles que cayeron (Ap. 12:4) o son diferentes? La primera parte de Judas 6 dice: “Y a los ángeles que no guardaron su principado, sino que abandonaron su propia morada”. La palabra *principado* es traducida por Darby “estado original”. Es decir, no se refiere sólo a su morada original sino también a su condición original. Los ángeles originalmente no se casaban. No conservar su propio estado significa que se dieron al matrimonio. *Principado* se refiere a su estado, y *su propia morada* se refiere al lugar donde habitan. ¿Qué les pasó a estos ángeles? La última parte del versículo 6 dice que “los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día”. El versículo 7 nos da una explicación más detallada del versículo 6; no se refiere a algo nuevo. La gramática indica que el versículo 7 es una explicación del versículo 6. Estos ángeles son como la gente de “Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos, se dedicaron a la fornicación y fueron en pos de una carne diferente”. Ellos fueron puestos por ejemplo y sufrirán “el castigo del fuego eterno”. Estos versículos no se refieren a los hombres de Sodoma y Gomorra que fornicaron, sino a los ángeles que fornicaron como los hombres de Sodoma y Gomorra. En efecto, se entregaron por completo a la fornicación. Se olvidaron de todo lo demás y se enfrascaron en la fornicación. “Fueron en pos de una carne diferente”. Por tanto, fueron puestos por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno. Podemos decir que Judas 6 y 7 son una explicación de Génesis 6.

Usemos como ejemplo otro pasaje difícil de la Biblia. Juan 20:23 dice: “A quienes perdonáis los pecados, les son perdonados”. Este es en verdad un pasaje muy difícil. ¿Cómo puede el hombre tener la autoridad para perdonar los pecados de otros hombres? La Iglesia Católica Romana usó este versículo como base para vender indulgencias. En realidad, este versículo debe ligarse al versículo anterior que habla de recibir al Espíritu Santo. En otras palabras, el Señor dio el Espíritu Santo a la iglesia para que ésta, como Su vaso y representante, pueda perdonar. Este perdón se confiere por medio de un instrumento. Supongamos que le predico el evangelio a un pecador. El confiesa que es pecador y le pide a Dios que lo perdone. Gime, llora, se arrepiente y recibe con sinceridad al Señor Jesús, pero no ignora que necesita ser perdonado. Si alguien en la iglesia se para y le dice: “Dios ha perdonado tus pecados”, tal

declaración le ayuda mucho. La iglesia puede decidir quién puede bautizarse y quién puede tomar la mesa del Señor, porque ella recibió al Espíritu Santo, bajo cuya autoridad puede ser un poderoso instrumento para perdonar o retener los pecados de los hombres. La iglesia sólo puede perdonar si mora en el Espíritu Santo y respira a este Espíritu. Nadie puede perdonar si está en la carne. Si nos damos cuenta de que la iglesia es un instrumento de perdón, no tendremos dificultad con este pasaje.

Los textos anteriores nos sirven como ejemplos para abordar pasajes bíblicos difíciles. La interpretación de cualquier pasaje difícil en la Biblia debe ser respaldado con pruebas suficientes, teniendo en cuenta el contexto del pasaje y estando libres de prejuicios.

XXIII. LIBRO POR LIBRO

También podemos estudiar la Biblia libro por libro. Podemos estudiar el Pentateuco, los libros de historia, los Salmos y los libros de los profetas. Debemos memorizar el contenido de cada libro. Al estudiar los libros de los profetas, debemos encontrar cuántos profetas vivieron antes de la deportación, cuántos vivieron durante la misma y cuántos después. El estudio del Nuevo Testamento se debe conducir también de la misma manera. Necesitamos conocer la parte histórica del Nuevo Testamento, las epístolas enviadas a las iglesias, las epístolas dirigidas a individuos, y las profecías. Un hijo de Dios tal vez no tenga que explicar todos los libros de la Biblia, pero sí debe, por lo menos, conocer el contenido general de cada libro. Debemos dedicar por lo menos dos años para tener una idea de los sesenta y seis libros de la Biblia. Si queremos tener un conocimiento profundo, necesitamos cinco o seis años. Una vez que nos familiaricemos con el contenido de cada libro, conoceremos su carácter y podremos relacionarlos entre sí. Por ejemplo, podemos vincular nuestro estudio del Antiguo testamento con Romanos, Efesios y Colocenses. Esta es una capacitación básica, y debemos prestarle atención.

XXIV. EL ESTUDIO PROFUNDO DE ALGUNOS LIBROS

Después de tener una idea general de todos los libros de la Biblia, debemos escoger algunos de ellos y estudiarlos a fondo. Esto requiere una investigación intensa de nuestra parte.

En el Antiguo Testamento debemos estudiar, por lo menos Génesis, Daniel y Cantar de cantares. Si es posible, podemos agregar a esta lista otro libro del Pentateuco, ya sea Exodo, Números o Levítico. En las profecías, si queremos podemos agregar Zacarías. Isaías por su parte tiene un valor especial, aunque la mayoría de sus profecías ya se cumplieron. Zacarías es parecido a Daniel en el

hecho de que muchas de sus profecías no se han cumplido todavía. Por eso sugerimos estos libros.

En el Nuevo Testamento podemos tomar, por lo menos, cuatro libros: Mateo, Romanos, Efesios y Apocalipsis, los cuales son básicos. Si tenemos tiempo, también debemos estudiar el evangelio de Juan y 2 Corintios. Si primero nos familiarizamos con cinco o seis libros y luego agregamos paulatinamente más a esta lista, obtendremos un conocimiento profundo de diez o veinte libros en diez o veinte años.

XXV. CRISTO

Muchas personas dicen que la Biblia trata específicamente de Cristo y que el propósito de la Biblia es guiar a los hombres al conocimiento de El. En todo el Antiguo Testamento y el Nuevo, hay una línea continua que sigue a Cristo. Podemos encontrar a Cristo en Génesis. En 1:26 hay una conversación en la Deidad para decidir la creación del hombre. El versículo 27 presenta al hombre ya la mujer creados a la imagen de Dios. Puesto que el versículo 26 dice: “Hagamos”, el versículo 27 debería usar el pronombre *nuestra*. Sin embargo el versículo 27 usa el pronombre singular *su*, el cual indudablemente se refiere a Cristo, porque El es el único de la Deidad que tiene imagen. Por consiguiente en la existente creación, el hombre fue creado en *su* imagen.

Génesis 3 habla de la simiente de la mujer. Mateo 1 nos muestra que el hijo de María era la descendencia de la mujer. Vemos a Cristo en Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio; le vemos en la historia de David, en los libros de los profetas que estaban antes de la deportación, como por ejemplo, Isaías y Jonás; los libros de los profetas escritos durante la deportación y los que se escribieron después de que el pueblo regresó, también están llenos de Cristo.

No solamente encontramos a Cristo en las profecías, sino también en todas las leyes ceremoniales. Tanto Génesis como Levítico hablan de las ofrendas. Inclusive después de la edificación del templo continuaban las ofrendas. Primero, vemos a Cristo en las ofrendas y sacrificios. Segundo, vemos a Cristo en la ley de la purificación del leproso, la limpieza que hacían las cenizas de la vaca alazana, y la purificación de los sacerdotes. Tercero, vemos a Cristo en el sacerdocio, en las vestiduras sacerdotales y en las tareas que se hacían en la presencia de Dios. Cuarto, vemos a Cristo en todas las fiestas.

Muchas personas también tipifican a Cristo. Algunas lo tipifican explícitamente, otras lo tipifican por su relación con él. ¿Qué significa tipificarlo explícitamente? El Señor Jesús dijo: “He aquí más que Salomón en este lugar” (Lc. 11:31). Esto nos muestra que Salomón tipifica al Señor Jesús. El Señor Jesús también dijo:

“Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches...” (Mt. 12:40). Esto declara específicamente que Jonás también tipifica a Cristo. Gálatas 3 dice explícitamente que Isaac es un tipo de Cristo; sin embargo, José no lo es. Aunque algunas partes de la experiencia de José corresponden a la de Cristo, no hallamos ninguna cita que diga que José tipifica a Cristo. Por tanto, no solamente encontramos personas que tipifican a Cristo directamente, sino también personas que lo tipifican porque su experiencia corresponde a la de El. A esta categoría pertenecen Adán, Noé, José, David y Josafat.

Otros tipos de Cristo son el maná, la serpiente de bronce, el tabernáculo, la escalera de Jacob, etc. En el Antiguo Testamento Cristo también es tipificado por las dos aves, los dos reyes, los dos sacerdotes y los dos precursores. Las dos aves tipifican respectivamente la muerte y la resurrección; los dos reyes, la guerra y la paz; los dos sacerdotes, lo terrenal (Aarón) y lo celestial (Melquisedec). Los dos precursores se relacionan con el éxodo de Egipto y la entrada en Canaán. Todos éstos son tipos de Cristo.

En el Nuevo Testamento encontramos la historia, las enseñanzas, los milagros y las profecías de Cristo. En Hechos vemos que El reina. En las epístolas hallamos Su morada. En Apocalipsis vemos Su reinado futuro. Este es un buen ejercicio para seguir la línea de Cristo que se extiende desde Génesis hasta Apocalipsis.

XXVI. EL ESTUDIO DE PALABRAS

Este es un método importante para estudiar las Escrituras, y su alcance es bastante amplio. Ya hablamos del método de estudiar temas específicos. Aparentemente, el estudio de las palabras es semejante al estudio de los temas, pero en verdad son diferentes. El estudio de los temas gira en torno a conceptos, aunque la redacción exacta de la Biblia tal vez no mencione exactamente el tema; pero podemos examinar el contenido y el significado espiritual del texto relacionando pasajes afines. Esto es lo que significa estudiar por temas. Por otro lado, el estudio de las palabras requiere que se encuentren todos los versículos que contienen cierta palabra y estudiarlos. Cuando estudiamos las palabras, podemos usar la ayuda de una concordancia. Sugiero esta lista de palabras: 1) pecado, 2) muerte, 3) arrepentimiento, 4) fe, 5) perdón, 6) reconciliación, 7) misericordia, 8) gracia, 9) justicia, 10) la ley (v. g. los preceptos escritos), 11) leyes (v. g. la ley de la mente, la ley del espíritu, etc.), 12) vida, 13) la obra, 14) viejo, 15) nuevo, 16) crucifixión, 17) sangre, 18) salvación, 19) redención, 20) substitución, 21) resurrección, 22) hijo, 23) sacerdote, 24) ofrenda, 25) santidad, 26) amor, 27) esperanza, 28) corazón, 29) espíritu, 30) luz, 31) gozo, 32) paz, 33) verdad, 34) gloria, 35) oración, 36) bendición, 37) promesa, 38) consuelo, 39) comida, 40) obediencia, 41) sufrimiento, 42) tentación, 43) mundo, 44) carne, 45) carnal, 46) ira, 47) mente, 48) generación, 49) todo

aquel, y 50) montaña. Si queremos agregar palabras a esta lista, podemos expandirla tres o cuatro veces. Pero esta lista es suficiente para empezar. Este estudio dirige nuestra atención al significado de las palabras y la frecuencia de su uso. Si recopilamos todos los versículos y los ponemos en orden, hallaremos lo que Dios dice en cuanto a cada una de estas palabras.

Por ejemplo, al estudiar la palabra *regocijo*, podemos encontrar todos los versículos que la contienen. Podemos anotar varias enseñanzas relacionadas con regocijarse y agrupar los versículos. ¿Cuándo nos debemos regocijar? ¿De dónde viene nuestro gozo? ¿Qué clase de personas no pueden regocijarse? ¿Cómo nos podemos regocijar? Si hacemos esto sabremos algo sobre el regocijo.

Otra palabra que encontramos en la Biblia es *comer*. Miremos algunos de los versículos donde se menciona esta palabra. Juan 4:34 dice: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe Su obra”. En Salmos 37:3 dice: “Aliméntate en Su fidelidad”. Cuando los doce espías regresaron de Canaán dijeron: “Todos los hombres que vimos son hombres de gran estatura ... y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas”. Pero Josué y Caleb dijeron: “No temáis al pueblo de esta tierra, porque nosotros los comeremos como pan” (Nm.13:25—14:9). Si agrupamos todas las porciones que hablan de comer, veremos tres clases de comida. Primero, la comida que es hacer la voluntad del Padre; cuanto más hacemos la voluntad del Padre, más fuertes nos volvemos porque tenemos algo de comer. El Señor envió a Sus discípulos por pan porque tenía hambre, pero cuando regresaron con el pan, El les dijo: “Yo tengo una comida que comer”. Los discípulos se decían unos a otros: “¿Le habrá traído alguien de comer?” El Señor dijo: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe Su obra” (Jn. 4:32-34). Esto nos muestra que nuestra labor no debe debilitarnos, sino, por el contrario, fortalecernos. No solamente las oraciones nos alimentan, sino también las obras. Si servimos a Dios en Su labranza, igual que nuestro Señor hizo, seremos alimentados al laborar, porque nuestra comida es hacer la voluntad del Padre. En segundo lugar, la fidelidad de Dios es nuestra comida. Dios es un Dios fiel, y podemos alimentarnos de Su fidelidad. Cada vez que Dios responde nuestra oración, nuestra fe se fortalece. Siempre que confiamos en la dirección de Dios, somos alimentados. Cuanto más confiamos en Dios, más satisfechos y fortalecidos somos. La fidelidad de Dios es nuestra comida. En tercer lugar, aun los gigantes (los nefileos) son nuestra comida. Cada gigante que comamos nos hará más fuertes. Si comemos uno hoy, podremos comer dos mañana, y cuatro el día siguiente. Nos volveremos más fuertes y estaremos más satisfechos si los continuamos comiendo. Mucha gente es débil porque nunca ha vencido a los gigantes de Canaán. En otras palabras, nuestras dificultades son la comida de Dios para nosotros. Si no las comemos, tendremos hambre. Si las comemos seremos fuertes, y las pruebas quedarán atrás.

Una vez un hermano estudió la palabra *llamado*. Juntó varias docena de versículos y los agrupó en diez secciones. Como ejemplo, les doy una lista con las siguientes secciones:

Sección uno: el origen de nuestro llamado:

1. Origen primario: Dios (1 Ts. 2:12)
2. Origen intermedio: Jesucristo (Ro. 1:6)

Sección dos: los llamados:

1. El alcance (general): todos los hombres (1 Co. 1:24)
2. El alcance (espiritual): los pecadores (Lc. 5:32)
3. La evaluación que Dios hace: vasos de misericordia (Ro. 9:23-24)
4. La condición actual: no hay muchos sabios (1 Co. 1:26)

Sección tres: la meta del llamado:

1. El arrepentimiento (Lc. 5:32)
2. La salvación (2 Ts. 2:13-14)
3. La paz (Col. 3:15)
4. La luz (1 P. 2:9)
5. La comunión (1 Co. 1:9)
6. El servicio (Ro. 1:1)
7. La libertad (Gá. 5:13)
8. La santidad (1 Co. 1:2)
9. El sufrimiento (1 P. 2:21)
10. La vida eterna (1 Ti. 6:12)
11. La herencia eterna (He. 9:15)
12. La gloria eterna (1 P. 5:10)

Sección cuatro: el principio del llamado:

1. Conforme al propósito de Dios (Ro. 8:28)
2. Según la gracia de Dios (2 Ti. 1:9)
3. No conforme a nuestras obras (2 Ti. 1:9)

Sección cinco: la esfera de nuestro llamado:

1. En el Señor (1 Co. 7:22)
2. En la gracia (Gá. 1:6)
3. En la paz (1 Co. 7:15)
4. En la santificación (1 Ts. 4:7)
5. En un solo Cuerpo (Col. 3:15)

Sección seis: la manera en que somos llamados:

1. Mediante el evangelio (2 Ts. 2:14)
2. Por la gracia de Dios (Gá. 1:15)
3. Por la gloria de Dios (2 P. 1:3)
4. Mediante la naturaleza divina (2 P. 1:3).

Sección siete: el carácter de nuestro llamado:

1. Es santo (2 Ti. 1:9)
2. Viene desde lo alto (Fil. 3:14)
3. Es celestial (He. 3:1)
4. Es humilde (1 Co. 1:26)

Sección ocho: los requisitos para ser llamados:

1. Permanecer como estamos (1 Co. 7:17)
2. Andar según nuestra condición (1 Co. 7:17)
3. Como es digno del mismo (Ef. 4:1)
4. Como es digno de Dios, que nos llama (1 Ts. 2:12)
5. Ser diligentes (2 P. 1:10)

Sección nueve: el estímulo de nuestro llamado:

1. La esperanza (Ef. 1:18; 4:4)
2. El premio (Fil. 3:14)

Sección diez: la garantía de nuestro llamado:

1. La naturaleza de Dios, Su fidelidad (1 Co. 1:9; 1 Ts. 5:24)
2. El plan de Dios (Ro. 11:29)
3. La gracia de Dios (Ro. 11:29)

Todos estos versículos contienen la palabra *llamado*. El hermano que mencionamos recopiló todos estos versículos y los agrupó en diez secciones. Cuando hacemos esto, tenemos un cuadro muy claro de nuestro llamado. Si escogemos varias docenas de términos, estableceremos un fundamento en el conocimiento de la Biblia.

Cuando leemos Génesis tenemos que poner atención a la palabra *generación*. Por ejemplo, en 5:1 dice: “Este es el libro de las generaciones de Adán”. Cuando leamos Exodo, notemos la expresión: *Jehová mandó*. En Levítico encontramos que la palabra *santo* se usa con frecuencia. En los Salmos encontramos las expresiones: *Tu palabra*, *los enemigos*, *espera*, y *selah*, las cuales se usan

mucho. En Proverbios encontramos: *sabiduría, mentiras, mal, perezoso, orgullo, corazón, boca, labios y ojos*, palabras que se usan frecuentemente. En Eclesiastés encontramos las palabras: *vanidad y bajo el sol*. En Mateo, las palabras: *justicia y el reino de los cielos*. Nótese que Mateo usa la palabra *montaña* por lo menos ocho veces (4:8; 5:1; 14:23; 15:29; 17:1; 24:3; 26:30; 28:16), y en cada caso sucede algo importante. En Marcos encontramos la palabra *inmediatamente*. En Lucas, *el Hijo del Hombre*. En Juan: *enviado, Padre y habitar*. En Hechos: *espíritu*. En Romanos: *muertefe y justicia*. Gálatas raras veces usa la palabra *amor* y nunca habla de *santidad*. Sin embargo Efesios usa con mucha frecuencia *amor y santidad*. Tenemos que prestar atención a todos estos hechos y examinarlos. Algunas veces se usa la misma palabra en una o varias porciones de la Palabra. Por ejemplo, en 1 Crónicas 16 y Salmos 71, la palabra *continuamente* aparece siete veces (1 Cr. 16:6, 11, 37, 40; Sal. 71:3, 6, 14). El salmo 86 usa *porque* ocho veces. Josué 23 dice trece veces *Jehová vuestro Dios*; y Esdras 7 habla siete veces de elementos que se relacionan con Dios (la mano de Dios, la ley de Dios, la casa de Dios, la voluntad de Dios, el altar de la casa de Dios, los ministros de la casa de Dios y la sabiduría de Dios). Pablo dijo tres veces en sus epístolas *todo lo que hacéis*: “Todo lo que hacéis ... hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús” (Col.3:17); “todo lo que hagáis, hacedlo con el alma, como para el Señor” (3:23); “Hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Co. 10:31). El evangelio de Juan y sus epístolas hablan de “estar llenos” de gozo en seis ocasiones (Jn. 3:29; 15:11; 16:24; 17:13; 1 Jn. 1:4; 2 Jn. 12). Pablo en sus epístolas usa cinco veces *gracias a Dios* (Ro. 6:17; 7:25; 1 Co. 2:14; 9:15). Las palabras *vencer*, en Apocalipsis, *preciosas*, en las epístolas de Pedro, y *gozo*, en Filipenses, tienen un significado particular y se usan con un propósito. Cuando leemos la Biblia tenemos que ahondar en estas palabras especiales y organizarlas en bosquejos y conceptos doctrinales. Esto nos traerá grandes beneficios.

XXVII. LAS DOCTRINAS

En la Biblia hay siete doctrinas fundamentales, que son: 1) Dios el Padre, 2) el Hijo de Dios, 3) el Espíritu Santo, 4) el pecado, 5) la redención, 6) la vida y la conducta cristianas, y 7) los eventos futuros. Todas éstas son doctrinas cruciales; de hecho, esto es teología.

En cuanto a Dios el Padre, podemos observar Su nombre, Su corazón, Su naturaleza, Sus atributos, Su poder, Su autoridad, Su relación con el Hijo, la forma en que nos redime, etc. También debemos agrupar todos los versículos que se relacionan con esto.

Cuando el Señor Jesús vino a la tierra, claramente proclamó que El era el Hijo. Así que, por la eternidad el Señor Jesús es el Hijo. Sin embargo, fue designado

Hijo después de Su resurrección. Hebreos 1:5 dice: “Yo te he engendrado hoy”, lo cual se refiere a la resurrección del Señor. Romanos 1:4 también dice: “Que fue designado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos”.

Después de estudiar las doctrinas del Padre y el Hijo, pasamos a la doctrina del Espíritu Santo. Para entender al Espíritu Santo, debemos conocer, por lo menos, la obra que hace en el hombre y la que hace fuera de él. Debemos distinguir claramente entre la obra del Espíritu Santo sobre el hombre y Su obra en él. De no ser así, no entenderemos claramente al Espíritu Santo.

También debemos abordar el tema del pecado, la redención, la vida de los hijos de Dios en la tierra hoy, y los eventos futuros uno por uno. Casi toda la teología se relaciona con estas siete cosas. Cuando no tengamos ninguna duda al respecto, tendremos cierto grado de seguridad en cuanto a las enseñanzas fundamentales de la Biblia.

XXVIII. LA PROGRESION DE LAS DOCTRINAS EN LA BIBLIA

Todo lector de la Biblia debe tener presente que la Biblia es la revelación de Dios dada a nosotros en muchas porciones y de muchas maneras (He. 1:1). Dios nos concede revelación no solamente en muchas porciones sino también en diferentes maneras, y cada vez que nos concede una nueva revelación, es más avanzada que la anterior. Tenemos que hallar el avance de la verdad de Dios a través de toda la Biblia. Esto no significa que la revelación de la Biblia sea incompleta. La revelación de Dios está en toda la Biblia y es completa. Sin embargo, dicha revelación es progresiva. En la primera etapa Dios se revela en una manera. En la segunda etapa, agrega más revelación a la primera, y en la siguiente etapa se agrega aún más revelación y así sucesivamente, hasta completarla. No podemos decir que la revelación de Dios sea imperfecta en alguna de las etapas. Pero cuando comparamos la revelación global, cada etapa de la revelación es incompleta. La revelación que Dios le dio a Abraham era perfecta para esa época. Pero cuando la vemos a la luz de la revelación completa de hoy, nos damos cuenta de que no era completa. Tenemos que seguir la revelación de Dios desde Adán, pasando por Noé, Abraham, los hijos de Israel, Moisés... de una manera total y completa. La revelación de Dios siempre es progresiva.

También debemos aprender a distinguir entre las verdades dispensacionales o temporales de Dios y Su verdad eterna. En la Biblia algunas doctrinas se aplican sólo a ciertas dispensaciones, mientras que otras son válidas para todas las épocas. Algunas veces Dios emitió un mandamiento en cierta dispensación, que no tenía como fin durar por la eternidad. Por ejemplo, Dios ordenó a los hijos de

Israel que dieran muerte a todos los cananeos. Esta es una verdad dispensacional, es decir, aplicada a una época específica; no quiere decir que se debe hacer esto por la eternidad. Tenemos que diferenciar entre las verdades dispensacionales y las verdades eternas. Algunas palabras por naturaleza se limitan a una dispensación, pues están dirigidas a los hombres de una era, no a todas las épocas. Otras palabras son de carácter eterno y se aplican a todos los hombres de todos los tiempos. Cuando leemos la Biblia tenemos que distinguir entre las verdades dispensacionales y las que son eternas. Tenemos que saber cuáles se aplican solamente a cierta era y cuáles a todas las demás. De lo contrario, encontraremos muchos obstáculos insuperables.

Mucha gente tiene el concepto erróneo de que el Antiguo Testamento es solamente para los hombres de esa era. Se piensa que todo su contenido es de carácter dispensacional, que se limita a esa época. Otros piensan que todo lo que contiene el Antiguo Testamento es para nosotros, y que debemos tomar todo el Antiguo Testamento como una verdad eterna. En realidad, tenemos que separar las verdades dispensacionales de las eternas. Si la palabra que Dios da a los hombres de cierta época es aplicable sólo a ese tiempo, se trata de una verdad dispensacional. Si se aplica igualmente a todos los hombres de todas las épocas, es una verdad eterna. La verdad eterna es progresiva. En una era puede ser que Dios diga una o dos cosas solamente. En la siguiente era, habla un poco más. Sin embargo, tenemos que saber que el avance de la verdad solamente se produce dentro de los límites de las Escrituras. Las doctrinas que se desarrollan aparte de la Biblia no se pueden considerar parte de la verdad progresiva.

Al leer Génesis descubrimos que Dios es el Creador, el Gobernador, el dador de la ley, el Juez y también el Redentor. La verdad acerca de Dios en el Antiguo Testamento es progresiva. Estos cinco aspectos son desarrollados adecuadamente en todo el Antiguo Testamento. En Génesis también vemos que la creación del hombre fue gloriosa y su caída muy vergonzosa. Como necesitaba salvación, buscó a Dios y trató de salvarse por sus propias obras. Esto es lo que el libro de Génesis nos dice acerca del hombre; sin embargo, el Nuevo Testamento profundiza con más detalle en estas cinco verdades relacionadas con el hombre. A esto nos referimos al hablar de la progresión de la verdad.

De Adán a Samuel, vemos una teocracia, es decir, el gobierno directo de Dios sobre Su pueblo. Desde David y Salomón hasta la deportación a Babilonia, vemos una monarquía, es decir, El gobierno de Dios sobre Su pueblo por medio de reyes. Desde la deportación de Babilonia hasta la venida del Señor Jesús, tenemos el gobierno de los profetas y los sacerdotes. Primero hubo una teocracia, luego una monarquía, y después el gobierno de los profetas y los sacerdotes. Desde el principio hasta el final hay un progreso, de preceptos

exteriores a preceptos internos. Todo lo que era externo falló, pero luego vino “la justicia” interna. Así que vemos una progresión.

En el Nuevo Testamento, vemos claramente a Cristo en los cuatro evangelios. Esto es un avance. Podemos dividir los cuatro evangelios en siete secciones.

En la primer sección, el Señor Jesús demostró que El era el Mesías. Esto sucedió en Jerusalén, Judea y Samaria, y se describe en Juan 1—4.

En la segunda sección, después de la afirmación de ser el Mesías, proclamó el reino de los cielos. Tenemos la declaración del reino de los cielos en el capítulo cuatro de Mateo, el contenido del reino de los cielos de los capítulos del cinco al siete, y el misterio del reino de los cielos en el capítulo trece. La segunda sección es un desarrollo del reino de los cielos.

En la tercera sección se tiene la vindicación de la persona del Hijo de Dios, comenzando desde que el Señor alimentó a los cinco mil. El evangelio de Juan nos da un recuento especial de ello. Aunque los otros evangelios también lo mencionan, la narración de Juan comunica un significado especial, ya que hace notar que el Señor alimentó a los cinco mil con el fin de probar que El era el Hijo de Dios. Después de esto en Cesarea, Pedro confiesa que Jesús es el Cristo y el Hijo de Dios. Más adelante vemos la transfiguración del Señor en el monte. Todo esto constituye la vindicación de la persona del Señor Jesús.

En la cuarta sección, después de la transfiguración en el monte, el Señor afirmó Su rostro hacia Jerusalén. Cristo llega a ser el que sufre, el que va a morir (Mt. 16:21; Lc. 9:51).

En la quinta sección el Señor Jesús entró en Jerusalén y habló de Su segunda venida. A continuación, tenemos la profecía del Señor en el monte de los Olivos (Mt. 24—25).

En la sexta sección, en la noche de la Pascua, el Señor se dirigió a los discípulos en la azotea, y les habló de la venida del Espíritu Santo, de la parábola de la vid y de otras cosas más (Jn. 14—17).

En la séptima sección el Cristo resucitado dio a los discípulos la comisión de predicar el evangelio.

Al leer los evangelios debemos identificar primero estas siete secciones de la historia de Cristo, como si estuviéramos estableciendo el soporte de siete montañas. Después de hacer esto, tendremos un entendimiento claro de la obra y de los hechos del Señor Jesús.

En el libro de Hechos encontramos tres temas cruciales: 1) la resurrección del Señor Jesús, 2) Su reinado y 3) Su perdón. El Señor resucitado reina hoy y predica el perdón a todos los hombres. Esto muestra que Hechos va un paso más adelante que los evangelios.

Después de esto, tenemos las epístolas de Pablo. Notemos que el orden dado a éstas en la Biblia no corresponde a la secuencia cronológica en que se escribieron. La secuencia cronológica sería: 1 Tesalonicenses, 2 Tesalonicenses, 1 Corintios, 2 Corintios, Gálatas, Romanos, Filemón, Colosenses, Efesios, Filipenses, 1 Timoteo, Tito, 2 Timoteo. (Si asignamos a Pablo la autoría de Hebreos, entonces debe ir antes de 1 Timoteo). Las Epístolas de Pablo se pueden dividir en cuatro categorías:

- 1) 1 y 2 Tesalonicenses tratan de la venida del Señor.
- 2) 1 y 2 Corintios y Gálatas corrigen los errores de los creyentes.
- 3) Romanos, Filemón, Colosenses, Efesios y Filipenses hablan de Cristo.
- 4) 1 y 2 Timoteo y Tito abarcan la administración y el orden de la iglesia y no añaden mucho en cuanto a la revelación. La revelación que Dios le dio a Pablo llegó a la cima en Efesios.

En la secuencia anterior vemos que la verdad en la Biblia avanza continuamente. En la época de Pablo, el asunto de la iglesia estaba totalmente establecido, los errores de los creyentes habían sido corregidos, las riquezas de la iglesia se habían producido, y la venida del Señor había quedado clara. Esto es avance. El resto de las epístolas, como por ejemplo, Hebreos, Jacobo (Santiago), 1 y 2 Pedro, y Judas, son de diferente índole, pues tienen sus propias características. Algunos las llaman “las epístolas universales”. Hebreos nos muestra el nuevo pacto; Jacobo hace énfasis en las obras; 1 y 2 Pedro hablan de sufrimientos y esperanza, y Judas presenta la preservación de la fe. Estas epístolas abordaron diversos aspectos relacionados con el cristiano. No contribuyen al avance en la revelación. Por último, tenemos las epístolas de Juan y Apocalipsis, donde encontramos otro avance. Pablo presenta las verdades, mientras que Juan ofrece la teología. Juan destaca especialmente la realidad que yace detrás de la vida cristiana, que es la vida de Dios. Las epístolas de Juan y Apocalipsis nos vuelven a Dios.

Las verdades bíblicas siempre avanzan. Toda verdad tiene su cumbre. La revelación se abre en un libro, y luego se descubren revelaciones adicionales en otros. Cuando avanza hasta cierto libro, la revelación alcanza la cima. Por ejemplo, cuando estudiamos la justicia, tenemos que comenzar con Mateo y

examinar la manera en que se revela al comienzo. (Podemos omitir los otros tres evangelios en lo que a este tema se refiere.) Cuando lleguemos a Romanos y Gálatas, el tema llega a su cima. En el tema de la iglesia, tenemos que comenzar con Mateo 16. Al llegar a Efesios el asunto se explica detalladamente. Al abordar el tema de la vida, comenzamos con el evangelio de Juan. En las epístolas de Juan, el tema alcanza su cima y queda claro.

Si hacemos esto de libro en libro, hallaremos dónde se introduce el tema, dónde se desarrolla y expande, y dónde concluye y queda establecido. Lo interesante es que después que el tema queda establecido, no se añade nada al respecto en los libros subsiguientes. Cada tema se introduce en uno o más libros, y después los libros que le siguen no mencionan más el tema o lo tocan ligeramente. Al concluir la Biblia, la revelación completa de Dios llega a la cumbre. La revelación de Dios siempre es progresiva; constantemente avanza hasta que al final todo queda establecido.

Por consiguiente, cuando leemos la Biblia debemos hacer dos cosas. Primero, encontrar la revelación de la Biblia, es decir, debemos encontrar dónde se habla primero de cierta verdad. Segundo, dónde se revela un nuevo significado y una revelación nueva. Tenemos que seguir la verdad paso a paso y tomar apuntes. Un libro nos puede dar la introducción, otro nos puede dar más explicaciones; un tercer libro nos puede dar más revelación. Debemos escribir y recopilar todas estas nuevas explicaciones y revelaciones. Después de reunir las y analizarlas, podemos dar una exposición concreta de esa verdad. Esto constituye la teología. La teología apropiada es el estudio de las verdades de la Biblia. Podemos llamarle teología doctrinal. Si estudiamos la Biblia de esta manera, tendremos un entendimiento claro de las verdades de la Biblia.

Concluyamos la discusión acerca de las maneras de estudiar la Biblia con la siguiente recomendación: la persona que lee la Biblia debe ser recta. De lo contrario, pasará por estos veintiocho planes de estudio sin sacar ningún beneficio. “La letra mata, mas el Espíritu vivifica” (2 Co. 3:6). No queremos decir con esto que sólo se puede leer la Biblia cuando se está totalmente preparado y perfeccionado, sino que cuando leamos la Biblia, debemos tener muy presente nuestra condición delante del Señor. Por una parte, ésta debe ser correcta, y por otra, debemos estar dispuestos a dedicar tiempo usando los diferentes métodos para estudiar la Palabra. Esto nos permitirá recoger una abundante cosecha y obtener un rico suministro.